Rumores

Ser la madrina en la boda de su hermana fue el acto más feliz de la vida de Hope. Después de la preciosa ceremonia, Hope fue asaltada por el atractivo potentado Alex Matheson. A las pocas horas, se había hecho adicta a su pasión y su sensual encanto. A Hope le pareció que pronto seguiría a su hermana al altar.

Pero entonces empezaron los rumores. Como modelo internacional, Hope era blanco de las especulaciones de la prensa rosa. Decían que mantenía una aventura con un hombre casado, pero todo era un gran error. Tenía que convencer a Alex de su inocencia antes de perder al único hombre al que había amado en su vida.

Capítulo 1

LA TÍA Beth no lloró nada -insinuó en tono de crítica la suave voz-. Yo siempre lloro en las bodas. Hope no creía que el pañuelo de encaje que la invitada sacudía con suavidad tuviera ningún uso serio. Escrutando con más atención su cara, no notó ningún churretón en su perfecto maquillaje.

-Incluyendo la tuya propia, supongo.

Se arrepintió de su ácido comentario en cuanto las palabras escaparon de sus labios; la inestabilidad del matrimonio de su prima era bien conocida. El problema era que no le caía bien Tricia y nunca le había caído bien; era hueca, pretenciosa y totalmente carente de espontaneidad. Pero llevar más de media hora con ella había tirado su nivel de tolerancia por los suelos.

-Roger está en Genova. Tiene negocios allí -se defendió su prima con presteza-. Lo echo de menos, pero no espero que entiendas la especial unión que trae el matrimonio.

Hope pasó por alto el insulto. Además, esa vez se había merecido la reprimenda. «Eres una burra», Hope Lacey, se regañó a sí misma con disgusto. El «negocio» de Roger era una versión de su esposa veinte años más joven y todo el mundo lo sabía. Su prima se había sonrojado.

-Entonces tendremos que sacar montones de fotografías para enseñarle a Roger lo bonito que salió todo, ¿no crees? Sonríe. Anna me ha ordenado que apunte con esta cámara a todo lo que se mueva. Insiste en que las fotos oficiales nunca dan una impresión exacta de la ocasión. Demasiado artificiales.

-Anna siempre ha sido un poco rara.

Hope se mordió la lengua para no soltar la respuesta que acudió a sus labios.

-Bueno, desde luego esta vez lo ha sido. Ya es raro dar a luz a gemelos veinticuatro horas antes de la boda de tu hermana.

Hope sabía que la ausencia de Anna ensombrecería la boda de Lindy. Las trillizas tenían una relación muy íntima y ese día, por encima de todos, Rosalind hubiera querido que estuvieran juntas.

-¡Gemelos!

Tricia se estremeció y, por su expresión, Hope supo que esperaba un recuento detallado del parto de su prima.

-Bueno, es menos dramático que trillizos.

Hope plantó una falsa expresión de interés en su cara mientras Tricia se lanzaba a contar los detalles. Pero le costaba mantener la expresión animada.

La historia que estaba escuchando no elevaba sus instintos maternales, que ya eran bien escasos.

«Podría ser que yo hubiera nacido para solterona», reflexionó. La sonrisa se borró de sus labios. Tricia todavía no había llegado a la parte de la rotura de aguas. ¡Aquello iba a ser una maratón! Pobre Tricia, pensó. Considerando la cantidad de mujeres que conocía aferradas a los flecos de un matrimonio casi muerto, le extrañaba que la institución fuera tan popular.

Veinte minutos más tarde, Hope se alzó el dobladillo de la falda de seda con una mano, agarró en la otra la copa de champán y se dirigió hacia el pequeño tenderete del jardín de sus padres, de donde emanaba la música.

Su atención se desvió enseguida antes de llegar a su destino. Aquel hombre no era la figura más alta del pequeño grupo en el que estaba, pero era la que más llamaba la atención. Cuando empezó a hablar, usando las manos para resaltar algún punto, sus dedos dibujaron gestos precisos en el aire. Hope apuntó la cámara hacia su cuello y empezó a disparar.

Cuando él volvió la cabeza y la miró directamente, por una vez, la seguridad de Hope la abandonó. Se dio la vuelta con rapidez con la misma sensación de culpabilidad de un niño al que le hubieran sorprendido espiando a sus mayores.

Un movimiento estupendo, maldijo para sus adentros intentando tapar la lente de la cámara.

-¡Maldita cosa!

Se agachó para recoger la tapa que había caído al suelo.

-¿Puedo ayudar?

Los dos alcanzaron la tapa de la lente al mismo tiempo y Hope sintió que sus dedos rozaban otros mucho más fuertes. Unas manos acordes con la poderosa imagen de aquel hombre, con uñas perfectamente cortadas. Las manos de un artista y no de un filósofo. Pero era la impresión de fuerza inmensa que emanaba de Alex Matheson lo primero que le llamó la atención. La intensa vitalidad que emanaba de él se traspasó por un fugaz momento a sus dedos.

-Gracias -abrió la palma boca arriba para recuperar la tapa—. No es mía -explicó con una sonrisa cálida.

Hope no encontró en su cara el inmediato reconocimiento al que estaba acostumbrada. Ella era una de las super modelos internacionales de élite y su cara parecía ser propiedad pública. Los desconocidos siempre hacían la misma farsa de intentar identificarla, y después de las desagradables noticias que habían salido en toda la prensa, no podía haber mucha gente en el país que no la conociera. Al menos él

no la estaba condenando a priori, como muchos desconocidos, lo que dispuso a Hope a pensar bien de él.

-Es una buena cámara -su profunda voz tenía una cadencia susurrante increíblemente atractiva.

Los dos se incorporaron al unísono.

-A prueba de idiotas, o eso dice Adam. Adam es mi cuñado, o uno de ellos. Ahora tengo dos.

Aquella idea era todavía tan reciente para ella que la hizo sonreír.

-Conozco a Adam.

-Por supuesto que lo conoces -en aquella pequeña comunidad y siendo la persona que tenía a más gente contratada del pueblo, Alex conocía a la mayoría de la gente. Y no le cabía duda de que Adam y él se moverían en los mismo círculos sociales-, Anna ha tenido gemelos esta madrugada. Niños. Pero no ha querido que lo anunciemos, ha insistido en que hoy es el día de Lindy. Y Lindy y Sam se pasaron por el hospital a ver a los niños antes de ir a la iglesia, por eso llegaron tarde.

Alex asintió.

-Ya oí lo de los bebés. Tienes frío -comentó al verla estremecerse-. ¿Quieres que vayamos dentro?

Se dio la vuelta hacia la casa en vez del templete, pero a Hope no le importó; no había competencia posible entre la atracción de la música y la de Alex Matheson. Simplemente la tenía cautivada, con mayúsculas.

-Llevo ropa térmica bajo el vestido, pero si alguien te pide que hagas de madrina de boda en invierno, ya puedes tener las excusas preparadas.

-Creo que es bastante improbable, pero gracias por el consejo. Dime, ¿lo dices en serio?

La calidez que la envolvía era como una manta de terciopelo cuando se acercaron juntos hacia la casa. ¿O era el calor y el interés que despedían sus ojos grises? Alex tenía una forma de mirar directamente a los ojos un poco inquietante, pero a Hope le gustaba bastante. La gente menos vital se arracimaba en grupos en el informal jardín de la casa del siglo dieciocho de sus padres. La boda había sido intencionadamente íntima e informal.

-¿Qué si digo en serio qué?

Los ojos de Alex se deslizaron levemente hacia sus largos músicos resaltados por la tela rosa. Intentó imaginarse unos pantalones de franela bajo aquella fina tela y solo encontró una lujuriosa imagen de encaje y satén.

-¿Llevas ropa térmica?

La miró con seriedad, pero a Hope le gustó el brillo de humor de sus ojos. Era refrescante encontrar a un hombre al que no le desbordara su fama o por lo menos uno que estuviera interesado por ella. Porque él lo estaba, ¿no?

Una curiosa idea se le ocurrió de repente.

-¿.Sabes quién soy yo? ¡Oh, Dios! Eso suena horrible -parpadeó-. Quiero decir que la gente, los hombres, suelen tratarme...

Se encogió de hombros en un vano intento por explicarse. ¿Cómo podía contar una chica que los hombres agradables tenían demasiado miedo a acercarse a ella y el tipo de hombres que la quería como un trofeo solo le producía desdén?

-¿Cómo a una diosa? -preguntó burlón-. Comprensible.

Sus ojos grises realizaron una lenta marcha de la punta de sus pies hasta su brillante cabeza. Y su expresión pareció de aprobación. Aquello en sí mismo no era desacostumbrado; a la mayoría de los hombres les gustaba mirar a Hope. Era el hecho de que ella le gustara gustarle lo que hacía extraña la experiencia.

-Pero no muy deseable.

Estaba interesado. Hope sintió una oleada de excitación por todo el cuerpo. Ella estaba acostumbrada a conocer a gente interesante e importante, pero había algo en aquel hombre especial.

-Entonces, ¿no me regañas por no haber mostrado la suficiente reverencia?

Hope lanzó una carcajada rica y profunda. Se detuvo de repente y frunció el ceño.

-No me acuerdo muy bien... No estabas casado, ¿verdad'?

A Alex no pareció importarle aquella pregunta tan directa.

-Ni por lo más remoto -dijo con un leve estremecimiento en la comisura de su deseable boca.

-Bien. ¿Podemos ser amigos?

Hope Lacey, decidió Alex parpadeando, tenía una sonrisa que podría parar a un rinoceronte al ataque en su marcha. Era realmente encantadora y lanzada, pensó.

-Amigos.

Era una palabra agradable y sin complicaciones, pero los sentimientos que aquel hombre estaba despertando en ella no eran tan sencillos.

-La última vez que te vi, creo que te llamé señor Matheson.

Alex parpadeó; había intentado olvidar aquello.

-Eso hiciste.

Dudaba haber intercambiado con ella más de dos palabras en su encuentro anterior. Había muy poco en común entre un joven cercano a la treintena y una adolescente. Si no recordaba mal a Hope, era la hija más desgarbada de sus vecinos, Beth y Charlie Lacey.

-Yo era una adolescente entonces. ¿Y tú? ¿Cuántos tenías?

Alex tenía el tipo de cara a la que era muy difícil deducir la edad. ¡Y su cuerpo, desde luego no mostraba ninguna señal de decadencia!

-Ahora tengo cuarenta; la próxima semana los cumplo, para ser más exacto.

Era un hombre que iba directamente al grano, notó con aprecio Hope. Había muchas cosas apreciables en él. Sin ser guapo, era cautivador. Sus facciones eran fuertes y angulosas, sus altos pómulos tenían una ascendencia eslava y su mandíbula era cuadrada y firme. Se debía haber roto aquella nariz romana en algún momento de su vida, pero a Hope le agradaba aquella irregularidad.

-Yo tengo veintisiete. Es sorprendente cómo el tiempo ha borrado la barrera de

la edad.

-¿Tú crees? -esbozó una cínica sonrisa y Hope se fijó con interés en su labio inferior jugoso.

-Desde luego -replicó ella con confianza-. A menos que quieras que te siga llamando señor Matheson.

-Llámame Alex, pero eso no servirá de nada para acortar la barrera de la edad. ¿Quieres que te llame yo Lacey?

-Ese es mi nombre profesional; mis amigos me llaman Hope.

Alguien murmuró una disculpa y Alex se apartó a un lado para dejar pasar. Tenía los hombros del tipo de los que podían bloquear cualquier pasillo; eran anchos, como su torso, y eso le hacía parecer más alto de lo que realmente era.

Hope medía uno ochenta, así que lo podía mirar directamente a los ojos. Alex apoyó un brazo en la pared mientras los invitados pasaban. Desde tan cerca, su presencia física era casi sobrecogedora. .

-Apuesto a que no puedes comprar los trajes en las tiendas -cerró los ojos y lanzó un leve gemido-. Lo siento, no suelo ser nunca tan directa.

-Puedes ser tan directa como quieras conmigo, Hope. Me gusta la gente directa. Tienes razón, los trajes me los hago a medida.

Y también tendría que afeitarse dos veces al día, comprendió ella al notar la sombra de la barba. Se sintió sacudida y asustada por un repentino deseo de deslizar los dedos por su pelo moreno.

-Esto es una tontería -murmuró Hope con el ceño fruncido.

-Y peligrosa -acordó él con sequedad.

Hope lo miró con la vista nublada. Al mirarlo, la pupila de él se abrió hasta casi tapar el iris gris. Entonces ella deslizó la mirada despacio hacia su boca y se mordió los labios con nerviosismo. Debería ser ilegal que un hombre tuviera tanto atractivo sexual.

-¿Tú también?

Las líneas que enmarcaban su firme boca se acentuaron al sonreír levemente en respuesta. Hope reconoció al instante que no era el tipo de persona que dejara aflorar sus emociones a la superficie con facilidad.

-Tienes la corona torcida.

Alex inclinó la cabeza hacia su pelo de color maíz.

El asombro se desvaneció de su cara mientras colocaba en su sitio la corona de flores secas sobre los rizos rafaelistas que le había hecho el peluquero. La pequeña iglesia del pueblo había sido preciosamente decorada con orlas de las mismas rosas enlazadas con romero y lazos de rico terciopelo rojo.

-Ha sido un servicio precioso -murmuró soñadora-. Lindy estaba preciosa.

-Supongo.

-¿Qué supones? -repitió ella con indignación.

-Estaba mirándote a ti. Estabas como un ángel de Botticelli, resplandeciente.

Aquello fue lo bastante inesperado como para quitarle el aliento. Alex no era el

tipo de hombre al que hubiera asociado con floridos cumplidos.

-Yo no soy ningún ángel.

-No -acordó él con aquella sensual voz ronca-. Eso sena aburrido. Y yo no soporto aburrirme ni aunque sea con un ángel.

-Parece que no te compensa con la falta de carácter, ¿eh?

-Tú tienes las dos cosas -dijo con calma.

-A alguna gente le cuesta creerlo.

-Yo aprendo rápido.

-Hablar contigo marea. ¿Eres siempre tan personal?

-Si quieres hablo de la economía y del tiempo.

-¿Y qué te parece si hablamos de lo bonito que ha sido el servicio?

-No me gustan las bodas, pero tengo que reconocer que esta no ha estado demasiado mal. Dime, ¿cómo conseguisteis mantener el acontecimiento en secreto? Pensaba que cuando se casaba la gente como Sam Rourke, la prensa de todo el continente estaría acampada frente a la iglesia.

Sam es muy bueno en dejar pistas falsas -dijo ella sonriendo con afecto al pensar en su nuevo cuñado. Sam era un actor de fama internacional y millones de mujeres derramarían alguna lágrima cuando se enteraran de que se había casado-. También se mandaron las invitaciones a nombre de Patrick S. Rourke, que es su verdadero nombre. Lo que me sorprende es que un hombre tan ocupado como tú pudiera acudir con tan poca antelación.

-No tema otra cosa planeada. Volví de Arabia Saudí ayer Tus padres han sido encantadores al invitarme.

Lo que no añadió era que había tenido toda la intención de hacer una breve aparición aunque no hubiera sido invitado.

-¿Has superado la recesión entonces?

La empresa de Alex fabricaba lujosos coches hechos a mano, con líneas nostálgicas del pasado, muy valorados y que se reconocían al instante.

-Por suerte sí -Alex podía permitirse sentirse confiado. Tenía una lista de espera de cinco años para cada uno de los tres modelos que producía- ¿Y cuánto tiempo piensas quedarte en casa, Hope?

Podrían ser las serenas y firmes respuestas de la pareja que había prometido sus votos lo que le hubiera suavizado el cerebro. Sería mejor para los dos que ella se fuera a cualquier país exótico a hacer algún desfile antes de que respondieran ambos a aquella atracción. Se mirara como se mirara, Hope Lacey era demasiado joven para él, pensó Alex.

Casi había esperado que lo desilusionara al hablar con ella. Si era sincero, eso era lo que había querido. Una buena dosis de realidad le había parecido la cura perfecta para la fascinación que había sentido en cuanto la había visto entrar en la iglesia. Pero lejos de curarlo, había encontrado la realidad aún más atractiva; ella era sorprendentemente natural y madura. Cálida, divertida... Se detuvo. La lista podría ser agotadoramente larga.

-Voy a quedarme en casa todo el próximo mes.

¡El destino no pensaba hacerle ningún favor! Alex se fijó en la pequeña sonrisa burlona que surcó sus labios. Bueno, Hope tenía todos los motivos para sentirse segura de su habilidad de hechizar a un hombre, pensó.

-¿Has venido a descansar? -preguntó enarcando una ceja.

-Bueno, es siempre una tentación hacer todo lo que te ofrecen, pero llegas a un punto en el que comprendes que no tiene sentido quemarte para ahorrar hasta el último dólar disponible. Últimamente discrimino un poco más.

-Porque te lo puedes permitir.

Hope no le discutió aquello. El trabajo de modelo la había dejado financieramente asegurada de por vida.

-He tenido suerte y he trabajado duro. Esta película podría ser un nuevo comienzo para mí.

Había pasado un mes desde que había terminado la promoción por televisión y radio de la película.

-¿Interpretabas el papel estelar femenino frente a Rourke?

Hope asintió.

-Yo fui la que le presenté a Lindy, así que si algo sale mal en el Edén, me culparán a mí sin duda. Vamos, ven a buscar algo de champán antes de que se acabe.

Le rozó levemente el brazo y Alex la siguió a la cocina.

-Hope, cariño, aquí estás -Beth Lacey, con las manos hasta los codos en agua jabonosa, sonrió a su hija-. Hola, Alex. Espero que te lo estés pasando bien.

-Estoy muy bien cuidado.

-¿Te importa lavarme algunos vasos, Hope? Se han roto muchos y debería ir a avisar a Lindy para que se cambie.

-¡Claro, mamá!

Hope se ató un incongruente mandil de rayas sobre su traje de madrina.

-Saca el jabón -le dijo a Alex-. La tercera puerta -añadió inclinando la cabeza hacia el pasillo a sus espaldas antes de meter las manos en el agua-. ¿Por qué siempre que no te ayudan te pica la nariz?

-Déjame -se ofreció él. Antes de que Hope comprendiera lo que estaba a punto de hacer, le rozó la punta de la nariz aristocrática-. ¿Mejor?

Hope lanzó un murmullo de asentimiento.

«Lo estoy mirando con tal fijeza que debo parecer bizca», se regañó. Si ella pudiera destilar lo que aquel hombre producía en su tembloroso estómago, sería una rica alquimista. Sí, la alquimia tenía que ver en aquella mística magia que estaba sintiendo.

«¡ Vamos. Hope!», se regañó. Algo muy terrenal y sensual se parecería más a la realidad.

Él apartó la mano, pero no del todo. Antes de hacerlo, deslizó los dedos por sus labios entreabiertos.

—No eres de plástico.

Aquel peculiar comentario la ayudó a Hope a liberarse del hipnótico hechizo que la ataba a aquel ligero contacto.

-¿Es esa tu idea de un cumplido? -su mano no se habia apartado por completo; ahora la palma descansaba con ligereza en la base de su barbilla-. Porque si es así...

-Ya sabes lo que quiero decir, del tipo de rubias que son todo dientes y silicona.

Hope lanzó una carcajada.

-Tienes un poco estereotipada la profesión. Hay sitio para la individualidad y la variedad en la élite de mi profesión. De hecho, las dos cosas son esenciales.

Entonces le lanzó burbujas de jabón.

Su acción pareció asombrarlo. Quizá Alex Matheson no estuviera acostumbrado a que la gente jugara o bromeara con él. Alex notó el humor en sus profundos ojos azules y sus hombros se relajaron de forma visible.

Entonces se encogió de hombros.

-No sé mucho de actrices o modelos.

-¿Solo sabes de lo que te gusta? -sugirió ella descarada.

-Y de lo que no me gusta. Para serte sincero, la idea de la silicona me produce escalofríos.

Eso provocó en Hope una oleada de carcajadas.

-Eres tan raro -gimió secándose las lágrimas de la risa.

Alex se quitó una pompa de jabón del pelo sedoso y la miró intrigado.

-¿Raro?

-En el mejor sentido de la palabra.

-¡Vaya alivio!

-Lo cierto es que para las modelos de mucha élite, eso puede ser un inconveniente -le confió-. La ropa le queda mejor a una figura andrógina.

-Tú no eres andrógina -dijo deslizando los ojos fugazmente por su figura.

-No soy tipo sirena. Se pretende que sea más atlética, natural y sexy -dijo con naturalidad.

-¿Y lo eres?

-Juego mucho al tenis -replicó ella evasiva.

Su cautela provocó una sonrisa en la cara de Alex que lo hizo parecer más joven y menos severo. Debería sonreír más a menudo, pensó Hope.

-Quizá podríamos jugar alguna vez...

Hope podía sentir el jugueteo sensual, pero, para su asombro, se sonrojó.

-Supongo que te gustará ganar.

Alex apartó con dificultad su mirada de aquellas fascinantes mejillas escarlatas. Era mucho menos sofisticada de lo que daba a entender su imagen.

-¿No le gusta a todo el mundo?

-Pues yo carezco del instinto asesino necesario.

-¿Y crees que yo sí lo tengo? -preguntó Alex

Hope posó el último vaso en el escurridor y se secó las manos.

-Si te digo que sí me acusarás de catalogarte como hombre despiadado de

negocios sin capacidad de compasión.

Mientras lo decía, Hope pensó lo fácil que era catalogarlo en aquella categoría. No era solo porque físicamente fuera formidable, la estampa de autoridad que emanaba de él parecía ser genética. Era un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería.

Alex vio el destello de inseguridad en su preciosa cara inflamada.

-Bueno, yo pondría la línea en el homicidio.

-Eso es un consuelo.

-Parece que no sé mucho de tu tipo de vida.

-No te preocupes, yo tampoco sé gran cosa de construir coches.

-Podríamos intercambiar la información y mejorar nuestros conocimientos generales -sugirió él con voz sedosa.

-¿Estamos hablando de una cita? -preguntó ella con una temblorosa sonrisa de cautela.

La asustaba pensar lo mucho que significaba para ella lo que él contestara.

-Reunión, acuerdo, como quieras

Era madura para su edad y no había nada artificial en ella. pensó Alex.

-Eso suena mejor -contestó ella con frialdad y contención después de frenar el impulso de ponerse a bailar encima de la mesa.

-Bien.

El brillo de victoria en sus ojos que tanto la preocupaba había vuelto.

-¿Dónde dijiste que estaba el champán?

-¿Qué tal ha ido todo, Hope?

Charlie consiguió acercarse un momento a solas con su hija en cuanto los invitados empezaron a dispersarse.

-Mejor de lo que esperaba.

-Ya será agua pasada antes de que te enteres -la consoló.

Hope asintió. Ya había conseguido adoptar una actitud filosófica acerca de los rumores que habían estallado acerca de ella.

El mundo entero pensaba que había tenido una aventura con Lloyd Elliot, el productor de la película que acababa de interpretar. Hope había leído incontables artículos acerca de cómo ella había roto su matrimonio solo para progresar en su carrera. La despechada mujer de Lloyd, una tempestuosa cantante de Dallas, había concedido algunas entrevistas muy conmovedoras. Si Hope no hubiera sabido que ella y Lloyd llevaban años con vidas separadas, ella misma se hubiera sentido conmovida.

Cuando Hope había aceptado distraer la atención pública del verdadero nuevo amor de Lloyd, no había comprendido lo que aquella decisión iba a afectarla a ella y a su familia. Pero era demasiado tarde para arrepentirse, aunque si lo hubiera sabido, su decisión hubiera sido otra. Pero su familia conocía la verdad y, en poco tiempo, en cuanto Lloyd hiciera público el objeto de su amor, todo el mundo la sabría también.

-Será un alivio -admitió a su padre-. De todas formas, lo positivo es que averiguas quiénes son tus amigos de verdad.- Y hoy no ha sido tan malo como yo esperaba, a menos que me esté acostumbrando a la paranoia.

-Me pareció que estabas haciendo un nuevo amigo.

-Uno no significa demasiado -respondió Hope con sequedad.

-Pues creo que tu madre comentó que tenías a Alex Matheson detrás.

-Yo no lo diría así. Es un hombre interesante.

-Sin embargo, no es un hombre fácil de conocer. Es... distante. Nunca se ha involucrado de verdad en la vida del pueblo. Fíjate que lo conozco desde niño y sé que siempre aporta cantidades generosas a las asociaciones locales de caridad, pero...

Frunció el ceño al intentar poner en palabras sus dudas acerca de Alex Matheson. Las mujeres eran unas criaturas extrañas, pensó. Probablemente encontrarían atractivo el hecho de que un hombre fuera enigmático.

Hope estaba dividida entre la irritación y el afecto. Algunas veces sus padres se olvidaban del tiempo que llevaba en el gran mundo.

-Bueno, será una persona muy privada, pero al menos no me ha tratado como si fuese una mujer marcada. No hace falta que te preocupes tanto, papá. No estoy a punto de hacer algo tan estúpido.

«¿Lo estoy?» Se preguntó a sí misma. ¿No había algo muy atractivo en cometer una gran estupidez con Alex Matheson?

Charlie Lacey abrazó a su hija con fuerza.

-Ya sé que eres una chica sensata -dijo con voz llena de afecto.

«¿Lo soy?», se preguntó Hope recordando con un escalofrío la sensual expresión de la cara de Alex al irse.

Capítulo 2

LOS rizos que se habían escapado de la sencilla cola que se había atado Hope flotaban al frío viento. La ligera cazadora para la lluvia la protegía de lo peor, pero sentía la nariz rosada al subir con firmeza por la colina.

Bishop's Crag era un conocido mojón histórico; era el punto más alto en varias millas a la redonda. Ella conocía el sitio bien, pero habían pasado años desde la última vez que había estado allí. Se detuvo para recuperar el aliento e inhaló con fuerza. Se había olvidado de lo precioso que era el campo y la sorprendió encontrar una leve capa de nieve temprana a aquellas alturas.

Alex Matheson era diferente; eso tenía que concedérselo. Posiblemente aquella fuera la prueba a la que sometería a sus potenciales candidatas a novias. La idea la hizo sonreír antes de dar un respingo de sorpresa al reconocer el derrotero de sus pensamientos.

Ella no tenía novios. Al menos no los había tenido en mucho tiempo. Había tenido una breve pero intensa aventura con Hugh Gilmor, su primer agente, pero desde entonces no había sentido deseos de involucrarse con ningún hombre. Había hecho algunos buenos amigos en la profesión y algunos de ellos eran hombres, pero nunca se había sentido inclinada a ir más allá de la amistad.

—Novio.

El viento se llevó la palabra de sus labios.

No, pensó sacudiendo la cabeza.

Estaba a punto de continuar cuando un movimiento por el rabillo del ojo le llamó la atención. A su izquierda, en un terreno más alto, justo bajo un grupo de árboles doblados por los vientos constantes, se erguía una figura solitaria que nunca podría ser vencida por una tormenta.

Hope siguió de forma automática la dirección de su mirada hacia el horizonte. Un punto oscuro apareció en el cielo antes de girar en un ángulo imposible en dirección al suelo para aterrizar en el brazo extendido de Alex.

Asombrada por aquel ejercicio acrobático, Hope agitó la mano hacia la figura solitaria. Él no respondió y Hope lo achacó al hecho de que llevara al pájaro sujeto en la muñeca.

-¿Por qué no me dijiste que tenías una lechuza? -jadeó cuando por fin llegó a su lado.

A Hope le brillaban las mejillas del ejercicio y sus ojos fascinados se posaron en el pájaro inmóvil sobre la mano enguantada antes de sonreír al hombre.

-Es un halcón. Hembra.

Hope encontró más calidez en la mirada fría del ave que en la del hombre.

Ella no necesitaba ser adivina para experimentar la premonición del miedo. El viento agitaba su pelo espeso, pero su cara era como la roca en la que se balanceaba.

Parecía más en casa en aquel paisaje salvaje, que su pájaro. Alex extendió la mano y la criatura despegó.

-¿No tienes miedo de que no vuelva?

-A veces desaparece, pero siempre vuelve a mí.

A Hope se le escapaba tanta fidelidad.

-¿Me vas a decir qué es lo que va mal?

Todos los escenarios románticos que había imaginado en su cabeza se estaban desintegrando bajo la dura luz de la realidad.

-¿Y por qué iba a ir algo mal, Hope?

Su murmullo sarcástico la hizo sentir impotente y enfadada. Los últimos retazos de su temblorosa expectación se evaporaron bajo la fría mirada gris de él.

-Eso es lo que me gustaría saber. ¿Y puedes bajar de esa maldita roca? Me resulta imposible hablar con alguien a ese nivel -respondió ella exasperada ante su actitud prepotente. ¿Podría ser aquel el mismo hombre con el que había hablado el día anterior?-. Si te has arrepentido, me parece bien, pero no hace falta que me trates con esta frialdad.

Al mirar aquella cara radiante y aparentemente inocente una sonrisa asomó a los labios de Alex cuando saltó de la roca en un ágil movimiento.

Aquella exhibición de agilidad pilló a Hope por sorpresa. Si se había imaginado que iba a ser menos intimidante a la altura de los ojos, se había equivocado. La furia controlada era la única descripción de la expresión de su cara. Su incredulidad y confusión fueron en aumento.

Por detrás del hombro de Alex vio al halcón lanzarse sobre un pájaro más pequeño, probablemente una paloma. Su imaginación conjuró las duras garras destrozando el frágil esqueleto de su víctima. Hacían una buena pareja el hombre y el pájaro. Si él tuviera garras, no le costaría mucho imaginarlo abalanzarse sobre ella.

-¿Por qué me preguntaste si estaba casado?

-Porque no me...

De repente la voz le falló y empezó a comprender con incredulidad.

-No habrás leído alguno de esos artículos sobre...?

-Sobre ti y tu amante casado. Un hecho del que sacaste buen provecho -observó con desdén-. Te había dicho que había estado fuera del país.

-Esa soy yo. Nunca dejo una oportunidad de asaltar a un pobre hombre inocente que pase a mi lado. Por supuesto, hubiera sido más satisfactorio si hubieras tenido mujer y diez hijos -escupió las palabras con los dientes apretados.

¡ Y pensar que le había impresionado que no se hubiera dejado afectar por aquellos feos rumores! ¡Y que lo había considerado cálido e interesante! Y el hecho de que siguiera siendo el hombre más viril que había encontrado nunca acentuaba su disgusto.

Y una madre inválida seria la guinda sobre la tarta.

El sarcasmo era lo único que cubría el dolor de haber descubierto cuál era su verdadera personalidad.

-No puedo soportar el engaño -respondió él con una austeridad que inflamó más a Hope.

-¡Y yo no puedo soportar a los puritanos aburridos!

-Tu familia debe haber vivido un infierno.

-¡Gracias a mentes retorcidas y sucias como la tuya, probablemente todavía lo sigan sufriendo!

-No intentes pasarme a mí la culpabilidad, Hope. Suponiendo que todavía seas capaz de sentirla...

-Lo que todavía soy capaz es de hacer bailar a un tipo como tú alrededor de mi dedo meñique.

Ahí le había tocado la fibra sensible. Lo podía notar en el brillo de furia de sus ojos. En eso constituía su enfado: no soportaba que dudaran de sus juicios. El gran Alex Matheson no soportaba que nadie jugara con él.

-Estoy seguro de que debes tener mucha práctica: eres muy profesional.

Hope lanzó un gemido como si le hubieran dado un puñetazo. El sonido de su palma abierta al golpear la mejilla de Alex sonó como un latigazo.

-¡Oh, Dios! ¡Mira lo que me has hecho hacer! -apenas pudo pronunciar antes de que el pájaro se tirara a su cara mientras Alex se abalanzaba sobre ella para tirarla al suelo y la criatura salía volando.

Alex cayó con ella y la examinó cuando Hope lanzó un gemido y alzó la cabeza.

-Es solo un arañazo superficial. Has tenido suerte.

Hope enroscó los dedos sobre el suelo musgoso.

-Abre el champán para celebrarlo -gimió dejando caer la cabeza una vez más.

Un velo de transpiración le cubrió la pálida piel sobre el labio superior y tuvo que hacer un esfuerzo por superar las oleadas de náusea.

-No te quedará cicatriz -Hope dio un respingo al sentir que le tocaba la mejilla-. Apenas ha rozado la piel.

-¡No es eso! -inspiró varias veces con fuerza mientras suplicaba no ponerse en ridículo por completo-. Voy a vomitar y es todo por tu culpa.

Aquel era siempre el resultado de una breve ráfaga de furia, aquella humillante respuesta física. Al menos Alex tuvo el sentido de dejarle cierta intimidad. Para un bastardo como él, mostraba bastante sensibilidad. Unos minutos más tarde, Hope se incorporó y trepó a la roca sobre la que había estado erguido él. -¿Estás embarazada?

Aquellas palabras le hicieron perder el pie. Agitando los brazos como un molinillo, consiguió no caerse, aun-que aquello no podía ser más humillante que arrojar todo e1 desayuno delante de él.

-No podría culparte si lo estuviera, ¿no crees? -respondió ella buscando un sitio plano en la superficie rocosa para sentarse. Entonces se palpó el ligero arañazo donde las garras del pájaro habían herido su cara. Sacó un pañuelo y escupió en él.

-He leído en alguna parte que la saliva es antiséptica -comentó en alto antes de pasarse la tela por la cara.

-Ella pensaba que me estabas atacando. Es muy sensible.

«¡Y yo soy un pedazo de madera!» ¡Aquel hombre era una joya!

-Yo también y por mucho que te hayan dicho lo contrario, la gente ha exagerado siempre cuando hablaba de mi carácter -comentó Hope a la defensiva.

La antigua broma de la familia acerca de su gancho izquierdo había sido lo que la había hecho luchar mucho por controlar sus impulsos. No podía permitirse perder los nervios porque la ponía enferma, físicamente enferma. Todavía estaba temblorosa por los efectos.

-Bajo estas circunstancias no pienso llevarte la contraria. Me gustaría mantener la otra mejilla intacta.

-Yo nunca pego a nadie más pequeño que yo.

-Eso debe limitar mucho tu campo de acción.

-Eso es un chiste barato. Pensaba que tenías más clase.

-Y tú sabes mucho acerca de la clase, supongo

Alex se acercó más a ella a tiempo de ver el brillo de furia en sus ojos. La ausencia de color en sus mejillas acentuaba la intensidad del azul. Si quisiera, hasta podría contar las pecas que tenía sobre la nariz. Poner maquillaje en una cara como aquella debía ser un pecado, pensó Alex.

-Y si piensas abofetearme otra vez, te advierto que no lo consentiré.

«Ya somos dos», pensó ella entrecerrando los ojos y alzando la barbilla.

-Siento haberte pegado -se disculpó a regañadientes-. ¡Pero te lo merecías! No había pegado a nadie desde hace...

-¿Unas horas?

Aquella irónica sugerencia la hizo morderse el labio inferior.

-Años -respondió con glacial dignidad.

Todavía podía recordar la última vez en que la pérdida de control la había llevado a casa en malas condiciones.

Cuando ella y sus hermanas se habían enfrentado a aquellos gamberros que habían amenazado con tirar su muñeca por el puente, la rabia la había hecho verlo todo rojo. Mientras que Hope le dejaba la nariz sangrando al cabecilla de la banda, Anna se había tirado al arroyo turbulento a recuperar la muñeca y Lindy había acabado corriendo arroyo abajo a rescatarlas a ambas. Suponía que el incidente, que podía haber acabado en tragedia con facilidad, decía mucho acerca de sus diferentes personalidades.

-Al menos estás avergonzada de tu última escapada.

-¿De pegarte?

-De romper ese matrimonio.

-¡Ah, eso!

Le dirigió una mirada de soslayo y notó la mueca de desagrado en la boca de Alex. Ver su desdén le produjo un vuelco en el estómago. Era difícil olvidar que había pensado cómo sabrían aquellos labios... Solo desearía que la oleada de calor que se extendió desde su vientre no llegara hasta las extremidades. ¡Lo último que necesitaba

a ese momento era que el cerebro se le nublara por aquel tipo de cosas!

«Bueno, si él quiere una mujer marcada, ¿quién soy yo para decepcionarlo?», pensó rabiosa.

Lo único que no pensaba hacer era mostrarse como una pobre penitente para que la redimiera el maravilloso Alex Marheson.

-Lloyd no es un niño, es bastante capaz de tomar sus propias decisiones -musitó -. Y creo que pensarás que ha sido muy agradecido conmigo.

«Y tiene todos los motivos para estarlo», pensó para sus adentros.

- Te envió su mujer una tarjeta de agradecimiento? -preguntó él con fastidioso mal gusto.

-No exactamente.

Hope parpadeó ante el recuerdo del encuentro con la famosa esposa de Lloyd. Dallas había concedido varias entrevistas a la prensa para humillarla públicamente. Aparentemente la publicidad no le había hecho ningún daño a las ventas de su disco, pero eso no iba a agradecérselo a Hope. Se rio con suavidad ante la idea.

-Es que no tienes vergüenza para nada? -preguntó Alex con la cara sombría de disgusto-. ¿Lo encuentras divertido? ¿Eres de verdad tan egoísta?

- A qué pregunta quieres que conteste primero? -preguntó con sorna apoyando la barbilla en la mano. ¿O eran todas retóricas?

¿Cómo había podido atraerla alguna vez ese hombre?, meditó. Era estrecho de miras y malicioso. La burlona sonrisa se evaporó de su cara dejando una expresión de desdeñoso desprecio.

-Tengo la conciencia muy limpia, gracias, Alex -dijo con sequedad.

La forma en que sus nudillos se pusieron blancos la fascinó. Por la expresión de su cara nunca hubiera parecido que quería estrangularla, pensó Hope.

-¿Es que te gusta jugar con la gente? -preguntó Alex con una mirada helada.

-¡Una chica tiene que divertirse!

El brillo en sus ojos aguileños la hizo a Hope sentirse inquieta, pero no pensaba dar marcha atrás.

Ladeó la cabeza como si estuviera meditando. Sería una pequeña venganza por sus insultos.

-Bueno.

-Bueno, tengo que hacer algo este mes próximo y encuentro a los hombres mayores, con ese aire de autoridad, muy atractivos. Estoy bastante dispuesta a sacrificar la energía de la juventud por... -lanzó una delicada carcajada-, por la experiencia. Me gustan los hombres experimentados, pero esto no es Hollywood, ¿verdad? Si hubieras estado casado, realmente no merecería la pena los problemas que causaría.

Y pensar que había creído que a él no lo afectaba la vida que llevaba. ¡Pensar que se había sentido atraída por su transparencia y su sinceridad! Con un esquema mental diferente, Alex se hubiera detenido sin duda a reflexionar acerca de la naturaleza contradictoria de las respuestas de Hope. Pero Alex no se detuvo; solo se adelantó y

la sujetó por los hombros y notó la sorpresa y el desmayo en sus ojos azules antes de besarla.

La presión de su boca arqueó su cuerpo hacia atrás hasta que la cabeza rozó contra el suelo de musgo. Sus manos se deslizaron desde sus hombros hasta su cara y la inmovilizó. Y no era que Hope tuviera ningún pensamiento de luchar; no tenía siquiera pensamientos. La única información que se filtraba en su cerebro eran cosas como el olor, la textura y el sabor. El olor del guante de cuero de su mano derecha, la lana de su jersey y el cítrico aroma de su fragancia masculina. La textura de su boca, la sensación de su lengua embistiendo en los recónditos lugares de su boca y el sabor de él... Ya lo conocía. Y ya no podía olvidarlo nunca.

El beso se detuvo tan bruscamente como había comenzado. La débil luz del sol se filtró entre la fina barrera de sus pestañas entrecerradas. Hope escuchó el eco de su propio corazón.

-Di algo -dijo él con voz ronca-. Al menos, mírame. Alex no hubiera sido capaz de ver cómo su pecho palpitaba de la agitación no hubiera sabido siquiera que estaba viva. Tenía el pelo desparramado alrededor de la cara como un rico marco dorado. El permanente fruncimiento de su ceño se profundizó al bajar la vista hacia ella.

Hope esbozó una sonrisa.

-Cómo podría negarme a una invitación como esa? O era una orden? No pongas esa cara de sorpresa, Alex. .Qué esperabas? ¿Un ataque de histeria? Ya me han besado antes -aunque nunca de aquella manera. Su sistema nervioso se había cerrado incapaz de aceptar los mensajes que le llegaban-. Aunque tengo que admitir que con más finura...

Para su sorpresa, Alex dio un respingo perceptible, encogió sus enormes hombros y apartó la vista de su cara.

No era que Hope se estuviera debilitando, pero Alex no había tenido que usar la fuerza de aquel maravilloso cuerpo para inmovilizarla. Y todo el tiempo ella había sido consciente de la imponente fuerza que él mantenía a raya. Y no era solo que hubiera sido consciente de ella, si no que la había excitado. Unas emociones extrañas aletearon en su vientre.

-Estamos empatados -murmuró Alex.

-Si me hubieran dado a elegir, hubiera preferido la bofetada.

Allí tendida, se sentía bastante vulnerable, pero no quería arriesgarse a moverse hasta recuperar el control de sus extremidades de nuevo.

-He sido un poco ingenua al esperar sutileza de alguien como tú. Supongo que la imaginación no será tu punto fuerte.

Con un grito de alarma, Hope cerró los ojos. Alex se movió con sorprendente agilidad para alguien de su tamaño.

Cuando se atrevió a abrir un ojo, él estaba arrodillado a su lado. Los músculos de su abdomen se contrajeron de expectación, pero se relajaron en el instante en que él deslizó la yema de un dedo por su mejilla. Cada uno de los vellos de su cuerpo se erizó y la piel le cosquilleó en respuesta. Un gemido escapó de sus labios.

-Nunca he sabido callarme a tiempo -susurró con voz quebrada-. Estoy segura de que eres sutil a muerte.

-¿Para ser un hombre mayor con limitadas reservas de energía? -sugirió él con voz sedosa.

-¿Es que no sabes aceptar una broma?

Alex se estaba quitando el guante de cetrería de la mano. Una chica que podía excitarse solo de ver la mano de un hombre tenía grandes problemas, pensó ella amedrentada.

-La creatividad puede adoptar multitud de formas -Alex se apoyó sobre el codo y le apartó los rizos de la frente-. Por ejemplo, yo podría ser ciego a los colores...

-¡Qué fascinante! -replicó ella con la voz demasiado aguda. Alex tiró de la cremallera de su cazadora impermeable y la deslizó hasta la base de su garganta-. Esto es una tontería.

Sus palabras sonaron apenas como un jadeo en vez de como una reprimenda. Hope enterró los dedos en su espeso pelo moreno para apartarlo, pero la suave textura de su lengua en la base del cuello la hizo apretarle la nuca de forma que parecía que iba a atraerlo más que a repelerlo.

Los asaltos a boca abierta sobre su cuello le provocaron una serie de gemidos guturales. La parte inferior del cuerpo de Alex se pegó más a ella cuando avanzó hacia arriba para quedar a la altura de sus ojos.

-Debe ser difícil para una mujer acostumbrada a tanto refinamiento ser expuesta a esta cruda torpeza.

Su voz ronca reverberó en su oído y cuando sus labios juguetearon con el mismo orificio, Hope sintió estremecimientos eléctricos hasta la punta de los dedos.

Sus ojos azules estaban hirviendo cuando se enfrentó a su dura mirada; tenía la mirada nublada y confusa. Aquello era una tortura; cada suave y excitante caricia era una agonía. ¿Cómo con tan poco podía excitarla tanto?

Ni siquiera la había tocado, pero había despertado un deseo tan intenso en ella que apenas la dejaba respirar.

Desmadejada y aturdida entre la frustración y la des-nuda necesidad, su primer movimiento de respuesta no estuvo cargado de finura. Hope alzó la cabeza un poco, enterró más los dedos en su pelo y apretó los labios, castamente cerrados, contra su boca.

Tenía la respiración jadeante cuando apartó la boca de él. Los ojos grises se prendieron en los azules.

-Quiero...

La emoción le atenazó el cuello.

- Un poco de aspereza?

La sugerencia era tan fría como la expresión calcula-dora de sus ojos.

Por un segundo, Hope no pudo creer lo que había escuchado. Si la hubieran sumergido en una bañera de hielo, no hubiera reaccionado con más rapidez. Se mordió el labio inferior para evitar que un grito de dolor se le escapara de la garganta. Dobló

las rodillas contra su pecho en un gesto protector y rodó de medio lado. Aunque tenía las rodillas temblorosas, consiguió levantarse con cierta gracia.

Si hubiera mirado atrás, él hubiera sido capaz de ver las lágrimas que rodaron por sus mejillas, así que no lo hizo.

- A quién dices que ha invitado Anna?

Beth Lacey no pareció notar la expresión horrorizada de su hija.

-A Alex Matheson, cariño, para redondear el número. Te recuerdo que él y Adam se llevan muy bien. Juegan al tenis juntos.

-No lo sabía -replicó Hope con frialdad.

-Le mencioné a Anna que él y tú parecíais haber congeniado bastante bien en la boda. ¿Preparo entonces una tarta de limón acida o te arriesgarás con el chocolate y el merengue? -esperó expectante y lanzó un suspiro de impaciencia cuando su hija la miró sin expresión-. Ya te dije que llevaríamos el pudín. Anna ya tiene bastante trabajo con los mellizos, pero al menos ha limitado el bautizo a la familia. Y a Alex, por supuesto.

¡Y Alex!

Hope asintió. Conocía a Anna lo bastante bien como para saber que no podía pedirle que se retractara y no invitara a Alex sin que le hiciera contar todo el episodio humillante. Y Hope no estaba preparada para aquello; todavía se sentía demasiado vulnerable por el penoso incidente.

-Perdona, mamá. Tengo que salir -dijo levantándose del viejo sillón.

-¿Adonde vas?

Con la mano en el pomo de la puerta, Hope contestó de forma vaga:

-No tardaré mucho. Tomaré prestado tu coche.

Tardó menos de lo que había calculado en llegar a Matheson Motors en las afueras del pequeño pueblo. Aparcó el viejo coche de su madre entre otros más lujosos y caminó confiada hacia la entrada. Nadie que mirara aquel paso elegante de sus largas piernas podría haber imaginado el pánico que sentía. Solo sus hermanas sabían que ella solo silbaba cuando estaba petrificada y ellas no estaban allí.

La chica de la recepción alzó la vista y miró por segunda vez sin disimulo.

-¡Señorita Lacey! -jadeó abriendo los ojos-. ¿Puedo ayudarla?

-Me gustaría ver a Alex.

Tener una cara famosa tenía que tener algunas compensaciones, sobre todo cuando una se presentaba en un sitio al que no la habían llamado.

-El señor Matheson... -la duda surcó la cara de la muchacha-. ¿Tiene una cita?

-Es una sorpresa.

-Bueno, no creo que... Es muy estricto acerca de...

-Lo cierto es que pensaba cenar con él esta noche,

pero tendré que anularlo. Así que he pensado invitarlo a un almuerzo temprano para compensar

- Por su cumpleaños? Ya entiendo. Oh, bueno, en ese caso.

El asistente personal de Alex resultó ser un hombre bastante joven y atractivo y completamente inmune a sus encantos. A Hope le hubiera gustado creer que era su famosa sonrisa y su actitud triunfadora lo que le permitió la entrada al santuario tan celosamente guardado, pero era evídente que si había llegado tan lejos era solo porque Alex había dado su permiso.

El pánico la asaltó en cuanto la puerta se cerró tras ella, pero el orgullo la hizo no mostrar ninguna inseguridad.

Pero no tenía por qué haberse preocupado, porque para el interés que mostró Alex por ella podría haber es-

tado desnuda allí en medio. ¡No se hubiera sentido más vulnerable de lo que se sentía entonces!

Él siguió quitándose el mono, bajo el que llevaba una inmaculada camisa blanca y una corbata de seda. Alzó la americana gris del respaldo de la silla y se la puso. La sombra de su vello era visible bajo la camisa, así como la insinuación de su musculatura. A Hope se le secó la garganta al notarlo.

-Llevas un estilo de dirección de «manos a la obra» por lo que parece -dijo Hope deslizando la mirada hacia el mono que se había quitado.

-Soy un hombre de acción.

La insinuación la hizo sonrojarse.

-Espero que sepas por qué he venido aquí.

-No soy tan perceptivo como pareces creer.

-La fiesta de la cena.

Hope no quería jugar con él y tampoco era capaz. Solo estar en la misma habitación que Alex la hacía penosamente consciente de lo mucho que lo irritaba.

-;Ah, la cena!

Alex descendió para sentarse en el sillón de cuero tras el impresionante escritorio que dominaba la habitación. No, se corrigió Hope con rapidez, era él el que dominaba la habitación.

-No vayas.

-¿Perdona? ¡Vaya, parece que estaba olvidando mis modales! Toma asiento.

-No puedes olvidar lo que nunca has tenido -atacó Hope-. Y no me pienso quedar lo suficiente como para sentarme. No creo que me agrade estar en tu compañía.

-Y si es así, ¿por qué estás aquí? -preguntó él imperturbable mientras la miraba con los ojos entrecerrados.

-Solo quería pedirte que fueras razonable. Estoy segura de que no querrás pasar la velada en mi compañía tanto como yo en la tuya.

-Y si no quieres verme, ¿por qué vienes aquí? -Ya te lo he dicho.

-¿Has oído hablar del teléfono? -interrumpió él con sequedad.

Hope abrió los labios varias veces antes de recuperar la voz.

-No lo había pensado.

-Por supuesto que no.

La odiosa mirada de saberlo todo de sus ojos le dio ganas de gritar.
-Si crees que lo he usado como pretexto para verte, no podrías estar más equivocado.
-Esa es una idea interesante -musitó él apoyando la barbilla en la mano.
Hope no podía mirar sus manos sin imaginarse... Inspiró con fuerza para no perder el control.
-¿Piensas venir? -dijo con voz calmada y razonable.
-No podría negarme puesto que me han pedido que sea el padrino del pequeño Joe.
-No te lo han pedido -cerró los ojos y apartó el mechón que le tapaba los ojos-. Me han pedido a mí que sea la madrina.
-¿No es encantador?
Sus dientes asomaron tras aquella sonrisa de lobo.
-¡Estás disfrutando de esto! -lo acusó ella
Por primera vez, Alex se puso rígido.
-Muy al contrario, pero no pienso ofender a mis amigos, solo porque tengan la mala suerte de estar emparentados con una pequeña aventurera como tú -deslizó la mirada por su cuerpo-. Puedes tachar lo de pequeña.
-Veo que estoy perdiendo el tiempo -Hope se dio la vuelta y salió de la oficina-. ¿Cómo se sale de aquí? -preguntó al asombrado ayudante de Alex.
-Primera a la izquierda y desde allí el ascensor. Si tiene prisa...
-La tengo.
-Podría cruzar la fábrica, primero a la derecha y bajando las escaleras.
Hope no notó los ojos que la siguieron a través de la planta de la factoría. Los coches de Matheron eran de baja tecnología, al menos en su construcción, así que no habia tecnología robótica, solo obreros. E iba tan ajena a todo que ni siquiera se dio cuenta del grito de advertencia cuando el suelo desapareció bajo sus pies.
En momentos como aquel, una chica con un poco de sentido común se desmayaría, pensó. Hope esperó a que la negrura la envolviera y la hiciera olvidar el agudo dolor, pero no fue así. Alguien encendió una luz y Hope solo gimió con suavidad ante las miradas expectantes de los trabajadores.
-Llama al jefe.
«Busque una ambulancia», hubiera querido gritar ella por primera vez en su vida.

Capítulo 3

NO LA toquen -escuchó decir a una voz autoritaria. Para Hope, aquello sonaba como un consejo excelente. El dolor parecía estar por todas partes, pero en el

momento en que intentó moverse comprendió que el daño se lo había hecho en la pierna izquierda.

-Pensábamos que tendríamos que darle el beso de la vida.

-O ponerla en una posición tendida -añadió otra voz.

-¡Por Dios bendito, hombre! Está respirando. Solo se ha desmayado y, por el ángulo de esa pierna, no me extraña -la brusca respuesta fue más cercana esa vez-. ¿Dónde está esa ambulancia?

-Yo no me desmayo -se sintió impelida a protestar.

-Está consciente. Ha dicho algo.

-¿Qué pasa, Hope?

El roce en su frente fue firme pero delicado y pudo oler el peculiar aroma de la colonia de Alex junto con su cálido olor masculino.

-No me he desmayado.

Se obligó a abrir los ojos y encontró la cara de Alex muy cerca.

-Pues es una pena. Supongo que te dolerá una barbaridad.

-¿La pierna?

-Parece rota. ¿Dónde más te duele?

-Por todas partes -las lágrimas de debilidad asomaron a sus ojos y Hope se sintió avergonzada-. Tenía que hacer un pase de bañadores en las Maldivas el próximo mes.

Un brote de risa histérica escapó de sus labios al escucharse.

-La ambulancia no tardará nada. Aguanta -Hope lo sintió alejarse más que verlo y la agitación la hizo moverse inquieta-. No intentes moverte, Hope.

-Prométeme que no te irás -susurró ella con fiereza.

Sus ojos estaban febriles y muy abiertos cuando lo asió por la muñeca con sorprendente fuerza.

Un destello de algo parecido al asombro surcó la cara de Alex, que se paralizó y bajó la vista hacia sus dedos antes de volverla hacia su cara.

-Te lo prometo.

Hope lanzó un suspiro de alivio.

Cuando llegaron los paramédicos, Hope se vio obligada a soltarse del brazo de Alex y la pérdida de contacto la hizo casi perder el débil control que le quedaba.

-Necesita algo para el dolor -le escuchó ordenar con aspereza.

-No se preocupe. No la moveremos hasta que se lo hayamos administrado.

«Desde luego que no», pensó Hope intentando enfocar las imágenes. Aquel asunto de hacerse la valiente no era tan sencillo. Entonces se encontró con unos ojos grises familiares. Algo en la calma de su mirada debió transmitirse a ella, porque de repente le costó menos seguir las instrucciones de los paramédicos y respirar por la mascarilla que le pusieron. Aquello borró el dolor casi al instante.

Alguien le puso una inyección en la pierna antes de que la alzaran sobre una camilla.

-¿Viene con nosotros, señor?

Hope se quitó la mascarilla.

-No tienes por qué hacerlo.

Alex se inclinó hacia ella para oírla mejor.

-Iré.

Hope cerró los ojos y esbozó una leve sonrisa de satisfacción. El porqué se sentía más a salvo sabiendo que lo tenía a mano era una misterio que desvelaría más adelante.

-¿Cómo te sientes? -Alex alzó la voz por encima del ruido de la sirena

¡Dios bendito! ¿Por qué no le hablaba del tiempo?, se reprendió Alex a sí mismo. Él funcionaba bien en medio de las crisis, pero en cuanto la autoridad no estaba en sus manos se sentía frustrado e impotente.

-Borracha -fue la sorprendente respuesta de ella.

Alex miró al paramédico con gesto interrogante.

-Es la medicación y la inhalación del gas. A algunas personas las afecta de esa manera.

-¿Sabes algo?

-¿Qué, Hope?

-Tienes las manos más bonitas que he visto en mi vida.

-Muy amable por tu parte.

-Pues quería decírtelo. Y quería decirte algo más, Alex.

Alex se giró hacia el paramédico con una mueca de disculpa en la cara.

-Creo que eso lo podremos hablar más tarde, Hope.

-De todas formas me he olvidado de lo que iba a decir...

-Bueno, ¿no eres una chica con suerte?

¿Se suponía que debía replicar aquello?

Parecía que llevar una bata blanca les daba a los médicos unas prerrogativas que no poseían el común de los mortales.

-Te llevaremos al quirófano enseguida y en cuanto alineemos esa tibia, quedarás como nueva. Las costillas te dolerán un tiempo, pero están solo rotas. Ha tenida mucha, mucha...

-Si me dices una vez más la suerte que he tenido, Adam, tendrás que alinearte tú también la nariz -dijo Hope con debilidad pero con toda la sinceridad de que era capaz.

Su cuñado le dirigió una mirada de enfado.

-Alguien que cae en un foso mecánico y no se rompe el cuello ya ha tenido mucha suerte. Hope.

La sonrisa de ella fue una sombra de la anterior al decir:

-¿Se lo ha contado alguien a mamá y papá ya?

-Alex insistió en hacerlo él personalmente. Dijo que les produciría menos ansiedad que oír la noticia por teléfono.

-Ya.

Así que allí era donde había ido. Desde que la habían dejado al cargo de su

cuñado, no lo había vuelto a ver. Tenía el vergonzoso recuerdo de haberse aferrado a su mano como una niña, pero los detalles los tenía borrosos.

-¿Qué es eso que trae? -preguntó Hope con sospecha al ver aparecer a la enfermera.

-Algo para calmarte, Hope.

-Yo ya estoy calmada. Mucho más calmada que...

-¿Por qué no te callas, Hope, y nos dejas hacer nuestro trabajo? Si prefieres que llamen a otro doctor...

-Nada de eso, Adam, y estoy bastante contenta contigo mientras tu preciosa ética no interfiera con curar a un miembro de la familia.

-¡Oh, mi ética no tiene nada que ver! Es el personal sanitario el que me preocupa.

Hope seguía murmurando en voz baja para sí misma cuando cayó otra vez en el sopor inducida por las drogas.

Tres días más tarde, estaba empaquetando sus pertenencias, o al menos dando instrucciones de cómo hacerlo a su madre.

-Preciosas flores, cariño -comentó su madre al contemplar el largo ramo de rosas amarillas en un jarrón alto.

-Envíalas al ala infantil -dijo Hope con rapidez.

-¿Estás segura?

Hope esbozó una tenue sonrisa. Su madre no iba a encontrar la tarjeta por mucho que mirara porque ya la había roto en mil pedazos y la había tirado a la basura. Solo había un nombre en la tarjeta: Alex, escrito con letra clara y mano firme.

Hope se había despertado la tarde anterior para encontrarlo de pie al lado de su cama con las rosas en la mano. Debía estar lloviendo fuera, porque su pelo negro estaba mojado y peinado para atrás y su piel cubierta de una fina capa de agua que acentuaba la vitalidad que emanaba.

Hope había clavado la mirada en los duros ángulos de su cara conmovida por la firme línea de su sensual boca antes de clavarla en sus ojos, sus cejas negras y aquellos ojos grises que le producían descargas eléctricas en cuanto se clavaban en ella. Se había sentido asombrada. No había soñado aquel sentimiento; estaba allí. Había pasado de verdad. Se había sentido inquieta, débil y excitada, todo al mismo tiempo.

-Gracias. Son preciosas -dijo con timidez.

Y la timidez no era una emoción a la que estuviera acostumbrada Hope y eso la hacía sentirse extraña. Los agudos ojos de Alex parecían no perder detalle de su cara.

-Parece peor de lo que es -comentó ella un poco avergonzada.

Sin embargo, por espectacular y doloroso que fuera el moretón que cubría la mayor parte de su cuerpo por el lado izquierdo, no quedarían lesiones. Ella no era presumida, pero quería que la viera en su mejor forma, que con toda modestia era bastante buena en general. En vez de eso, parecía sacada de una película de horror.

-Nunca hubiera creído que te interesara decir eso.

La confusión asomó a la cara de Hope. Todavía tenía el cerebro un poco aturdido. ¿Qué quería decir?

-No te preocupes -se adelantó él- No he venido aquí a discutir eso.

-¿Discutir?

El la silenció con un gesto imperativo de la mano.

-Entiendo por completo tu posición.

Hope cada vez se sentía más confusa.

-Deseaba comprobar por mí mismo cómo te encontrabas. No hay motivos ulteriores, Hope. Espero que lo comprendas.

Hope consiguió mantener la expresión neutral con un gran esfuerzo. Estaba avergonzada. No recordaba con claridad y no sabía lo que había dicho o hecho bajo el efecto de los medicamentos.

-No querría que hubiera malos entendidos.

Hope se aclaró la garganta, que sentía un poco áspera por la anestesia.

-Te lo agradezco.

El estudio casi clínico de su estado se hizo menos impersonal cuando Alex oyó aquel tono susurrante en su voz. Hope no parpadeó bajo su mirada y fue él el primero que apartó la vista. Ella se alegró. No había hecho nada para sentirse avergonzada, decidió con rebeldía. Enamorarse no era un crimen, incluso cuando el objeto de aquellos sentimientos fuera tan reacio a ellos como lo era Alex. Pero para sus adentros, pensó que había una enorme diferencia entre ser sincero y brutal. ¿Qué pensaba él?, se preguntó. ¿Qué iba a caer en sus brazos y declararle su pasión eterna? Pero le dolió saber que él no pensaba arriesgarse a escucharlo.

Ni siquiera le había dicho adiós... El sonido de la voz de su madre la devolvió a la realidad.

-Se las llevaré a las enfermeras, ¿te parece? -repitió Beth Lacey con expresión de pesar.

Hope no estuvo mucho tiempo a solas antes de que su cuñado asomara la cabeza por la puerta.

-¿Todo terminado, entonces?

-Por suerte sí.

-Eres una paciente terrible.

-Eso lo dirás tú.

-¿Has visto últimamente a Alex?

Hope se puso rígida ante la pregunta casual.

-¿Y por qué tendría que verlo?

Adam le dirigió una mirada de curiosidad.

-Lo llamabas a gritos cuando saliste de la anestesia.

-Hay muchos Alex en el mundo.

¿Es que no iba a escapar de aquel hombre? ¿Ni siquiera inconsciente podía dejarla en paz?

-Miles.

-Si se lo cuentas a alguien te...

La gente hacía cosas extravagantes bajo la influencia de las drogas. Cosas que no tenían significado. Sus protestas mentales le sirvieron de poco consuelo.

-No te preocupes, secreto profesional.

Adam levantó el estetoscopio con aire desenfadado.

-Por nadie me refiero especialmente a Anna.

Adam sonrió, pero no respondió a su reto.

-El deber me llama -dijo acercándose hacia la puerta-. Buen hombre, Alex Matheson, me cae bien.

«Si no estuviera atrapada en esta maldita escayola, aparte de la silla de ruedas, no te dejaría irte así», pensó Hope. Maldito hombre, pensó. Y no era Adam al que se refería.

-Retrasaremos el viaje.

Hope se paseó con torpeza con las muletas.

-¡Ni se os ocurra!

Sus padres llevaban planeando aquel crucero para dar la vuelta al mundo desde hacía un año y llevaban hablando de él desde que ella tenía memoria. No podía soportar ser la causa de que se perdieran sus soñadas vacaciones.

-Me las arreglaré perfectamente.

-Pero estaré preocupada por ti, cariño. Si Anna no estuviera tan ocupada con los bebés, podrías ir a su casa...

-No necesito a nadie que me cuide. Solo tengo una escayola en la pierna, mamá.

Era frustrante saber que estaba entablando una batalla perdida. En cuanto su madre tomaba una decisión, no había forma de que la cambiara. En silencio maldijo sus instintos maternales.

-Es la puerta -dijo Beth levantándose del sillón ante el estridente sonido del timbre.

Se le ocurrió a Beth, y no por primera vez en las dos semanas anteriores, que por una vez. su madre aparentaba la edad que tenía. Necesitaba aquellas vacaciones; había trabajado demasiado duro toda su vida.

-Iré yo -respondió Hope apretando los dientes al ver los giros que tenía que hacer para llegar hasta la puerta.

-¡Eres tú!

Se sonrojó al instante ante la sonrisa irónica que recibió en respuesta. ¿No se le podía haber ocurrido decir algo más estúpido?

-Tienes buen aspecto.

Los moretones púrpura de la cara se habían vuelto amarillos en las dos semanas que habían pasado desde el accidente. Él entrecerró los ojos ligeramente como si estuviera examinando las secuelas de su caída.

Su profunda voz le causó las sensaciones más extrañas a su metabolismo.

-Estoy muy bien. ¿No quieres pasar?

Se había olvidado de lo intimidante que podía llegar a ser su presencia física. Deslizó una mirada furtiva por las líneas fuertes y musculosas de sus hombros y se aclaró la garganta con ruido.

-Por favor, pasa. Bonito tiempo. Hace un día precioso...

-Si no es inconveniente.

La única reacción que mostró él ante su charla de cotorra fue un leve arqueo de lascejas. Hope gimió para sus adentros ante el nerviosismo que la hacía decir tales cosas. Si solo hacía media hora que había dejado de nevar y estaban las carreteras imposibles, por Dios bendito. ¿Qué le pasaba?

-Ya sé que no quieres verme.

Su sombría cara era impenetrable.

-¿No?

-Pero mi abogado no ha podido ponerse en contacto con tu agente hoy y hay unos cuantos detalles que hay que discutir enseguida...

Hope estaba totalmente perdida.

-¿Jonathan?

-Jonathan Harkenss es tu agente, ¿verdad? -dijo Alex con tono de impaciencia.

-Bueno, solo tengo uno.

Y a veces le causaba más problemas que beneficios. La agenda de Jonathan para su carrera y la de ella a veces podía cambiar de forma dramática en cuestión de horas.

-Ya sé que no te quieres involucrar personalmente, pero...

-¿No podemos dejarlo aquí? -interrumpió ella-. No me resulta muy cómodo estar de pie mucho tiempo -bajó la vista hacia la escayola-. Ven a la sala.

-¡Alex, cómo me alegro de verte! Iré a preparar un poco de té, ¿de acuerdo? -dijo Beth antes de salir apresurada.

Sutil como un martillazo, pensó Hope conteniendo una sonrisa.

-Quizá sea mejor que me digas a qué has venido

«Ya que no es por el encanto de mi personalidad», añadió para sus adentros. Evitó el sillón, porque cuando se hundía allí le resultaba muy difícil levantarse y se sentó en una silla de respaldo de cuero.

-El hecho de que estoy dispuesto a aceptar responsabilidades era para facilitar una conclusión rápida de este asunto. Sin embargo, tus asesores legales parecen tomarlo como un signo de debilidad -Alex empezó a pasearse por la habitación. Se movía rápido para ser un hombre tan corpulento y su enfado era evidente en la rigidez de su columna-. Las demandas que me están haciendo son absurdas. El último fax que recibí...

De repente sacó un papel arrugado del bolsillo y lo arrugó con furia antes de tirarlo al suelo.

-Has buscado al hombre equivocado si quieres pelea, Hope. Yo no me dejo manipular. Aceptaré las responsabilidades, pero no me echaré al suelo para que me pise nadie.

-Alex -dijo ella muy despacio-. No sé de qué estás hablando.

No había error en la amenaza que él emanaba, pero la causa de ella era un total misterio para Hope. El enfado empezó a suplantar a la confusión. Ella no había hecho nada para merecer aquellas amenazas.

-¿Quieres decir que no le dijiste tú a Harkness que no aceptara mi oferta?

La miró con desdeñosa incredulidad.

-Ni siquiera sé por qué conoces a Jonathan -protestó ella con firmeza-. Y si vas a mirarme como si fuera algo arrastrado y sucio, al menos me gustaría saber qué es lo que he hecho.

Alex la escrutó con intensidad.

-Hablas en serio, ¿verdad? -dijo despacio -. Realmente no sabes de qué estoy hablando.

Sacudió la cabeza con incredulidad y se desplomó en un sillón.

-Puede que necesites un bastón para salir de ahí -resurgió como por arte de magia su irónico sentido del humor.

Pero la sonrisa se evaporó de la cara de Hope cuando deslizó la mirada por el contorno de sus muslos, moldeados por la tela vaquera negra. ¿Cómo sería tocarlos?

¡Dios santo! ¡Aquello tenía que acabar! Ella siempre había pensado que la gente que cometía locuras cuando se enamoraba era digna de lástima.

-Si ese hombre es un monstruo o no te quiere, busca a otro -le había dicho ella a sus amigas en numerosas ocasiones. ¡Qué simple le había parecido todo entonces! Lo que no había entendido era que el amor no era doblegable; era el pobre que sucumbía el que se sometía por completo.

-Harkness se puso en contacto conmigo el día del accidente.

-Todavía no te crees que no sé una sola palabra del asunto, ¿verdad? -interrumpió ella con antagonismo.

-Tendrás que conceder que es bastante increíble. ¿Por qué iba tu agente a mantenerte a ciegas?

Jon estaba adquiriendo la mala costumbre de hacer exactamente aquello últimamente, reflexionó Hope. Si sospechaba que ella no iba a seguir sus consejos, dejaba las cosas hasta el último minuto para discutirlas con ella. Cuando, por supuesto, era más difícil negarse. Iba a tener que mantener palabras muy duras con Jonathan.

-Bueno, tendré que desmayarme cuando me cuentes lo que habéis estado hablando vosotros dos, ¿no? -comentó con sarcasmo.

Alex inclinó la cabeza y hasta esbozó una débil sonrisa.

-Él me señaló, bastante correctamente, que legal-mente yo era el responsable de tu accidente. Y también me dijo cuánto dinero perdería a menos que cumpliera tus demandas.

Hope tenía la mente disparada. Aquel era el tercer y último año de su lucrativo

contrato de los trajes de baño. Sabía que había una cláusula de penalización si no era capaz de cumplir el contrato. ¡Pero al mismo tiempo, Jonathan no tenía ningún derecho a actuar así!

-No te preocupes -dijo sombría-. ¡No quiero tu dinero!

¿Cómo se atrevía Jon a colocarla en aquella posición? ¿Y cómo se atrevía Alex a asumir que ella tenía algo que ver?

-Eso no es muy práctico, Hope. Yo estaba dispuesto a pagar una compensación, y sigo estándolo. Solo pongo objeciones a la nueva cifra que me ha propuesto.

-¿Cuánto? -preguntó ella de forma brusca.

La suma que Alex mencionó la hizo empalidecer de rabia. Y su rabia, dirigida al principio hacia su agente, pronto cambió de dirección.

-¿Y pensabas que yo formaba parte de este tipo de... extorsión?

-Es legal cuando lo hacen los abogados, Hope.

-A mí no me importa si es legal o no. ¡No quiero tu dinero!

-Yo no me apresuraría tanto si fuera tú...

-¡Pero no lo eres! -explotó ella-. Ni tampoco Jonathan. ¡Y no necesito que ninguno de los dos me digáis lo que tengo que hacer! De eso era de lo que hablabas en el hospital, ¿verdad? -dijo de repente abriendo mucho los ojos-. Yo pensaba...

-¿Qué pensabas?

Ella le dirigió una mirada de asombro que enseguida se volvió beligerante.

-No es asunto tuyo, maldita sea.

Era peor aún. Al menos antes había creído que él estaba diciendo que no se sentía atraído por ella. Hope había supuesto que aquella era la única conclusión lógica en lo que a ella se refería. Si era capaz de destruir un hogar perfectamente feliz, ¿por qué pararse allí? Alex solo la veía como una ávida cazafortunas dispuesta a todo al precio que fuera.

-No sé por qué te pones tan emocional con respecto a esto.

-¿Emocional? -repitió ella en un tono bajo y peligroso-. ¡Emocional! ¡No te atrevas a ponerte paternalista conmigo, Alex Matheson!

-Yo estoy en mitad de unas negociaciones muy delicadas en este momento y no necesito ninguna mala publicidad, Hope -dijo él con franqueza-. Me gustaría que el negocio concluyera con rapidez. Estoy dispuesto a pagar por cualquier inconveniente que pudiera haberte causado. Y no se trata de amistad, son negocios.

Hope lo miró con el pecho palpitante de emoción

Aquello la ponía en su lugar, ¿verdad? ¿Cómo podía Alex ser tan insensible?

-Tú no tienes suficiente dinero para compensarme siquiera estar en la misma habitación que tú.

La furia se le disipó de forma abrupta, dejándola abatida. Él no quería mala publicidad para su preciosa empresa. No había ninguna preocupación genuina por ella. Pero ¿por qué debería?, se recordó con amargura antes de levantarse tras él.

-Dile a tu madre que no he tenido tiempo de quedarme a tomar el té.

-Quedará desolada -respondió ella. Su madre no iba a volver. Hope lo había

comprendido hacía tiempo. Sin duda lo hacía por tacto. Una pena que su padre no estuviera en casa; él la hubiera cuidado como una gallina clueca.

-Te sugiero que no tomes ninguna decisión mientras estés de este humor. Podrías arrepentirte. ¡No estamos hablando de unos cuantos peniques!

Hope apretó los dientes.

-Nada me daría más placer que arrastrarte ante los tribunales.

-Eso es lo que me gusta de ti, tu actitud tan consistente.

La burla de su comentario era claramente indulgente.

-Y también me gustaría darte un puñetazo, pero no voy a hacerlo.

-Tu muestra de madurez es asombrosa.

Ella sacudió la cabeza y apretó los labios con obstinación. No iba a entrar al trapo. Podía ser un ejemplo de contención cuando quería.

-Y de paso, los hombres, te envían sus mejores deseos. Los dejaste bastante preocupados.

¡Le gustaba de verdad apretar las tuercas al muy rata!

Hope se tambaleó un poco y hubiera sido perfectamente capaz de recuperar el equilibrio sola si Alex no hubiera decidido hacerse el fuerte.

El brazo que la sujetó por la cintura le levantó las dos piernas del suelo, la buena y la mala.

Ella no era una niña pequeña y el hecho de que lo hubiera hecho sin aparente esfuerzo la dejó impresionada.

Jadeante, se encontró apretada contra su pecho. Aquel hombre era sólido como un roble e igual de duro. Hope no era el tipo de chica a la que le hubieran impresionado nunca unos bíceps, pero Alex superaba cualquier nivel que hubiera experimentado antes. El impulso de aferrarse a él fue desorbitado.

-Mis cotillas solo tienen fisuras, y me gustaría mantenerlas así -gimió.

Tenía que hacer algo antes de ponerse en ridículo por completo.

Era raro que Alex olvidara su fuerza y no ajustara sus reacciones de acuerdo con ella. Su disculpa fue brusca y apenas audible. Hope no pudo ver su inusual sonrojo porque desvió la cara antes de posarla en el suelo. Cuando tuvo los dos pies en tierra, se agarró al respaldo de una silla mientras Alex se doblaba para recuperar sus muletas del suelo

Al alzar la vista, le quedó al nivel de su muslo, si no más arriba. No tenía ninguna necesidad de alargar la mano y tocarla y no quería hacerlo, pero lo hizo. Solo con mirar la suave curva de su pantorrilla, los músculos de su vientre se contrajeron de forma alarmante. La larga y adorable línea de su muslo le hacía palpitar las sienes. Las fantasías eran una cosa y aquello otra mucho más petrosa. Aquella fascinación desafiaba la lógica; era una respuesta puramente visceral.

Hope lanzó un gemido. Sus dedos se deslizaron por la pantorrilla descubierta y dejó de respirar cuando aquellos dedos empezaron a deslizarse hacia arriba. La sensualidad del lento progreso le produjo una oleada de intenso ardor por todo el cuerpo. La piel le cosquilleaba y una voz le decía que debía de detener aquellos

pecaminosos dedos, pero no lo hizo.

Alex estaba casi tan conmocionado por sus actos como ella. Sintió una oleada de desdén hacia sí mismo.

«¡Maldito seas! ¡Sal de aquí sin quedar como un idiota!»

No había ninguna manera en que pudiera describir aquel incidente como casual.

Los músculos de sus propios muslos empezaron a hincharse y sus dedos se deslizaron hacia la banda de encaje de la media que llevaba en la pierna sana. Su piel era cálida y suave como la seda. Aturdido, pudo sentir a través de sus dedos los temblores de la parte interna de sus muslos bajo su caricia. Sus ojos se oscurecieron y se levantó de forma brusca. La corta falda que llevaba puesta demostró no ser obstáculo para sus grandes manos, que se curvaron con firmeza sobre los suaves contornos de su trasero.

Hope arqueó la cabeza hacia atrás y Alex pudo ver los músculos de su cuello extendidos y tensos. La tensión de su cuerpo se transmitía en diminutos temblores. Hope tenía la respiración entrecortada y jadeante y su intensa sensibilidad lo inundó de placer. Cuando le pasó una mano por detrás del cuello y la obligó a mirarlo, ella lo miró directamente a los ojos.

Durante un largo momento, se quedaron mirándose el uno al otro. Hope podía oler el calor de la excitación de Alex. Cautiva contra su cadera y la palpitante traición de su deseo, aquella situación era lo más excitante que había conocido en su vida. La piel de la cara de Alex estaba tensa y un velo de transpiración le cubría la frente. Hope parpadeó para apartar la fugaz imagen de un pájaro depredador a punto de arrojarse sobre su presa.

Tenía que besarlo, pasara lo que pasara. Y eso fue lo que hizo. Le tomó la cara entre las manos y apretó con cuidado los labios contra los de él. Lo que empezó como una exploración rápida enseguida se convirtió en algo diferente. La lengua de Alex ya no era pasiva, sino que empezó a explorar los confines de su boca de forma sensual. Sus labios se pegaron con fiereza contra los de ella con un ansia que despertó una respuesta fervorosa en ella.

Medio alzándola, la movió hacia atrás hasta apretarle la espalda contra la pared. Sus caderas se frotaron de forma rítmica contra las de ella, volviéndola casi loca de deseo.

Alex se apartó entonces jadeando. Con los puños cerrados, le frotó con delicadeza los labios entreabiertos con los nudillos. Hope besó lo que le ofrecía sin dejar de mirar el sensual arrebato de sus ojos.

Alex lanzó un gemido antes de aflojar las manos y capturar la curva de su barbilla en ellas.

-Eres increíble -murmuró con voz ronca-. Dadas las circunstancias, no puedo culparlo.

La confusión asomó a los ojos de Hope mientras volvía la cara en la palma de su mano.

-Cualquier hombre podría olvidar que está casado cuando tú enciendes el ardor.

Y en tu posición, la tentación de usar los dones que Dios te ha regalado debe de ser irresistible.

Lloyd. Estaba hablando de Lloyd. Hope alzó la mano para empujarlo por los hombros aunque sabía que era un acto inútil.

-¡Suéltame! -jadeó entre dientes.

Su brusco movimiento hizo que una acuarela que había colgada en la pared cayera al suelo. Las astillas de madera y el pan de oro se derramaron por la moqueta. Curiosamente, el cristal quedó intacto.

El ruido pareció devolver a Alex a la realidad. La tranquila y doméstica habitación parecía estar a miles de millas de distancia... Alex apartó las manos bruscamente de ella y miró con expresión de asombro a las palmas de sus manos y después a la cara sonrojada de Hope. Entonces dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

-Tienes razón. No es el momento ni el sitio adecuado.

Hope se sintió enferma. ¡El todavía creía que era una fulana, solo que una fulana deseable!

-¡No hay ningún momento ni lugar oportunos para ti!

Con la barbilla alta se aprestó a la pelea.

-No soy ningún tonto, Hope. Sé cuándo una mujer me desea.

Con un gesto de desdeñosa impaciencia, Alex se pasó los dedos por el pelo.

-Yo tengo que mirar más allá de mis deseos básicos -se encogió de hombros ella-. Tengo que mirar por mi futuro. Lloyd podía darle a mi carrera en el cine un rápido empujón, pero, ¿qué puedes darme tú?

Al menos Alex pareció asombrado. Ya era algo. ¿Y por qué se sorprendía? Si ella era la mujer que él pensaba que era, ¿no sería eso lo que debía estar pensando de ella?

-¿Me estás pidiendo que crea que no eres más que una buscona de alto nivel?

-No te estoy pidiendo que creas eso, Alex. Es lo que crees -dijo ella con gravedad-. Y no quiero saber nada de ti mientras siga siendo así.

-Entonces, ¿quieres que crea que la mitad de lo que dijo la prensa era mentira? Eso es concederle demasiado crédito a una persona. ¿Por qué no eres sincera? No hay nadie aquí salvo nosotros dos. Entiendo que quieras ocultarle a tus padres la verdad y estoy seguro de que encontrarán muy reconfortante tu cuento de hadas, pero ahórramelo a mí.

-No pensaba defenderme ante ti.

-Muy apropiado porque no soy ningún padre ingenuo que esté deseando creer lo que me interese. Escucha, Hope, admito que inicialmente pensé que eras algo que no eres. Y no estoy diciendo que tú me engañaras a propósito...

-¡ Qué noble por tu parte!

-Fue una ingenuidad por mi parte considerando los círculos en los que te has movido desde los diecisiete años. Supongo que es imposible que una chica sobreviva en ellos sin una piel dura.

¡Qué criatura tan encantadora, abierta y tolerante era!, pensó con ironía Hope.

¿Adonde quería llegar?, se preguntó sombría.

-Debes encontrar bastante aburrido quedarte aquí atrapada.

-¿Debo?

-Yo no tengo ilusiones que puedas destrozar.

-Dormiré mejor sabiéndolo.

-Conmigo, Hope -dijo él con suavidad sin hacer caso del sarcasmo de ella-. Es lo que los dos deseamos y no tienes mucho más que hacer.

¡Vaya cortejo a la vieja usanza!

-Sinceramente tengo que decir que nunca había escuchado una proposición como esta antes.

-Me gusta ser original.

Alex no pareció esperar por su respuesta. Parecía completamente confiado e insultante.

-El pacifismo -dijo ella inquieta-, de repente me resulta menos atractivo que antes.

Sentía lágrimas de pura furia empañándole los ojos.

-Dios bendito, mujer. ¿Es tan importante para ti mantener esa máscara de chica integra?

-Soy una chica integra y si no te vas ahora mismo de aquí, lo olvidaré y te diré exactamente lo que pienso de ti.

Alex tensó la mandíbula y sonrió de forma desagrada-

-Como tú quieras. Pero podrías arrepentirte de tu noble gesto cuando duermas sola en tus virginales sábanas.

-Espero que mis virginales sábanas te den una buena noche de sueño -dijo ella a sus espaldas.

Hope no tenía forma de saber que sus palabras habían dado en el blanco. La espalda de Alex no era muy reveladora.

Capítulo 4

BUENO, ¿cuál es esa brillante idea tuya, Anna? -preguntó Hope a su hermana, que más que visitarla la invadía últimamente.

-Toma, sujeta a tu ahijado -dijo Anna sacando a unos de sus gemelos del moisés-. Sujétale la cabeza.

«Para ti es muy fácil decirlo», pensó Hope mientras recogía obediente el bulto en sus brazos.

-No soy muy buena con los bebés -murmuró con inseguridad.

La pequeña criatura que tenía en los brazos la miró con placidez.

-Hola, gambita -susurró con suavidad al notar cómo enroscaba la mano alrededor de su dedo-. ¡Qué fuerte está!

Anna esbozó una sonrisa de complacencia.

-Es superior a los demás bebés en todo. Y también Henry -miró de soslayo al otro bebé dormido-. Hablando del cual, baja la voz. No es tan tranquilo como Joe cuando se despierta.

-Estabas hablando de tu brillante idea...

Hope dirigió una mirada de sospecha a la figura infantil dormida. Enfrentada a un bebé, le entraría el pánico y al mirar la cara feliz de su hermana se preguntó cómo sabría Anna lo que tenía que hacer. ¿Es que se sabía de forma natural? ¿Quizá ella careciera de algunos instintos maternales básicos?, se preguntó.

-He buscado la manera de hacer que mamá y papá embarquen en ese crucero.

-¡Estupendo!

A pesar de la cara de ánimo que había puesto su madre, Hope sabía cuánto habían soñado con aquel viaje.

-Haremos turnos.

-¿Turnos?

-Para asegurarnos de «que la pobre Hope no tiene problemas». Y encargarnos de que esté alimentada y vestida.

Hope pareció dudar.

-A mí no me suena muy práctico. Ya estáis muy ocupados y no es que estés a la vuelta de la esquina.

-Ya lo sé, ya lo sé -dijo Anna con impaciencia-. He decidido delegar.

Hope frunció más el ceño. Sospechaba que no le iba a gustar la idea.

-¿Cómo exactamente?

-Bueno. Yo puedo pasarme cada dos días por la tarde antes de recoger a Nathan y a Sam de la guardería y, en los otros días, podrás venirte a casa en taxi, así no estarás sola. Adam vendrá cada mañana a ver si no te has muerto por al noche y los Wilson están en la granja todo el día, así que si gritas alto, aparecerán en cuanto los necesites...

-No soy una inútil.

Hope tuvo que sonreír ante el entusiasmo de Anna.

-Ya lo sé, pero es a mamá a la que tienes que convencer. Como te estaba diciendo, puedes prometerle que llevarás el móvil contigo a todas partes y Alex pasará cada dos noches.

-¿Qué?

-Sss. Despertarás a Henry -la reprochó Anna mirando con rapidez a su hijo-. ¡Querubín! -exclamó con orgullo antes de volver la vista hacia su hermana-. Alex se ha ofrecido amablemente a pasarse cada dos noches. Le diría a Adam que lo hiciera. Pero, sinceramente, lo necesito conmigo en este momento.

-Estás loca si crees que Alex Matheson va a hacer de niñera.

¡Aquello tenía que ser una pesadilla! Tenía que pensar con rapidez. Si Anna se salía con la suya... Se negó a pensar en las humillantes consecuencias de aquella idea.

No podía contarle a Anna la verdad. Su hermana no conocía el significado de la palabra sutileza y era muy capaz de ir a pedirle explicaciones a Alex ella misma. Ya estaban bastante difíciles las cosas como estaban, con sus dramáticos cambios de humor que iban desde el optimismo hasta la autocompasión en cuestión de segundos. ¡Si él supiera! Hope se estremeció ante la idea.

-De niñera nada. De todas formas -prosiguió Anna con una sonrisa triunfal-, quedó encantado. Bueno, no es que lo dijera, pero al menos no dijo que no. Tiene unos modales encantadores.

-Pues a mí me los oculta muy bien.

-¿No me digas que ya habéis tenido una pelea de enamorados? -dijo Anna con tono de exasperación-. Eso lo explica todo.

-¿Que explica qué? -cortó con dureza Hope-. ¿Qué quieres decir con enamorados? ¿Has estado hablando con Adam?

-¿Adam? ¿Quieres decir que lo sabe? -preguntó Anna frunciendo el ceño-. El no me ha dicho ni una sola palabra. ¡Espera a que lo vea! No, solamente sumé dos y dos. Sé

que estuviste con Alex en la boda porque me lo han contado tres personas ya y fue en su foso donde tuviste el accidente. Así que, a menos que ahora te interese la fabricación de coches... pues he sumado dos y dos ya que tú no has querido confiar en mí.

-No hay nada que confiar.

-Solo un cúmulo de coincidencias, ya lo sé. El hecho es que si Alex se pasa por aquí cada dos noches, mamá irá convencida. La granja está bastante aislada. Después de que le señalé que fue culpa suya que estuvieras metida en este lío...

-¡Anna! ¿No habrás hecho eso?

-Bueno, era su foso en el que te caíste, ¿no? -replicó su hermana con una sonrisa de inocencia que no engañó a Hope ni por un instante-. No pensaba que pusieras objeciones a que te arropara por las noches -comentó con una sonrisa de picardía-. Y te diré una cosa, Hope. Eres una gran mejora para lo que nos llevó a casa el mes pasado.

La atención de Hope se distrajo al instante.

-¿Y quién podría ser? -consiguió decir sin aparentar mucho interés.

Nadie que la viera podría sospechar que estaba mortalmente celosa.

-Creo que es banquera. Nunca había visto a un banquiero con esa pinta.

-No seas sexista, Anna.

-No, solo odiosa.

-¿Muy guapa entonces?

«¿Por qué he tenido que preguntarlo? ¿Es que soy masoquista ahora?», pensó Hope irritada.

Anna lanzó un suspiro.

-Demasiado delgada -dijo Anna arrugando la nariz-. Parecía que vivía de sus nervios. Saltaba como un gato cada vez que te acercabas a ella. De cualquier manera, es agua pasada ya, ¿no?

-Por Dios bendito, Anna. No vayas por ahí diciendo que Alex y yo somos...

-¿Pareja?

-Desde luego que no lo somos -aseguró con firmeza Hope-. Para él no soy más que un bomboncito.

-¿Tú? -Anna lanzó una carcajada-. No seas tonta.

Hope hubiera llorado de frustración por no poder decir toda la verdad.

-En serio.

Anna dejó de sonreír y frunció el ceño.

-¡Será idiota! -exclamó indignada-. Espera hasta que le haya...

-¡No! -interrumpió con fiereza Hope-. No lo harás. Repito, no intervengas, Anna.

Los ojos oscuros de Anna escrutaron la cara de su hermana y lo que vio la hizo ponerse seria.

-¿Te ha hecho infeliz? Es eso entonces. Plan cancelado.

-¡Lo hice!

Las dos hermanas alzaron la cabeza cuando Adam entró en la habitación. Parecía contento consigo mismo.

-¿Que hiciste qué?

-He convencido a Beth de que se vaya al crucero con la conciencia tranquila. Le he quitado todos los miedos -observó con modesto orgullo-. Aunque el hecho de que Alex vaya a hacer de perro guardián por las noches ha sido decisivo. La verdad es que la entiendo, porque aquí estás un poco aislada y él está a dos minutos solo en coche. ¡Deberíais haberle visto la cara! Está tan emocionada que ha empezado a empaquetar con precisión militar.

-¡Oh, Adam! ¿Cómo has podido? -le reprochó Anna.

-¿Qué quieres decir con cómo he podido? -preguntó su marido con incredulidad-. No me ofrecí yo. Por lo que recuerdo, fuiste tú la que me dijo que debía aprovechar el hecho de que hablo con suavidad.

-Eso era antes -respondió Anna enfadada.

-¿Antes de qué?

-No empecéis los dos ahora -intervino Hope-. Ya está hecho -no pensaba estropear el sueño de sus padres-. Llegaré a algún acuerdo con Alex. Estoy segura de que comprenderá que no hace falta que venga personalmente cada noche. Lo llamaré si me hace falta -dijo con satisfacción-. O mejor, te llamaré a ti, Anna.

-El piensa que Hope es un bomboncito, Adam. Creo que deberías...

-Espera un momento -replicó Adam alarmado al ver la expresión de su esposa-. Ya te he dicho antes, Anna, que no es buena idea interferir en la vida amorosa de tus hermanas.

-Pero Alex es tu amigo...

-Y me gustaría que siguiera siéndolo.

-¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera presente? Soy muy capaz de solucionar mis propios problemas.

-Exacto -dijo Adam.

Su mujer parecía menos convencida, pero para alivio de Hope no le contradijo. Tendría que confiar en la influencia de Adam sobre su hermana.

Una semana más tarde, mientras miraba con nerviosismo el reloj de encima de la chimenea, Hope ya no se sentía tan capaz de manejar la absurda situación en la que se encontraba. Pero tenía el discurso preparado. Sería educada, pero firme.

-Eran las ocho y media y fuera estaba nevando. Fred Wilson, su vecino más próximo, que cuidaba de la granja mientras sus padres estaban fuera, había dejado un buen montón de leños al lado de la chimenea. Tenía una copa de vino tinto enfrente y el olor del guiso que su madre había dejado era delicioso. Debería sentirse relajada, pero estaba como un flan.

Tardó treinta segundos menos en llegar hasta la puerta. Tenía que darle a Alex sensación de independencia, y aquellos pequeños detalles eran importantes.

No sabía por qué se estaba preocupando. Alex se sentiría aliviado de saber que no lo necesitaba. ¿Qué no lo necesitaba? ¡Ojalá fuera verdad!

«Reconócelo, Hope. Tienes miedo de que en cuanto lo veas, todos esos

admirables principios tuyos salgan volando por la ventana. Si intenta hacerte el amor, puede que aceptes lo que te quiera ofrecer incluso aunque no sea suficiente».

«Soy patética y débil», pensó frunciendo el ceño con disgusto. «¿Y si cree que todo esto lo he planeado yo con la ayuda de Anna?».

Aquella nueva idea la hizo incorporarse. La habitación, tenuemente iluminada, tomó otro aspecto ante sus ojos. ¿Y si él pensaba que la música, el fuego y la luz formaban parte del escenario para seducirlo?

Se levantó apresurada y se calzó las muletas bajo los brazos. La música desaparecería para empezar y la luz... Más luz, necesitaba mucha más luz.

El grito que lanzó hubiera despertado a un muerto.

Por supuesto que gritó. Cualquiera que tropezara con un torso de aquellas proporciones en una casa en la que estaba sola hubiera lanzado un grito.

-¡Vaya grito, mujer! ¡Casi me ha dado un infarto!

Alex la tomó por los hombros y la miró como si se hubiera vuelto loca.

-¡Tú! -exclamó ella indignada- ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué crees que estás haciendo merodeando por aquí así? ¿Y cómo has entrado?

-¿Entrar? Con la llave que me dio tu madre, por supuesto. Dios mío, si estás todavía temblando. Anna me dijo que estabas muy nerviosa por estar aquí sola, pero pensé que estaba exagerando.

-Ella no me contó que te había dado ninguna llave -dijo Hope con sensación de injusticia. Con una familia como aquella, ¿quién necesitaba enemigos?, pensó con amargura-. ¡Y no estoy nerviosa! Me has dado un susto, eso es todo.

-No tenía ni idea de que te asustaras con tanta facilidad.

-No soy un caballo ni tampoco tengo un carácter nervioso. No esperaba tropezarme con... -sus ojos se posaron un instante en sus enormes hombros-, con un obelisco en mi salón. Podrías haber llamado a la puerta.

-Lo hice. Varias veces, pero debías estar en trance con la música -las arrugas alrededor de sus ojos se cerraron más con una expresión de desdén-. ¿Te gusta este tipo de música?

La suave balada siguió inundando la habitación.

-Pues lo cierto es que sí. ¿Cuál es tu estilo, Alex? ¿No me digas que te gusta más el rock and roll?

-Me gusta más la música clásica y cuando me entra la vena romántica, prefiero a Puccini. Pero en el contexto de nuestra relación, supongo que eso no es relevante.

No era fácil romper el contacto con aquellos retadores ojos grises. Había algo amenazador y atractivo en su mirada.

-Muy cierto, pero lo que me sorprende es que siquiera te pongas romántico. Tú lo reduces todo al mínimo común denominador.

-¿Y eso te ofende?

-Es irrelevante para mí. Y si no te importa, soy muy capaz de mantenerme de pie sin tu asistencia -miró con intensidad sus fuertes manos y sintió la oleada de impotencia habitual-. De paso, estás echando vapor -dijo para desviar su atención.

Se moriría de humillación si él adivinara lo que estaba sintiendo.

-Ya lo sé -la soltó y empezó a quitarse el grueso abrigo del que el vapor salía de forma visible. Sacudió la cabeza y una miríada de gotitas saltaron de su pelo-. Está nevando bastante.

-Entonces ha sido una estupidez que hayas venido hasta aquí -señaló Hope.

La granja estaba a bastante altura y el tiempo siempre era peor allí que en el pueblo.

-Dije que vendría y eso he hecho.

-¿Incluso aunque sea totalmente innecesario?

Alex le dirigió una mirada especulativa.

-Colgaré esto para que se seque, ¿de acuerdo?

-¿Y por qué me lo preguntas a mí? Pareces estar como en tu casa.

Alex volvió a los pocos segundos.

-No busques segundas intenciones, Hope -dijo él sin rodeos-. Tú has dejado tu posición bastante clara y yo no tengo la mínima intención de coaccionarte, así que deja de mirarme como si estuviera a punto de abalanzarme sobre ti.

-Eso es un alivio -respondió ella para ocultar los ambiguos sentimientos que le inspiraba.

Ya solo tendría que preocuparse de sus propios instintos básicos. ¡Vaya consuelo!

-Pareces cansado -las líneas de agotamiento de su cara la preocuparon. También tenía la piel un poco grisácea, como si no hubiera dormido mucho-. Siéntate.

¿Por qué habría dicho aquello? Debería estar acompañándolo a la puerta, no rodearlo de una atmósfera de bienvenida.

Alex pareció preguntarse lo mismo, pero, para su sorpresa, siguió su sugerencia.

-He tenido una reunión en Birmingham esta mañana y hemos tenido que desviarnos en el viaje de vuelta. Como siempre, en cuanto aparece un copo de nieve, se colapsa toda la carretera. Encima tuvimos que cambiar una rueda, que fue la gota que colmó el vaso de un día cargado de frustraciones.

Trabajaba mucho, decidió Hope frunciendo el ceño. Y lo último que debía apetecerle después de un día duro sería ir a cumplir con una obligación que le desagradaba.

-Este es tu asiento -dijo Alex con intención de moverse.

-No, no te preocupes. Me sentaré aquí -la parte trasera de su pierna rozó el sofá-. ¿Quieres una copa de vino?

Lo había ofrecido sin pensarlo y se maldijo en silencio por su vulnerabilidad. Alex era la última persona en el mundo que necesitaba protección, se aseguró enfadada.

Él enarcó las cejas.

-¿Para celebrar nuestra tregua? Encantado.

-No tientes tu suerte, Matheson -masculló ella sin verdadera convicción.

Cuando sus ojos sonreían estaba increíblemente atractivo. Lo era y punto.

-Deja que vaya yo a buscar la copa -se ofreció Alex cuando ella se acercó al armario.

-¡Ni te atrevas! Estoy harta de que la gente se crea que soy una inútil.

-No lo eres, pero estás vulnerable. Gracias -dijo Alex cuando le pasó la copa-. ¿Cuántas veces se quedaron tus padres incomunicados el invierno pasado?

-No lo sé. No estaba aquí.

-Pero sabes que se quedaron, ¿verdad?

-Nos hemos quedado muchas veces -asintió a regañadientes Hope. ,

-Entonces podrás entender la preocupación de tu madre. Me parece muy bien la independencia, pero no hasta el punto de la estupidez.

-¿Me estás llamando estúpida?

-No empecemos con los insultos -la miró por encima del borde del vaso y Hope sospechó de su actitud pacífica-. ¿Podemos dejarlo en que eres más terca que una mula? Yo soy el vecino más cercano que tienes y no me resulta inconveniente venir diez minutos al día a ver cómo te encuentras.

-Los Wilson están más cerca -señaló ella con pedantería.

-Ya, pero tienen que cruzar los campos si las carreteras están bloqueadas. Y ya tienen que cuidar a su ganado, ¿no? ¿Quieres darles más trabajo?

-Sigo pensando que es totalmente innecesario.

Pero Hope ya sabía que estaba librando una batalla perdida. Iba a verlo todos los días durante las siguientes tres semanas. Y cada día ella sería la obligación que le habían impuesto después de un trabajo agotador. Y cada día estaría ella en aquel estado de nervios y anticipación esperando su llegada. ¿Y todo para qué?

-Por suerte -prosiguió él cerrando los ojos-, a mí no me preocupa demasiado lo que tú pienses

Su gran cuerpo se desplomó en el sillón.

Hope había tenido una muñeca que podía hacer aquello: quedarse dormida sin previo aviso. Pero era la primera vez que lo veía en una persona.

-¡No te duermas!

El pánico la asaltó

-¿Qué? Dios, no... -Alex se frotó los ojos con aspereza-. Lo siento. Debe ser el calor.

-No importa -respondió ella con voz ronca.

No pudo evitar la fascinación que le produjo la juvenil expresión de sus facciones cuando casi se había quedado dormido.

-Estoy segura de que tendrás cosas que hacer.

Como ir con tu banquera, pensó sombría.

-Dormir.

-Deberías comer algo. Estaba a punto de...

Se detuvo justo a tiempo. Hope no estaba acostumbrada a ser distante y desagradable. La calidez de su personalidad seguía aflorando en los momentos más inoportunos.

Alex la estaba mirando con expresión de diversión.

-¿Qué estabas a punto de hacer?

-Comer -lanzó un suspiro de derrota-. Puedes tomar algo si te apetece. Hay mucha comida -de hecho, su madre había dejado comida preparada para un regimiento-. Si no lo comes tú, se lo tendré que echar a los perros.

-Tu hospitalidad tiene un encanto muy personal -respondió él con gravedad-. Me encantaría cenar contigo.

-Pero no esperes esto cada noche.

-Intentaré mantener mi apetito a raya.

-Buf -gruñó ella girando la cara para que no pudiera verla sonrojarse como una adolescente por el doble sentido.

-Esto está delicioso.

Hope asintió contenta de que apreciara los guisos de su madre. Apartó el tenedor a un lado y observó con fascinación cómo emitía sonidos de placer.

-La comida que me dieron en el almuerzo estaba muy bien presentada, pero nada sustanciosa.

-Y tú necesitas bastante para llenarte.

-Exactamente.

-¿Cocinas?

-Cuando tengo a alguien para quién cocinar, sí. Es demasiada molestia para uno solo.

Hope asintió y se preguntó con qué frecuencia cocinaría para alguien.

-¿Has vivido siempre en el molino?

Considerando que la casa del molino estaba a solo una milla de su casa, era curioso que ella nunca hubiera estado dentro.

Alex apartó el plato a un lado y se reclinó contra el respaldo.

-Mi padre la compró al mismo tiempo que hizo el taller. Nunca pensó remodelarla hasta que el ayuntamiento lo nombró alcalde -a pesar de su comentario inocuo, Hope notó que sus labios se contraían- Hasta entonces, vivíamos como quien dice en el trabajo. Hay un apartamento en la fábrica. Mi padre y Eva tenían su casa propia, por supuesto, pero era un sitio prohibido para los niños.

-¿Por qué hicieron eso? ¿Te echaron?

-Estás muy curiosa esta noche -la expresión de sus ojos estaba cercana a la hostilidad, pero la sorprendió al responder-. Matheson es y siempre ha sido un negocio provechoso. A los bancos les encantó. Era una buena inversión. La única cortapisa para ello era mi padre. Él no escajaba entre ellos, no tenía título universitario y podía ser agresivo delante de cualquiera. Eso no lo olvidaron. Podía ser un poco agresivo a veces y lo echaba todo a la cara. Eso no lo olvidaron.

La expresión de Alex era cada vez más hostil.

-Cuando por una serie de circunstancias tuvieron la oportunidad de dudar de su capacidad para dirigir la compañía, la aprovecharon al máximo. La conspiración es un duro trabajo, pero creo que en este caso estaba justificada. Lo último que mi padre

esperaba era que lo relegaran a la oscuridad. Eso fue lo que empeoró las cosas.

-Pero tú eres el jefe ahora, ¿no?

La expresión de salvajismo de Alex le produjo un escalofrío.

-Decidí que iba a reclamar la firma el día en que mi padre llegó a casa desilusionado y destrozado. Lo conseguí y debe haber algo en mi carácter que me hizo disfrutarlo. Disfruté consiguiendo que la gente que había hundido a mi padre probara su propia medicina.

Hope pensó que sería un enemigo despiadado, pero aquello tampoco la repelió. Era solo parte de cómo era él

-No quería ser curiosa -dijo con suavidad-, era solo que pensando que eras, según tus propias palabras, nuestro vecino más cercano, no sé mucho de ti. No eres el tipo de vecino que aparece a tomar el té con pastas y a charlar al calor de la chimenea.

-Mi padre nunca fue aceptado como parte de la comunidad y supongo que a mí tampoco se me ocurrió hacerlo.

-¿Estás intentando decirme que tu padre era una especie de marginado social?

-Sí. Puede que hiciera una fortuna pero la gente nunca dejó de verlo como el antiguo minero con acento curioso.

-Eso es ridículo, Alex. La gente no es así.

-Te equivocas, Hope. Es así como es exactamente la gente -aseguró él con aspereza.

-A mí me parece que eres tú el que tiene el problema. Mi madre y mi padre nunca han juzgado a nadie por su pasado -respondió ella indignada.

Alex sacudió la cabeza.

-En parte fue culpa de mi padre. Él tenía grandes aspiraciones sociales y al casarse con Eva se puso un poco patético en su desesperación por agradarla. Era el tipo de persona que necesitaba con desesperación que lo aceptara una gente que nunca quiso hacerlo. En los negocios, su talento lo hizo merecedor de respeto, pero creo que intentaba con demasiado interés encajar socialmente. La ropa adecuada, el coche perfecto, la universidad mejor para su hijo y hasta la mujer perfecta.

-¿Y eso te avergonzaba?

La mirada que le dirigió Alex estaba cargada de asombro.

-Si soy sincero, creo que sí -admitió.

A muy temprana edad, Alex se había jurado que él nunca sena un trepador social. La gente tendría que aceptarlo como era u olvidarse de él.

-Y por eso es por lo que tú nunca diste el primer paso. Si alguien quería ser tu amigo, tenía que darlo él. ¿No te parece que te da un poco de miedo el rechazo?

Hope contuvo el aliento. Se había arriesgado demasiado. Las revelaciones que le había hecho le hacían comprenderlo mejor. Su distanciamiento de repente era más fácil de entender. Hope se relajó cuando el enfado de sus ojos se transformó en un gesto de diversión.

-Juegas sucio, Hope.

-Eso depende de la compañía que tenga -aquel desafortunado comentario la hizo

pensar en el tipo de compañía que pensaría Alex y el humor desapareció de su cara-. No hay pudín -dijo con brusquedad.

No le iba a servir de nada aquel comentario doméstico. pero el hecho de que Alex la despreciara siempre iba y interponerse entre ellos.

-¿Vigilas tu peso?

Los ojos de Alex se deslizaron por sus lujuriosas curvas.

-Parte de la profesión, junto con las drogas y la disipación.

-¿Me estás intentando decir que no es así?

La forma en que arqueó con desdén los labios le hizo arder la sangre. ¡Era tan injusto! La vida era tan injusta.

«Olvídate de la autocompasión, Hope», se regañó a sí misma.

-¿Estás intentando decirme tú que no hay corrupción ni manipulación en el mundo de los grandes negocios?

-¿Cuestionas mi integridad? -preguntó él tenso.

-No haría eso Alex, a menos que estuviera muy segura de los hechos.

Hubo una pausa de asombro.

-Esa es una forma muy sutil de llamarlo a alguien estrecho e intolerante.

Que pensara lo que quisiera.

-Estoy bajo la obligación impuesta de que seas mi huésped. Mi madre es muy liberal, pero tiene normas muy estrictas en cosas como esa.

-¿Y siempre cumples las normas de tu madre, Hope?

-Desde que pasé mi fase rebelde sí.

-Yo también tuve una fase rebelde -admitió él sorprendiéndola.

-¿Te acuerdas de hace tanto tiempo? -preguntó ella burlona-. ¿Y eso incluía conducir una motocicleta grande y ruidosa?

-Entre otras cosas.

A Alex le aletearon las fosas nasales. ¿Sabía ella que aquel tono susurrante era una pura tortura para él?

-Ese era mi sueño durante mi período rebelde. Los jóvenes con motos estaban estrictamente prohibidos, ¿sabes? Creo que a mi madre lo que la preocupaba más eran las motos. No quería que ninguna de sus hijas acabara escayolada -se miró la escayola con una sonrisa irónica-. No era infalible, mi madre.

-¿Y todavía te sigue atrayendo la fruta prohibida? La oscura mirada de Alex se había nublado de deseo mientras contemplaba su cara animada y los graciosos gestos de sus elegantes manos. Era increíblemente bonita, pero no era solo eso; era el aura de calidez que emanaba. La misteriosa atracción femenina mezclada con aquella sinceridad casi infantil era una combinación embrujadora. Una mezcla que le estaba quitando la razón.

Había sido tan estimulante charlar con él hasta que lo había estropeado todo, pensó Hope.

-¿Por qué no vas directamente al grano, Alex? No empieces a hacerte el tímido ahora y pregúntame si suelo acostarme con hombres casados.

-Lo cierto es que estaba pensando en desempolvar mis antiguos pantalones de cuero.

Hope lanzó un gemido. El mensaje de sus ojos era imposible de confundir.

-No hará falta -dijo con voz susurrante-. Nunca he conocido a nadie tan atractivo como tú.

«Eso es, Hope. Hazte la dura», se regañó a sí misma.

-De todas formas no creo que me valgan. He aumentado bastante de volumen desde entonces.

-Ya me lo imagino.

Y con todo detalle. Sintió un calor por toda la piel y la imaginación se le desbordó.

-Soy mayor que tú.

-Y yo más guapa que tú.

-Eso seguro.

La sonrisa que arqueó sus labios le llegó hasta los ojos. Eran intensos, oscuros y fijos. Y decían cosas que le producían cosquilieos en todo el vientre.

-Podríamos seguir así toda la noche.

-No seas tan optimista.

Hope se sonrojó ante su insinuación.

-Acerca de Lloyd...

Seguramente ese era el momento de explicarle la historia antes de que las cosas se le escaparan de las manos.

-Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentinos, Hope.

-No lo entiendes, Alex...

Él se movió y se acercó a ella.

-Lo entiendo -masculló-. Entiendo perfectamente que se pueda desear algo tanto que no se pueda pensar con cordura.

La puso de pie y la apretó con fuerza contra él.

Hope se apoyó contra su cuerpo, dejando que sujetara casi todo su peso. Desde luego, le sobraba fuerza para hacerlo. Los dedos de Alex se enterraron en la lujuriosa mata de pelo y Hope cerró los ojos mientras se lo alzaba y dejaba deslizar los sedosos mechones entre sus dedos.

Un ligero suspiro de placer escapó de sus labios. Allí era donde quería estar; se sentía tan bien. El calor del cuerpo masculino penetraba a través de la fina lana de su jersey. Sus sensibilizados senos se frotaban contra la dura muralla de su torso y Hope se abandonó a la lujuriosa sensación. El contraste entre su angulosa solidez y su propia suavidad femenina no dejaba de excitarla.

-Un ángel resplandeciente -murmuró él con voz ronca contra su oído.

Su aliento contra su piel le produjo escalofríos por todo el cuerpo. Su boca frotó con ansia su labio superior, tentándola. Entonces tomó entre sus dientes el labio y tiró con suavidad. Cuando su lengua empezó a dibujar el contorno de sus labios, Hope lanzó un gemido.

-¿Quieres saborearme tanto como yo a ti, Hope? Puedes sentir lo mucho que te deseo, ¿verdad?

El instintivo arqueo de sus femeninas caderas frotó contra la dureza de su excitación y Hope sintió un estremecimiento en su poderoso cuerpo.

-Duele -murmuró apartándose lo suficiente para mirarlo a los ojos-. ¡Te deseo tanto que me duele, Alex!

Una satisfacción salvaje brilló en los ojos de él.

-Lo sé.

Hope tenía el corazón desbocado.

-Acerca de Lloyd...

No quería que nada se interpusiera entre ellos. Deseaba que todo fuera perfecto.

Pero Alex lanzó una maldición.

-¡Por Dios santo!

-Pero no lo entiendes. No es lo que tú crees -intentó explicar apresurada antes de deslizar una mano por su cara-. No es algo de lo que esté avergonzada.

-No quiero oírlo.

-Tienes que escucharme, Alex.

-Quizá a ti te excite revivir los detalles morbosos de tus antiguos amantes, pero a mí no.

Hope se contrajo ante el desdén de su mirada. Era una tonta, pensó con negra desesperación. Las cosas no habían cambiado; seguía despreciándola.

-¿Qué estás haciendo?

Ser alzada en brazos como si fuera una porcelana delicada era una sensación exquisita.

-¿Dónde está tu habitación?

-Pósame, Alex. No creo que mi madre fuera tan literal cuando dijo que me metieras en la cama por la noche.

Su intento de humor cayó en oídos sordos. Alex estaba abriendo las puertas con el pie hasta llegar al estudio, que había sido temporalmente convertido en habitación.

Al llegar a la puerta, retrocedió para proteger su pierna lesionada. La barandilla llena de ropa suya y el edredón de estampado provenzal eran colores incongruentes que destacaban contra las paredes llenas de libros. El aroma de su perfume no había conseguido borrar los años de tabaco de pipa, pero lo desbordó. Todo en ella lo desbordaba. En lo referente a Hope Lacey, él perdía la cordura y solo podía pensar en poseerla.

Alex apartó el edredón y la tendió en la cama. Hope ni siquiera se enteró de que tenía la falda enrollada hacia arriba y mostraba el borde de encaje de sus bragas. Los ojos de él no abandonaron su cara y la expresión de deseo que veía en ellos la excitaba. Alex se quitó la americana, se aflojó la corbata y empezó a desabrocharse los botones

de la camisa.

Cada uno de sus movimientos frenéticos la hacía perder más el control. Su camisa blanca quedó abierta y Hope pudo ver la musculatura bien definida de su torso.

Era todo fuerza y poder, sin un gramo de grasa. Aquello no la sorprendió. Alex era un hombre disciplinado que no se rendía a la indulgencia.

Rendirse.

La palabra conjuró una vivida imagen de su cuerpo montado sobre el de ella. Hope no podía apartar los ojos de él. La anchura de su pecho y hombros se estrechaba de forma dramática en su estómago plano y el vello oscuro que cubría generosamente su torso desaparecía en una flecha bajo la cinturilla de sus pantalones. Hope no pudo evitar deslizar las manos hacia su cintura.

-¡No puedes!

-¡Tienes que estar de broma! -Alex tragó saliva con tensión-. ¿Me estás diciendo que no es esto lo que quieres? No me importa tu pasado, ni tus amantes. ¿Te parece bien?

Cuando lo decía así no, pensó Hope dividida entre la necesidad y la seguridad de que aquella era la forma equivocada de empezar una relación, cualquier relación.

-Este es un momento único y no va a volver, Hope. Depende de nosotros hacer lo que queramos. Si me despides siempre te lo preguntarás -su voz se hizo más sedosa-. Olvida el pasado y el futuro. Lo que tenemos es el aquí y ahora.

Hope sabía muy bien las flaquezas de aquella argumentación. Las consecuencias del presente tenían una forma insidiosa de envenenar el futuro. Quizá aquella fuera a ser la única vez para ellos, insistió una voz persuasiva. ¿Pero no sería mejor decidirse por la opción más segura?

Capítulo 5

ESTABAS muy seguro de que iba a decir que sí. ¿verdad? Hope alzó la cabeza del hueco de su cuello y lo miró interrogante.

-Si no hubieras aceptado, solo podría haber pasado esta noche con anestesia, a excepción de una botella entera de malta.

Su sinceridad le produjo a Hope una sonrisa de satisfacción. ¿Estaría Alex siempre tan relajado después de estar saciado? Su sonrojo secreto quedó oculto por

la oscuridad. Ella no tenía ningún arrepentimiento. Solo un loco se arrepentiría de algo tan perfecto.

-¿Me tacharías de bruto insensible si me quedara dormido?

Le apartó el pelo y la besó en un lado del cuello. -Creo que te lo has ganado -susurró ella con suavidad.

Alex se durmió casi al instante con la cabeza sobre el borde de sus senos. Escuchando el rítmico sonido de su respiración, Hope enterró los dedos en su pelo.

Ella estaba relajada pero completamente desvelada. Excitada, pero calmada. Su mirada de sumisión no había sido suficiente para él. Había querido, o quizá había necesitado, oírselo decir. El recuerdo le produjo un cosquilleo.

-Quiero que me hagas el amor, Alex.

La ardiente expresión de sus ojos casi había sido amedrentadora.

Durante un instante el miedo a lo desconocido había superado su deseo. Ella tenía poca experiencia para comparar, pero su breve aventura con Hugh nunca había sido tan imprevisible y temerosa. Él había sido un amante generoso y aunque la tierra no hubiera temblado, Hope habia disfrutado de la calidez y felicidad de su intimidad. El desnudo salvajismo en las facciones de Alex representaba algo desconocido para ella. Había contemplado sus músculos tensarse y abultarse en sus brazos. Era un hombre increíblemente fuerte. ¿Y si perdía el control? -Relájate -él debió haber sentido la sombra de su duda-. Cuando te he dicho que no pensaba apoyarme en ti, lo he dicho en serio -le abarcó la barbilla con una mano y se dobló para besarle la palma abierta de la mano-. ¿Quieres que equilibre un poco las cosas?

Ella había alzado los brazos obediente para que le quitara el jersey por la cabeza. Las duras crestas de sus senos se inflamaron más contra el suave algodón. El sujetador dejaba sus curvas ocultas pero explícitamente provocadoras. Hope sabía que su cuerpo era más que adecuado, pero a pesar de su confianza, experimentó una repentina punzada de ansiedad.

-Me hubiera puesto algo más aventurero si lo hubiera sabido.

Alex tenía los párpados entrecerrados. ¿En qué estaría pensando?

-No se puede mejorar lo que ya es perfecto Alex alzó los ojos y no fue decepción lo que Hope vio en su mirada. Sus facciones estaban tensas de necesidad y sus ojos brillaban con la luz del deseo desnudo.

Ella inhaló con fuerza cuando su mano subió para cubrirle el seno izquierdo. Hope observó cómo la enorme mano se deslizaba despacio por la redondez de su seno. Cerró los ojos al sentir el pezón cosquillear y arder. Su mano se movió con agónica lentitud sobre su muslo y la piel de su vientre hasta detenerse al llegar a la cinturilla de la falda.

-¿Cómo se quita esto? -preguntó con voz ronca y apenas reconocible.

El deseo que la había invadido había sido tan viscoso como la miel.

-Un botón... aquí -le rozó el brazo y sintió un cosquilleo por todo el cuerpo-. Y aquí -susurró con voz sedosa

-Hazlo por mí.

Aquel simple ruego le produjo una punzada de deseo por todo el cuerpo. Se alzó de los cojines y desabrochó el botón.

Alex le quitó apresurado la falda enrollada y la tiró al otro extremo de la habitación. Los músculos de su torso se tensaron y, con un leve grito, ella se inclinó hacia delante para posar las dos manos sobre su piel.

-¡No te creerías cuánto he deseado tocarte! -sus músculos se contrajeron bajo sus palmas y Hope se sintió mareada de deseo-. La desesperación con que he querido saborearte -inclinó la cabeza y deslizó la lengua por uno de sus pezones planos. Entonces pasó los dos brazos bajo los de él y apretó sus espaldas mientras le atraía la cara. Escuchó el sonido de la respiración jadeante de Alex mezclado con sus gemidos intermitentes que ni siquiera reconocía como propios.

Después de un momento, Alex desenterró los dedos de su pelo y con un áspero grito desvió la cabeza.

La mirada de Hope era ardiente y nublada.

-¿Por qué has hecho eso? -protestó.

Dirigió entonces la mirada hacia su pierna escayolada y maldijo en silencio la inmovilidad que le quitaba la iniciativa.

-¡Me estás volviendo loco!

-¿Y no era esa la idea?

Hope deseaba volverlo loco y hacerlo gritar de placer.

La retadora mirada lujuriosa de sus ojos lo despojó del leve velo de civismo que le quedaba.

-Desde luego. Solo que voy a quedar inválido de por vida si no me quito esto.

Deslizó las manos hacia la cintura de sus pantalones.

Estaba de espaldas a ella mientras los pantalones obedecieron a la ley de la gravedad. Se los quitó y el calzoncillo los siguió. Su espalda era dura y musculosa y Hope estaba admirándola todavía cuando se dio la vuelta.

-¡Si digo Uau, quedaré muy grosera!

Hope tragó saliva y sintió las mejillas ardientes. Su comentario desenfadado no ocultaba la admiración de sus ojos y la forma en que su erección se agitó le indicó que no había pasado los límites de la decencia para él.

Alex tenía un cuerpo de fantasía. Y Hope tragó saliva cuando se arrodilló en la cama. La belleza no empezaba a describirlo. Era mucho, mucho más. Era la esencia de la masculinidad. «Y es mío», pensó ansiosa.

Con los brazos cruzados, Hope se quitó el sujetador por la cabeza. Fuera de su prisión, sus senos se agitaron con suavidad y sonrió al ver que los ojos de él seguían sus ondulaciones. Tenía el corazón desbocado cuando lo tomó por las muñecas y posó su mano en la redondez de sus senos.

La expresión de Alex fue de inaudito asombro al mirar sus manos dirigirlo. Hope casi pudo oír el sonido de algo explotando dentro de él.

El abrió los puños y sus manos aceptaron el regalo que se le ofrecía. Con un estrangulado grito, bajó la boca hacia a la de ella apretándola contra el colchón. Su

boca no era delicada; era ardiente y hambrienta y su lengua se sumergió repetidamente en la cálida humedad de su boca, en una deliberada parodia de otra íntima invasión de su cuerpo. Y mientras su boca continuaba su asalto, sus manos se movían sobre su cuerpo con agitación febril, moldeando la carne a sus necesidades.

Cuando su boca descendió a sus erectos senos y empezó a lamerlos y chuparlos, Hope arqueó la espalda y lanzó un grito sin saber con seguridad por qué lo necesitaba con tanta desesperación. No conseguía ver la forma de saciar la necesidad que había despertado en ella.

Él la montó entonces con las dos rodillas a ambos lados de sus caderas. Estaba demasiado lejos, pensó ella ansiosa.

Alex se inclinó hacia atrás y deliberadamente deslizó una mano en el suave monte entre sus piernas. Hope agitó la cabeza con salvajismo contra la almohada y su cuerpo se agitó frenético al ritmo de su mano. Alex dobló los dedos hasta poder sentir su humedad traspasando la fina tela de sus bragas.

-¿Cómo te quitas esto con la escayola? -preguntó con tono denso. Antes de poder responder, Hope oyó el rasguido de la tela-. Esto es más rápido.

Hope nunca había visto un deseo tan desnudo pero, al sentir sus manos explorar la parte interior de sus muslos. se olvidó de todo. -Alex... -gimió. -¿Qué, amor?

Los suaves temblores que lo estremecían se transmitieron por sus dedos febriles. Tenía todos los músculos de la cara tensos y parecía no quedarle ya contención.

Cuando sus dedos la exploraron más moviéndose con delicadeza por el húmedo valle entre sus piernas, Hope abrió los labios para gritar, pero su grito quedó ahogado en los confines húmedos de la boca de él.

-No luches, ángel -sintió el erótico eco de su voz contra la base de su garganta. Su barba incipiente le abrasaba la piel-. Te gusta esto, ¿verdad?

-Es estupendo -gimió ella-. ¡No creo que pueda soportarlo, Alex!

Era una delicada e imparable tortura. Lo único que había en su mundo eran las temblorosas sensaciones que él le producía. Incluso si no hubiera estado medio inmovilizada por la escayola, la parte inferior de su cuerpo seguiría inmovilizada por aquel ardiente calor líquido. -Espera.

Hope comprendió que lo decía literalmente cuando le colocó las manos contra los barrotes de hierro del cabecero. -Me gusta mirarte -confió con voz quebrada y los ojos clavados con fascinación en su cara sonrojada, sus labios húmedos y sus párpados entrecerrados-. No puedes ocultarme nada.

El cuerpo femenino seguía retorciéndose bajo la delicada experiencia de sus manos. -¿Quieres que lo haga?

-No.

Hope notó que la respiración de él era tan agitada como la de ella. Su gran cuerpo se deslizó a su lado y el provocativo roce de su erección contra su muslo la hizo morderse los labios y gemir su nombre con suavidad.

Alex se estaba deslizando hacia abajo, dejando un reguero húmedo con su lengua

por su abdomen. Hope apretó más los barrotes cuando él se detuvo a explorarla con hú-medos envites. Una mano se deslizó por su suave cadera y ella se sintió impulsada a disculparse con voz quebrada.

-Siento lo de la escayola. Me siento como una ballena embarrada.

Él alzó la cabeza y miró su forma tendida con atención. Con deliberada lentitud, deslizó ambas manos entre sus piernas hasta que las puntas de sus dedos rozaron su vello protector. Ella lanzó un suspiro de alivio cuando le abrió las piernas. No podía tragar; tenía la boca demasiado seca.

-No, no te pareces en nada. Y no dejaré que esto -le toco la escayola-, te estropee las cosas.

-Yo estaba pensando en ti.

Hope se pasó la lengua por los labios resecos.

-Ángel, nada salvo la intervención divina me estropearía las cosas llegado a este punto.

-¡Alex! -gimió sorprendida-. ¡No puedes hacer eso!

-Claro que puedo -dijo él con seguridad.

-¡No puedes querer hacerlo!

-Pues sí.

Su firme confianza silenció sus débiles protestas y después de un momento, Hope empezó a relajarse. Era electrizante y la erótica fricción empezó a hacerla perder el control. Las rítmicas pulsaciones de su lengua le inspiraron un deseo primitivo de posesión. Necesitaba que la tomara por completo. Con voz quebrada se lo dijo y lo gritó enterrando los dedos en su pelo.

La tensa sonrisa de Alex estaba cargada de triunfo masculino. Deseaba llevar su necesidad hasta el borde del límite aunque aquello fuera una especie de tortura. Sentirla estremecerse y retorcerse con frenesí, saber que era su nombre el que acudía a sus labios era más excitante que todo lo que había experimentado en su vida.

Alex estaba seguro de que aquel nivel de intimidad era nuevo para ella, pero no tenía tiempo de maravillarse de aquel descubrimiento.

Entonces se arrodilló entre sus piernas abiertas y la empujó sobre sus muslos. Distribuyó su peso mejor asiéndola por los glúteos y ancló su pierna escayolada sobre su cadera. Aquella exhibición de fuerza era más que impresionante; era primitivamente excitante.

Con la lengua entre los dientes. Hope miró al punto donde su sexo rozaba el húmedo triángulo entre sus piernas. Una necesidad ardiente la asaltó y justo cuando pensaba que se moriría de deseo, él se deslizó más y se enterró dentro de ella.

Alex la había situado para poder marcar él el ritmo, pero ella pudo atraerlo y enterrarlo más con sus fuertes músculos pélvicos y gritos de ánimo. Hope sentía que se estaba conteniendo y no tenía intención de permitirlo. Ella no era frágil ni se sentía vacilante.

-¿Es esto lo que quieres? -bramó él.

-¡Sí, oh, sí! -gritó mientras él se enterraba más dentro de ella.

Hope lo absorbió con ansia y apretó las manos contra su deslizante espalda musculosa. Su cabeza cayó contra su hombro mientras él seguía embistiéndola. Sus jadeos entrecortados abrasaron la piel del cuello de Alex mientras la presión aumentaba.

Cuando llegó, el alivio conmovió a Hope intensamente. La oleada de placer inundó hasta el último de los nervios de su cuerpo, que se arqueó hacia atrás gritando su nombre. Sus gritos fueron ahogados casi al instante por el gemido de satisfacción de Alex y, al sentirlo pulsar dentro de ella, a Hope se le empañaron los ojos de lágrimas.

En cuanto empezaron, las lágrimas parecían no poder parar. La alarma de Alex duró solo un instante y enseguida pareció entender su causa y se dedicó a tranquilizar su cuerpo hasta que los sollozos remitieron.

-Lo siento.

No podía expresar en palabras lo profundamente que la había conmovido.

-Creo que ha sido un cumplido.

Alex le rozó las mejillas húmedas con suavidad.

-Lo ha sido.

Hope apoyó la mejilla contra su pecho y sintió el suave ritmo de su corazón.

Se durmió por fin y cuando despertó, Alex estaba apoyado en un codo mirándola. Su expresión era enigmática, pero prometedora.

-Hola.

Alex contuvo el aliento. La cautela y turbación que él había temido encontrar era solo sencilla calidez.

-Hola -respondió él con voz ronca.

Hope se estiró con languidez pasando un brazo bajo su cabeza y retirándose el pelo de los ojos. Alex no había visto nunca a una mujer con menos artificio, lo que era curioso, cuando ella vivía de producir ilusiones.

-¿Cuánto tiempo llevas mirándome?

-Lo suficiente como para saber que duermes como un bebé.

-Porque tengo la conciencia limpia.

Él no respondió a aquel suave reto, aunque pensó que la conciencia dependía de la ética de cada uno. No podía creer que ella fuera tan poco complicada. La gente simplemente no lo era.

La sábana se había deslizado hasta el comienzo de sus senos de color magnolia. Tenía la piel más perfecta que hubiera visto en su vida. Una rosada aureola asomaba descarada por la sábana de algodón. Alex frotó con el dedo índice la fascinante zona para sentir al instante el pezón erecto.

-Conoces todos mis puntos débiles y yo no conozco los tuyos -se quejó ella con voz susurrante.

Él era todo un punto débil. La vulnerabilidad no era algo que hiciera feliz a Alex, pero al deslizar la mano bajo la colcha para tocar a Hope, se sintió perdido. Si un

hombre tenía que enfrentarse a algún dilema, reflexionó, aquel no era tan malo.

Alex apretó los labios contra la parte interior de su muñeca y se movió con efecto devastador por la parte interna de su brazo.

-¿Alex?

-Hum.

-Te da mucho placer el juego, ¿verdad?

Aquello había sido deliciosamente evidente la noche anterior.

El alzó la cabeza.

-Me da mucho placer dártelo a ti. ¿Estás intentando decirme que a ti no?

-No, cielos. La cosa es que a veces una persona puede sentirse un poco... Estoy intentando ser delicada con esto, pero no es fácil. Una persona puede sentir un poco de urgencia. Lo cierto es que desde el momento en que abrí los ojos y vi que deseabas... ¿Te estás riendo de mí?

-¿Yo? -preguntó él con inocencia-. Sigue. Esto es fascinante.

-Eres una rata -se detuvo con un suspiro de derrota-Así es como me siento -dijo agarrándole la mano para conducirla al húmedo calor que indicaba el grado de urgencia que sentía.

Una voz dentro de ella le decía que se había vuelto totalmente desvergonzada, pero no se arrepentía de ello.

-Te quiero dentro de mí, ahora.

De sus labios escapó un ronco gemido cuando sus dedos se deslizaron por su sexo entreabierto.

-Eso se puede arreglar.

-Precioso, eres un hombre precioso -suspiró-. Amor mío.

Estaban sentados en la cocina tomando huevos revueltos cuando entró Adam. Se detuvo sacudiéndose los pies en el felpudo.

-Hace un frío helador ahí...

Se detuvo a mitad de la frase al ver que Hope no estaba sola.

Después de una mirada de asombro, su cuñado recuperó la compostura y siguió quitándose los guantes.

-¿Es café eso que huele tan bien?

-Sírvete tú mismo -dijo Hope preparándose para los comentarios que sabía que seguirían.

Alex apenas había manifestado nada salvo un parpadeo de incomodidad y ella observó con envidia cómo se llevaba otro bocado a la boca. No había ningún motivo para sentirse avergonzada, se dijo a sí misma. Pero seguía sintiéndose turbada.

-El coche se estropeó, ¿verdad? -preguntó su cuñado apoyándose en la encimera con la taza humeante entre las manos.

-No. ¿Tienes algún problema con eso? -Alex apoyó los codos en la mesa y miró a su amigo.

Había más curiosidad que hostilidad en su voz.

-¿Y por qué debería? -preguntó Hope con más acidez de la que había pretendido.

No estaba ni siquiera preparada para las inevitables preguntas de Adam acerca de las intenciones de Alex. ¿Cómo iba a responder si no sabía ella misma la respuesta?

Los dos hombres agitaron la cabeza al mismo tiempo y ella casi notó la complicidad en la mirada que intercambiaron.

-Tienen buena pinta esos huevos -comentó Adam.

-Bueno, pues no vas a tomar ninguno -dijo Hope sin respeto a la hospitalidad. Y sé que intentas llevar la conversación a tu terreno, así que te advierto...

-Me voy.

Adam posó la taza en la mesa.

-Le he prohibido a Anna que conduzca hoy, Hope, así que me temo que estarás sola.

-Creo que me las arreglaré. Y de verdad debes tener a Anna a tus pies si consigues tú dictar las normas.

-El truco consiste en dejar que crea que es idea suya -replicó Adam con una sonrisa-. Creo que necesitarás una mano para sacar el todoterreno, Alex.

-Te lo agradecería.

-Si viste el coche de Alex, entonces sabías que estaba aquí -comprendió Hope al detectar cierta inconsistencia-. Estabas...

-¿Liándote? -su cuñado se rio-. Como a una oveja al matadero, Hope -observó con una carcajada al llegar a la puerta de la cocina.

-Y tú sabías que él ya lo sabía -la acusó Alex con indignación-. El Land Rover está aparcado a pocos metros de la puerta. Adam no podía entrar sin tropezarse con él -señaló Alex con una calma imperturbable-. Y dijiste que a Adam no le importaría saber que había pasado la noche aquí.

-Y no debería -murmuró ella mirándolo con resentimiento.

La insensibilidad de la especie masculina era asombrosa, pensó para sí.

-Pero le importa. ¿Hubieras preferido que me hubiera escabullido antes?

La intensidad de su mirada la incomodó.

-No, aunque en algunos aspectos hubiera sido más fácil. Esto me resulta un poco extraño. No estoy acostumbrada a desayunar con hombres.

El expresivo arqueo de una de las cejas de Alex le produjo una oleada de pánico.

-Normalmente les doy una patada la noche antes.

Con una carcajada suavizó el impacto de su broma. Irónicamente, era más probable que Alex creyera la broma que la verdad.

-¿Volveremos a repetirlo?

-¿Desayunar?

Él frunció el ceño con impaciencia.

-¿Qué se supone que voy a decir, Alex?

-Sí o no.

-¿Así de simple?

Probablemente lo fuera para él. Alex no tenía conflicto ni complicaciones emocionales. Simplemente satisfacer sus apetitos básicos.

-Eso depende de nosotros.

Eso no significaba nada, pensó Hope con frustración. ¿Era una invitación para empezar alguna relación oficial o una advertencia de que no se le escaparan las cosas de las manos? ¡Vaya ambigüedad! Pero era un poco tarde para empezar a amar a la defensiva. Ya sólo podía amar y vivir con las consecuencias.

-Sí.

Alex no parecía ya esperar su contestación jadeante, pero pareció moderadamente satisfecho.

-No puedo quedarme esta noche. Tengo un huésped.

Hope apartó la irracional punzada de decepción que la asaltó.

-Bien -dijo con calma.

«Sé adulta, Hope».

-Te llamaré a las nueve a ver si todo va bien.

-No tienes por qué.

-Acepta la ayuda con gracia, Hope.

-No llegará el día -intentó bromear ella.

Iba a tener que hacer algo drástico acerca de aquel obsesivo deseo de estar en su compañía.

-Te cortaré unos cuantos leños antes de irme. Ya me he dado cuenta de que el montón está bajando. A menos que prefieras cojear por la nieve para hacerlo tú misma.

-Mira -dijo ella metiéndose los dedos en la comisura de los labios para hacerle una mueca-. Estoy sonriendo con gracia.

Llegaba pronto. Eso fue lo primero que se le ocurrió cuando oyó llamar a la puerta trasera. Con el corazón desbocado se apresuró a recorrer el pasillo maldiciendo las muletas. Tanteó para levantar el pestillo y esbozó una jadeante sonrisa de bienvenida.

-¡Lloyd! -la decepción fue intensa. Sentía ganas de tirarse al suelo y llorar como una niña-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Sabía que te enfadarías conmigo, pero, ¿puedo pasar? He tenido que dejar el coche a unas dos millas camino abajo. Y para ser sincero, cielo, si hubiera sabido que habías subido a las montañas, me hubiera quedado en la habitación calentita de mi hotel, con sentido de la culpabilidad o sin él.

Se sopló los dedos helados.

-Será mejor que pases.

-Gracias a Dios. Pensaba que me ibas a dar una patata y a tirarme a la nieve.

-No me tientes.

-¡Dios, tu pobre pierna! No has tenido un buen mes, ¿verdad?

-Ya lo ves.

Una sonrisa asomó a sus labios mientras lo precedía al salón. Las cosas se estaban poniendo mejor.

-¿Qué puedo decir? Te debo una muy importante.

-Mientras no te olvides -respondió con acidez Hope.-. Será mejor que cuelgues el abrigo junto al fuego. Está empapado.

Incluso sin abrigo, Lloyd era un hombre corpulento y un poco rollizo.

-¿No has oído las predicciones del tiempo?

-Sí, pero no pensaba que vivías al final de un camino de tierra. ¿Sabías que hay que cruzar cuatro puertas?

-Ya me he dado cuenta -dijo Hope con una sonrisa al oír su tono de indignación-. Pensé que eras un tipo duro de las montañas.

-Eso fue hace mucho tiempo. Ahora soy más de apartamento, aire acondicionado y limusina. No verás callos en estas manos.

Extendió sus manos de manicura perfecta para que las examinara.

Una imagen de otras manos callosas flotó en su mente.

-Estás blando -bromeó.

-Estoy arrepentido -dijo Lloyd con seriedad antes de sacar una silla y sentarse a horcajadas-. Tienes que creer que no tenía ni idea de que la prensa fuera a crucificarte de esa manera. Shirley y yo te estamos profundamente agradecidos de que mantuvieras la boca cerrada. La política es un juego duro, pero su hijo consiguió la nomina-ción estatal gracias a ti y no hay razón ya para que no quedes limpia.

-Eso son buenas noticias.

-Mi querida ex se volverá loca cuando comprenda que la hemos tomado el pelo.

Aquella idea pareció darle cierto placer.

-¿O sea que la separación no va a ser amistosa? Bueno, mientras no sea yo el blanco de su ira.

La última vez había sido particularmente desagradable.

-Tú ya estás fuera de esto, Hope. Solo espero que la pobre Shirley pueda aguantar la presión de la prensa. Para ti es diferente. Tú eres dura, Hope.

¡Vaya! ¿Es que creía que la curiosidad invasora de la prensa no la había afectado?, se maravilló Hope. Sin embargo, el alivio de saber que aquella farsa se había acabado era intenso.

-Brindaré por el final de la farsa

Lloyd posó las dos copas en la mesa y sonrió con picardía.

-Pensé que nunca lo dirías. No te muevas. Yo traeré las copas. Dime, supongo que no tendrás el número de teléfono de Sam para ponerme en contacto con él. Debo haber perdido el que me dio.

-¿Perdido? -Hope sacudió la cabeza-. ¡Y pensar que creí en que te sentías culpable y que solo estabas preocupado por mi bienestar! Así que no eran esos los motivos de tu visita.

Lloyd posó las copas en la mesa y sonrió.

-Sí lo eran. Hasta te he traído flores, pero las dejé en el coche. Solo pensaba que ya que estoy aquí...

-Me sacarías donde está Sam. Ese hombre está en su luna de miel, Lloyd. Con mi hermana. Nunca me hablaría de nuevo si te lo diera.

-Tengo un gran proyecto en el asador. Sé que se abofetearía a sí mismo si se le escapara...

-Tu altruismo es digno de honra, pero la respuesta es no.

-Hope...

-No te funcionará.

Lloyd suspiró.

-Bueno, merecía la pena intentarlo.

A pesar de su seguridad, Lloyd intentó sacarle la información toda la tarde. Hope no estaba realmente ofendida; no se hacía ilusiones con respecto a Lloyd. Le caía bien, pero cuando se metía en negocios no era nada sentimental. Más bien obcecado.

-Ha sido una suerte haber conocido por fin a una mujer que sabe guardar un secreto en un mal momento -observó mientras se preparaba para irse.

Hope no le hizo caso.

-¿Quieres esa linterna? -preguntó ella mientras se abrochaba el abrigo-. Estos te valdrán -dijo pasándole unos guantes de cuero de su padre-. Pero ya te he dicho que si quieres, te puedes quedar a cenar.

Aunque Hope se alegraba de que hubiera rehusado. Alex llegaría pronto y, en ese caso, tres serían una multitud.

-Gracias, Hope. Creo que son de mi talla -aceptó-. Hay luna llena y el cielo está muy claro, así que no necesitaré una linterna. Está helando mucho y si dejo aquí el coche más rato, no habrá quién lo arranque -apoyó las manos en sus hombros con suavidad-. Vendrás a la boda, ¿verdad?

-¿No crees que deberías divorciarte antes? -bromeó ella.

-Ya lo sé. El asunto es que llevamos tanto tiempo viviendo separados que hace mucho que no me siento casado. Para decirte la verdad, nunca pensé que querría intentarlo de nuevo y ahora me gustaría haberlo hecho hace años.

-Dale un beso a Shirley.

-Lo haré -dijo Lloyd con voz susurrante-. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, Hope -dijo con extraña emoción en él antes de besarla con calidez-. Eres única entre un millón.

-¿De verdad? Yo le hubiera dado mucha menos puntuación.

Desde la puerta abierta llegó una ráfaga helada que fue cálida en comparación con el frío comentario.

-¡ Alex, llegas pronto!

-Eso ya lo veo.

-No sé cuál será tu problema amigo...

-Yo no soy su amigo -respondió Alex con hostilidad.

-¡No le hables a Lloyd así!

Hope se estaba poniendo cada vez más furiosa.

Si había creído que Alex había cambiado de opinión respecto a ella, allí tenía la prueba de que se había equivocado.

-¡Hablaré con Lloyd como me dé la gana!

-No, espera un momento -empezó Lloyd disgustado.

-¡Cállate! -gritaron los dos al unísono.

Los ojos azules se clavaron en los grises con la misma enemistad.

-Simplemente vete, Lloyd -consiguió decir Alex con voz más calmada.

-No pienso dejarte con él -replicó Lloyd con firmeza dirigiendo una mirada de desconfianza a Alex-. ¡Dios, Hope! ¿No te habrás enrollado con él?

Hope hubiera deseado con todo su corazón haber podido negar aquello. Era fácil comprender por qué su amigo no quería irse. Alex parecía muy peligroso. Tenía las facciones duras como el granito y la tensión de su cuerpo acentuaba la amenaza física que representaba.

-Lloyd no es tan estúpido como parece, Hope. No confía en ti. ¡Cielos! Debe ser duro tener una novia dispuesta a meterse en la cama con el primer desconocido que llama a su puerta.

-Solo si no hay nada mejor en televisión.

Hope todavía tenía a Lloyd agarrado por el abrigo y tenía que protegerlo por si le daba por enfrentarse a Alex en un gesto de caballerosidad. Su amigo era tranquilo, agradable y sedentario, atributos completamente ausente? en Alex.

-Escucha, Lloyd -dijo con apremio-. Quiero que te vayas, por favor. No te preocupes por él -le dirigió a Alex una fría mirada de disgusto-. Es todo boca y músculo, la mayor parte entre sus orejas. Solo te insultará y la opinión de Alex me es indiferente.

-¿Estás segura? -preguntó dudoso Lloyd.

-¿Está sugiriendo que yo pegaría a una mujer?

En otro momento y otras circunstancias, el comentario de Alex la hubiera hecho sonreír, pero en ese momento pensó que no volvería a sonreír nunca.

-No me tocará -le aseguró a Lloyd-, pero es probable que tú acabes con la nariz rota. Y no, no estoy sugiriendo que estés asustado, pero para ser prácticos, ¿no crees que un ojo morado te estropearía la imagen? Es viernes y tienes el programa de televisión de costa a costa.

Aquel recuerdo fue suficiente para calmarlo, pero Lloyd parecía indeciso. Alex observó aquella leve pugna con su conciencia con desprecio.

-Bueno, si estás segura...

-¿Desde cuando he necesitado yo a nadie que se pelee por mí? -le dio un cálido beso y lo empujó hacia la puerta, pero el corpulento cuerpo de Alex estaba bloqueándola-. ¿Te importa?

La forma en que él espoleó los talones e inclinó la cabeza estaba cargada de sorna.

-¿No me vas a pedir que me vaya?

¿Y darle la oportunidad de que se negara? De ninguna manera.

-No antes de que te diga exactamente lo que pienso de ti y, después, no tendré que pedírtelo.

Hope notó la sorpresa momentánea en sus ojos. Sí, la mejor defensa era el ataque. Si Alex estaba esperando que se quedara callada a escuchar todos sus insultos, ya podía olvidarse.

—, El suspense me está matando!

-No te hagas ilusiones -susurró ella antes de sonreír a Lloyd y agitar la mano.

Lloyd había estado escuchando su conversación con expresión preocupada.

-Buen viaje y dale un beso a Shirley.

-Me siento mal dejándote...

-Ya te he dicho muchas veces que soy una chica crecida.

-Y no sé cuál será tu problema -Lloyd salió a la nieve y le gritó a Alex-, pero esta chica es oro molido y si no puedes verlo, es que estás ciego.

Hope agitó la mano por última vez y cerró la puerta. La expresión de la cara de Alex era de sorpresa ante la vehemencia de Lloyd.

-¿Quién es Shirley?

Hope no había esperado aquella pregunta y por un momento se sintió confusa. Desde que Lloyd había dicho que ya podía quedar limpia, había estado pensando cómo y cuándo se lo contaría a Alex. Aunque hubiera sido bonito que él no necesitara explicaciones, no era tan poco realista como para esperarlo.

-La madre de Lloyd -mintió con perversidad.

Se sentía tan traicionada por su desconfianza que ya no quería darle explicaciones.

-No me digas que ya te ha presentado a su familia.

Su burla acentuó su sensación de desolación. Nada de lo que dijera lo haría cambiar de idea y sintió el impulso perverso de dejar que se enterrara más en su propio hoyo. Con el tiempo, cuando descubriera la verdad, se retorcería de vergüenza.

-Los he conocido -replicó sin más.

-¿Y le has contado que la cama estaba todavía caliente de mí o es que no le importa? ¿Qué tipo de relación perversa tenéis? -preguntó con disgusto-. Debe ser una gran zanahoria la que te ha puesto delante esta vez para querer...

-¿Querer qué, Alex? -preguntó Hope con una frialdad que ocultaba su enorme disgusto-. ¿Querer llevarlo a él a mi cama y no a ti? ¿No crees que estás haciendo algunas suposiciones muy grandes? ¿Qué te hace pensar que sería un sacrificio?

Alex contuvo el aliento con fuerza. La idea del nombre de otro hombre en sus labios mientras su pálido cuerpo se convulsionaba en los estertores de la pasión le puso una nube roja ante los ojos. Apretó los puños varias veces para recuperar el control.

-Si estás intentando decirme que soy el segundo después de él -murmuró con desdén-, no desperdicies tu aliento.

-¡Oh, Alex! No te lo tomes de forma tan personal. Probablemente me hayas hecho un favor -murmuró pensativa-. Creo que estaba dando por supuesto lo que tenía.

Corría el peligro de quedarme colgada con hombres cultos y sofisticados, pero ya no pertenezco ahí.

-Me alegro de haberte servido de algo.

La viciosa satisfacción que había sentido al tocarle la fibra sensible se evaporó en el acto. Quizá hubiera llegado demasiado lejos. Había lanzado una bomba y ya no sabía dónde refugiarse.

-¿A qué viene poner excusas, Hope? -susurró él con un tono mortífero-. Es solo sexo lo que tú quieres. Me equivoqué al tomarlo de forma personal. No es solo de mí de lo que no puedes tener suficiente. Y pensar que había creído que me había equivocado contigo -un espasmo de desdén contrajo sus duras facciones-. Tenía mis disculpas bien ensayadas.

-¿Cómo te atreves a ser tan puritano? -gritó ella enferma.

Era él el que la había defraudado, no al contrario. Su constante desconfianza era lo que se había interpuesto entre ellos.

-El sexo es saludable y natural siempre que las cosas salgan como quieres. Siempre que se juegue según tus normas, ¿verdad, Alex? ¿No eres un poco perverso? ¿No era mi reputación la mitad de la atracción, Alex? ¿Y sabes lo que creo? Creo que tras todo ese disgusto, lo único que estás es celoso a muerte.

Alex se acercó a ella y Hope se encontró sin espacio ni movilidad para escapar.

-Lo estoy, pero no te ilusiones -le alzó la cabeza y sonrió con salvajismo-. No te tocaría ni con una pértiga, incluso si mi estómago pudiera soportarlo, las mujeres con la moral de un gato callejero son un atentado contra la salud en estos tiempos.

Hope dio un respingo cuando la puerta se cerró de un portazo tras él. Se sentía demasiado devastada como para llorar. Aturdida y paralizada. Enamorarse no era el júbilo y la alegría que ella siempre había esperado. ¡El amor apestaba!, pensó secándose una solitaria lágrima que rodó por su mejilla.

Capítulo 6

HOPE encendió la lámpara de la mesilla. Las tres y media. Se estremeció al penetrarle el frío por el suave algodón del camisón. Con desgana, sacó las dos piernas de la cama y buscó la zapatilla con el pie desnudo mientras agarraba las muletas apoyadas al lado del poste de la cama.

El corderito recién nacido que Fred Wilson le había llevado para que lo cuidara necesitaba comer. A Hope no le importaba; aquello siempre había sido una de sus tareas preferidas en la granja.

Lanzó un grito de sobresalto cuando el pie desnudo quedó sumergido en agua helada. Doblando el pie de nuevo, miró hacia abajo.

-¡Oh, Dios! -había varios centímetros de agua en el suelo-. ¡Esto no puedo creerlo! -murmuró con el corazón acelerado por el pánico.

El impulso de taparse con el edredón y olvidarse de lo que había pasado fue demasiado fuerte. Pero nunca le había funcionado con otras cosas, se recordó con acidez. Asegurarse a sí misma que no había quedado devastada no había evitado que tuviera los ojos hinchados después del abatimiento de la tarde.

Apretando los dientes, se giró hacia el otro lado de la cama con la pierna escayolada extendida ante ella. Se sentó en el borde del escritorio de su padre y agarró el teléfono. Por mucho que la molestara, no había forma de poder superar aquella emergencia ella sola con una pierna escayolada. El orgullo tendría que ocupar un segundo plano por detrás del sentido práctico.

-¡Anna, gracias a Dios! Perdona por haberte despertado. ¡Ah, estabas dando de mamar a los bebés! Por su-puesto que algo va mal. No te llamaría a estas horas de la mañana para decirte solo hola. El asunto es que hay un derrame de agua. No, no tengo ni idea de dónde viene. No me he atrevido a salir de la cama todavía. ¡Por supuesto que estoy sola! -añadió indignada ante la pregunta de su hermana. ¡Así que Adam ya se lo había contado! La idea le produjo un fuerte sonrojo-. Podría mendigarte una cama. ¿Solo para esta anoche? Si Adam pudiera venir le estaría eternamente agradecida.

Escuchó en silencio las explicaciones de su hermana de que Adam había tenido un aviso de urgencia.

-Lo enviaré en cuanto vuelva -prometió Anna-. No intentes hacer nada.

Como si necesitara que le recordaran que estaba inútil, pensó Hope al colgar. Sin embargo, no perdió el tiempo y para cuando escuchó ruidos en el pasillo ya se había envuelto la escayola en una bolsa de plástico, se había puesto una bota y una cazadora y había metido algo de ropa en una bolsa. Había recordado que la electricidad con el agua era una combinación peligrosa y su única iluminación era una linterna.

-Ya sé que estoy bastante impotente e inútil, Adam, pero... -apuntó el tímido rayo de la linterna hacia la puerta y sus palabras murieron en sus brazos al abrir horrorizada los ojos-. ¡Vete al infierno!

-Todo a su tiempo -replicó Alex con frialdad-. Tu hermana me pidió que viniera a rescatarte. Creo que esas fueron sus palabras.

Posó la potente linterna que llevaba en la mesa. Su expresión quedaba oculta por las sombras.

-Preferiría ahogarme.

Y no era tan descabellada idea. Era evidente que el agua seguía subiendo.

-No dramatices o podrías conseguir tus deseos. ¿Se te ha ocurrido cortar el agua?

-¿Qué crees que soy, estúpida? La llave de paso está en el sótano y no tengo ganas de suicidarme.

-¡O sea que prefieres ahogarte a mi compañía!

Hope apretó los puños con frustración. ¡Aquello no podía estar sucediendo! Dios bendito, tenía que parar. No podía ir por la vida golpeándose el pecho y arrancándose los cabellos, al menos en público. Bajo aquellas circunstancias no le quedaba otro remedio que aguantar la compañía de Alex. Intentó mirar la situación con calma, pero fracasó miserablemente.

-¿Hay muchos daños? -preguntó.

-Es un desastre. El tanque del desván parece haber reventado. Hay un río bajando por las escaleras y en el recibidor se ha caído algo de la escayola -entró más en la habitación-. He cortado el agua y la electricidad, pero no puedo hacer mucho más esta noche.

-La responsabilidad de enfrentarse a mis padres no es tuya.

A Hope se le cayó el alma a los pies al pensar en lo que encontrarían sus padres a su regreso.

-¡Oh, no! -gimió-. ¡Les he destrozado la casa!

-No tiene sentido que te culpes a ti misma.

Hope alzó la vista y lo miró con furia y los ojos empañados en lágrimas.

-¡No lo estaba haciendo!

-Bueno, ¿cómo quieres hacer esto?

-¿Hacer qué?

-¿Qué cómo te llevo? Con dignidad y un mínimo de jaleo o te cargo a mis hombros como una saco mientras gritas y pataleas.

-Haré las dos cosas si me pones un dedo encima. Yo no he pedido que viniera un caballero con su armadura brillante a rescatarme

Alex pareció inconmovible ante sus insultantes comentarios.

-Se lo pediste a Adam y él delegó en mí...

-Si Anna hubiera sabido lo arrastrado que eres, nunca te lo hubiera pedido.

-Pero en su ignorancia fue lo que hizo, y pretendo rescatarte lo quieras o no. Aunque no sea el caballero Lancelot...

-Eso puedes jurarlo. Él era joven -dijo con malicia, Hope.

-Pero no pienso irme sin ti.

-Llámame rara si quieres, pero yo nunca he soñado con que me rescatara ningún caballero blanco.

-El Land Rover es verde y mucho menos temperamental que un caballo. Deja de incordiar, Hope, y trágate el orgullo. Necesitas ayuda y es lo que yo soy -dijo con brutal sinceridad.

Hope tragó saliva. Era humillante, pero tenía razón.

Agarró su bolsa y la apretó contra el pecho.

-Vamos entonces.

El roce de sus brazos fue tan impersonal que Hope sintió una punzada de

abandono al recordar la última vez que había estado en aquellos fuertes brazos.

La vista del recibidor destruido, cubierto por varios centímetros de agua y yeso, le borró otro tipo de consideraciones más personales.

-¡Es terrible!

-No se podrá salvar nada -aseguró Alex mientras apartaba un paraguas que flotaba con el pie.

-Para ti es muy fácil decirlo. Párate -gritó con frenesí.

-¿Y ahora qué? -preguntó impaciente Alex antes de aflojar el brazo-. Sea lo que sea, hazlo rápido. No eres precisamente una pluma.

A Hope se le agitó el pecho de indignación.

-La cocina. Daphne está allí.

-¿Daphne? ¿Quién diablos es? -preguntó Alex asombrado.

-No hagas preguntas tontas. ¡Date prisa!

Cuando llegaron a la cocina, Alex la sentó en la mesa, la única isla seca.

-En el horno, rápido. La bandeja del fondo.

-¿Es el momento de preocuparse por hornear? -abrió la puerta que estaba entornada-. Está viva -dijo apuntando la linterna al interior.

-Eso espero.

A pesar de la situación, Hope esbozó una sonrisa al ver la incongruente estampa de un hombre tan corpulento j con un corderito en brazos.

-La leche está en el frigorífico. Será mejor que la saques también. Y hay una lata de repuesto en la tercera estantería de ese armario.

Sin decir una palabra, Alex le pasó el bulto. Hope abrió la cremallera de su bolsa y ahuecó un espacio sobre su ropa interior de diseño para meter al corderito. Cuando levantó la cabeza, Alex la estaba observando.

-¿No tienes miedo de estropear tu ropa? -dijo deslizando un dedo por un salto de cama de seda que asomaba por el borde.

-¡No seas estúpido! -dijo ella mientras guardaba los botes de leche en los bolsillos de la cazadora-. Estoy lista.

-¿Quiere eso decir que tengo permiso para posar mis manos en su real persona?

Hope se dio cuenta al instante de su expresión burlona.

-Que no se te suba a la cabeza -respondió en el mismo tono.

-Este es el camino de la vieja Rectoría -protestó Hope cuando se desviaron de la carretera principal.

Alex no apartó los ojos de la carretera.

-No.

-¿Eso es todo? ¿No?

-¿Y qué más quieres?

Hope cerró los ojos y parpadeó cuando el Land Rover se deslizó en una placa de hielo.

-Una explicación -dijo ella con voz ronca cuando el vehículo corrigió la dirección.

-¡Quítate de la cabeza toda esperanza de que te estoy raptando!

¿Esperanza? El insulto le inflamó las mejillas e inclinó la cabeza para enterrarla en el bulto cálido del corderito. Sus palabras habían causado un estremecimiento

en todo su cuerpo. Estar en su poder era una idea atractiva.

- Es demasiado querer saber adonde vamos?

-Como mi casa es el único sitio que conozco por este camino, había pensado que era evidente. Las carreteras están mortíferas y no tengo intención de conducir más de lo necesario esta noche. Además, no creo que sean horas de molestar en una casa donde hay niños pequeños. Anna parecía agotada cuando habló conmigo.

-¿ Por qué no me llamas desconsiderada y egoísta y acabas antes?

Alex maniobró el Land Rover a través del portón abierto que conducía a la casa del molino.

-¿Tienes que tomártelo todo de forma personal? -pregunto él exasperado.

«Sí, en lo que a ti se refiere, sí», pensó ella.

El molino reconvertido era un edificio de piedra de tres plantas. Las luces de las ventanas se derramaban sobre las terrazas ajardinadas que bordeaban la orilla del río. Cuando Alex abrió la puerta, pudo escuchar el rugido del agua en todo su fragor.

-Pasa un brazo alrededor de mi cuello -la instruyó él con tensión.

Al acercarse a él, Hope sintió la tensión en su cuerpo musculoso y le dirigió una mirada de soslayo en la oscuridad. Un error, comprendió al sentir un cosquilleo por todo el cuerpo. El brillo acerado de sus ojos y la sensualidad de su mirada le quitaron el aliento.

-No hagas eso -murmuró susurrante.

-¿Hacer qué?

-¡Ya sabes qué! -lanzó un grito justo a tiempo de evitar que la bolsa cayera en la nieve-. ¡Oh, Dios! ¡Mira lo que me has hecho hacer! Casi se me ha caído Daphne. ¿Estás bien, cariño? -susurró con ansiedad.

Al menos el conjuro de tensión sexual se había roto.

-Mi espalda ha visto mejores días.

-No estaba hablando contigo.

-¡Qué cruel por tu parte quitarme la ilusión de que te preocupabas por mí! -se burló él.

-Supongo que pensarás que soy bastante egoísta. Debes estar bastante enojado por que te hayan sacado de la cama de esta manera.

La robusta puerta de roble se abrió y Alex se acercó a ella.

-¡Gracias a Dios! ¡He estado tan preocupada!

La puerta daba directamente a un gran salón, pero a Hope le interesaba poco la decoración en ese momento.

El camisón bajo el enorme albornoz masculino era transparente. En cuanto a sofisticación, su propio camisón quedaba como un trapo. Unos buenos senos asomaban sobre el sutil encaje del escote y era alta, pero no demasiado alta. Podría tener

cualquier edad entre los treinta y los cuarenta y cinco y tenía el tipo de rasgos llamativos y estructura ósea que envejecía bien: bonitos ojos oscuros, nariz aquilina, boca generosa y pelo corto con mucho estilo. No daba la impresión de ser una mujer que habitualmente se preocupara, sino que daba la impresión de elegancia, inteligencia y fuerza.

Hope solo tardó unos segundos en asimilar aquellos alarmantes detalles.

-Cambia lo de enojado por furioso -susurró en voz baja.

La breve mirada de Alex iba cargada de advertencia y Hope sintió una oleada de náusea. A ella no le importaba que Alex Matheson se acostara con cientos de mujeres, se aseguró a sí misma mientras una fiera oleada de celos la sacudía. Lo que la irritaba era que se atreviera a criticar su relación con Lloyd.

-Deberías haberte quedado en la cama, Rebecca.

La vivida imagen de él deslizando su cuerpo helado contra el ondulado y cálido de ella fue casi masoquista.

-No seas tonto, Alex. He preparado una cama para... Hope, ¿verdad?

Sonrió con una calidez genuina hacia ella. La actitud entre ellos denotaba una cómoda intimidad y larga familiaridad. Sus miradas, el roce casual de sus brazos. Hope sintió una poderosa punzada de celos. ¡Oh, Dios! Encima era encantadora. Hubiera sido mucho más fácil si se hubiera mostrado hostil y desagradable. O al menos que hubiera sido una cabeza hueca. De repente, se le ocurrió una idea horrible. Ella era la aventura sexual sin significado y la cabeza hueca para él. Después de años de negarse a que la catalogaran así, había fracasado por completo.

Hope no se fijó en la acogedora habitación con una chimenea tan grande como para albergar un arbolito.

Las botas de Alex habían dejado huellas húmedas en las preciosas alfombras de estilo oriental. Hope se fijó en que los pies descalzos de Rebecca eran estrechos y largos. No podía dejar de fijarse en aquellos detalles.

El sofá en que Alex la sentó era de generosas proporciones, así como la mayoría del mobiliario de la sala. Los muros estaban emplastecidos de forma rústica con un suave color albero y las plantas se alineaban en una hornacina de una pared. Aquella sala debía haber sido la original de entrada del agua.

-Creo que los dos necesitáis tomar algo caliente -dijo Rebecca mirando con preocupación la cara inexpresiva de Alex y la pálida de Hope.

-¿Estaría bien un brandy o preferiríais...? -El brandy estaría bien -interrumpió Hope de forma brusca.

El líquido ambarino le quemó la garganta y le dejó ardor en el estómago.

Un balido le recordó de repente la carga que llevaba.

-¡Un cordero! ¡Qué maravilla!

-Es una huérfana prematura. Tiene hambre -dijo Hope escarbando en su bolsillo para sacar un biberón-. ¿Podrías calentar esto, por favor?

-¡Oh! ¿Puedo darle yo el biberón? -rogó Rebecca con una excitación infantil que contradecía su aura de sofisticación.

Hope se encogió de hombros.

-Si quieres...

«Ya tienes todo lo demás», le dijo una voz insidiosa antes de pasarle a regañadientes su carga.

-Se llama Daphne -aclaró con sequedad Alex.

-¿Es una alusión mitológica?

-No, se parece a una compañera mía del colegio. La gente siempre quería mimarla y adoptarla.

-¿Y qué pasó con tu Daphne? -preguntó Alex mientras Rebecca desaparecía de la sala.

-Ahora tiene cinco hijos y tres ex maridos. ¡No puedo quedarme aquí, Alex! -susurró mirando a hurtadillas a sus hombros hacia la puerta cerrada.

-¿Por qué no?

-No seas obtuso, Alex. ¿Es que no te importa que Rebecca se sienta dolida?

Era inútil preguntarle si le importaba cómo se sentiría ella. La respuesta a aquella pregunta era claramente evidente.

-¿Y por qué debería Rebecca sentirse dolida? -preguntó Alex sin dejar de desabrocharse los cordones de las botas.

-¿Estás intentando decirme que no le importa que te acuestes con otras mujeres? Y pensar que montaste aquella trifulca con Lloyd justo antes de volver con ella. Desde luego, la falsedad no empieza ni a describir lo que eres.

Hope podría haber estado hablado igual a una pared de tres metros para el caso que le hizo. Alex se quitó las botas y los calcetines mojados antes de arrellanarse más en el sofá mullido frente al de ella.

-No compares mi relación con Rebecca con la tuya con Elliot.

¡Desde luego, ella ni siquiera se había costado con Elliot! Pero en ese momento le venía bien que Alex lo creyera así. Mejor que pensara que ella mantenía la misma actitud desenfadada hacia el sexo a que descubriera que se había enamorado de él.

Hope se estremeció. La humillación ni siquiera le permitía pensarlo.

-Ella no sabe que pasaste la noche en mi cama, ¿verdad?

-No lo sabe y no lo sabrá a menos que se lo digas tú.

Su mirada fija era claramente retadora.

-No te preocupes. No es algo que me apetezca desvelar.

-No estaba preocupado.

Alex bostezó con pereza.

-¡Dios mío, me da pena esa mujer!

-No, no te la da. Estás celosa a muerte de ella. ¿Qué te pasa. Hope? ¿No te gusta imaginar mis manos en su piel caliente? ¿Mi boca...?

-¡Cállate! ¡Calla! -gritó ella tapándose los oídos-. Eres asqueroso.

-Pero te gustaron todas las asquerosidades que te hice, verdad, Hope? Tu cuerpo responde solo de pensar en ellas, ¿verdad? -su cruel confianza la hizo palidecer-.¿ Es así como te excitabas con Lloyd? ¿Cerrando los ojos y pensando en mí?

-¡Eres un enfermo!

¿Es que estaba prediciendo su futuro? ¿Se lo habría destruido para siempre con otros hombres? Si solo hubiera sido sexo, podría haber vivido con ello, pero era amor lo que había desperdiciado con aquel hombre. Se sintió humillada por su propia estupidez.

Alex se frotó la mandíbula con el dorso de la mano y el gesto le hizo comprender a Hope por primera vez lo cansado que parecía.

-Esa posibilidad ya se me había ocurrido a mí -dijo Alex de forma enigmática.

-Se ha dormido. ¡Es tan dulce! La he echado en la cesta del gato junto al radiador.

Rebecca se apretó el cinturón alrededor de la estrecha cintura y miró a Alex con cara de preocupación. Hubiera hecho falta ser ciego y sordo para no notar el ambiente tenso de la habitación. Alex solo sonrió con ironía.

-¿Y qué pasará con el gato? -pregunto Hope contenta de que la presencia de Rebecca le hubiera ahorrado otro comentario inquietante de Alex.

-Perdió su última vida el verano pasado -explicó Rebecca-. Nunca sé que viste en esa criatura, Alex. Era una bestia horrible y de mal carácter.

-Carecía de civismo, pero tenía mucha personalidad.

-Me arañó.

-Porque no le gustaba que lo acariciaran.

Alex buscó los ojos de Hope. Sus suaves palabras habían conjurado la imagen de sus grandes manos moviéndose por su espalda. No podía saber... no, era imposible Hope sintió un velo de transpiración por todo el cuerpo

-Quizá deberíamos dormir todos un poco lo que queda de la noche -dijo Alex despacio mientras Hope se humedecía los labios con nerviosismo.

-Buena idea -aprobó Rebecca.

Hope asintió contenta de la posibilidad de escapar de aquellos ojos escrutadores.

La escalera era circular, con una balaustrada de hierro forjado. Incluso cuando cerró los ojos pudo olerlo y sentir su fuerza mientras la subía.

-Si necesitas algo, solo tienes que gritar

Ella asintió con debilidad deseando que la posara y que la respiración se le calmara.

-Rebecca se encargará del cordero.

-No podría imponerle...

-Le gustará. Para ella será una historia bucólica que podrá contarle a sus amigos en las cenas. ¿Te dormirás?

-Si consigo llegar a mi cama...

Hope volvió la cabeza en dirección al diván doble pegado a la ventana.

-Que duermas bien, Hope Lacey -su ronca voz fue una caricia para su cuerpo.

«¿Sabrá que me muero por él?», se preguntó soñadora Hope mientras él le ajustaba la almohada antes de soltarle los hombros.

Erguido sobre ella, Hope sintió una oleada de pánico. No podía pensar. El diván

era bajo y él se estaba arrodillando a su lado apoyando las manos a ambos lados de su cabeza. Se mordió el labio para contener un gemido cuando él le apartó el pelo de la cara. Debería rechazar su caricia, pero no podía. Todo su cuerpo estaba invadido de un cálido anhelo. Por mucho que aquello fuera una equivocación, algo dentro de ella respondía siempre a él con impotencia y aquello la asustaba más que nada en toda su vida.

La imagen de su cara depredadora, angulosa y dura se grabó a fuego en su mente antes de que Alex bajara los labios y la besara con lenta deliberación.

La deslizante y sedosa caricia de su lengua en su boca abierta la hizo gemir.

-¿Me deseas ahora?

Sus roncas palabras eróticas le produjeron escalofríos cuando la besó en el lóbulo de la oreja.

¿Desear? ¡Aquello no empezaba siquiera a describir el ansia de sus sentidos hambrientos.

-¿.Por qué me estás haciendo esto? -preguntó con un torturado suspiro-. ¿Es que me odias tanto? Tu novia, amante o lo que sea, está a unos pasos de aquí. ¿Qué tipo de hombre eres, Alex?

Hope notó el convulsivo temblor en aquel corpulento cuerpo y vio cómo se incorporaba de forma brusca y la miraba a los ojos.

-Si el pecado tuviera una cara... -susurró con aspereza antes de sacudir la cabeza para borrar la imagen de su cara sofocada-. Buenas noches.

Hope debió conseguir dormir una hora como máximo. ¿ Estarían haciendo el amor? ¿O estaría ella durmiendo en sus brazos? Las tórridas imágenes seguían asaltándola y aunque no quería oírlos hacer el amor, sus oídos estaban alerta.

No tenía maquillaje en la bolsa para cubrir los estragos de la noche. El brillo de su piel no era tan luminoso como de costumbre, pero solo alguien muy crítico podría notar que había pasado las veinticuatro horas peores de su vida. Se puso una falda corta y un jersey de cachemir azul eléctrico y bajó a la cocina.

-Iba a llevarte el té -exclamó Rebecca cuando Hope entró cojeando en la cocina-. ¿Cómo has conseguido bajar con la escayola?

-Me deslicé sobre el trasero -confesó Hope. Sabía que Alex la estaba mirando y se negó a dejarlo entrever que supiera cuánto la afectaba estar bajo el mismo techo que él-. He nadado mucho -bromeó.

-¿Quieres sumar el cuello roto a tu pierna rota?

-¿Preocupado por las indemnizaciones de tu seguro de nuevo, Alex? Ya lo estoy demandando, ¿te lo ha contado?

-Pensé que estaba todo arreglado.

-Quizá quiera tener mi día en los tribunales.

No era verdad. Ella no quería demandarlo para nada, pero cuando Alex había señalado que el dinero se perdería y era competencia de los seguros, no le había

dejado mucha elección. Jonathan pondría el grito en el cielo cuando le dijera que lo entregara a asociaciones de caridad.

-Pensaba que ya habías tenido suficiente publicidad en un año.

Hope sonrió con malicia.

-No estoy segura de que mi agente haga distinciones como esa. Sueña con que esté todo el día en la prensa.

-¿Estás bromeando, ¿verdad?

Rebecca la miró con ansiedad.

-Esa es una cuestión interesante, Rebecca Hope alterna entre tirarme mi dinero a mi cara e intentar sacarme todo lo que tengo.

-Hoy me siento vengativa.

Rebecca pareció bastante aliviada cuando sonó el timbre de la puerta.

-Ese debe ser mi taxi. Adiós, Hope. Sinceramente espero que te mejores. Y gracias, Alex. Lo digo en serio.

Se puso entonces un abrigo forrado de piel sobre su traje negro. Aquella mañana, la mujer parecía haber recuperado la sofisticación. Ya no quedaba nada de la criatura romántica que había deseado darle el biberón al corderito la noche anterior.

-Te llevaré hasta la estación.

-No seas tonto, cariño.

-¿No había algo que querías contarle a Rebecca, Hope?

Hope parpadeó y le dirigió a Alex una mirada de asombro. No había esperado que quisiera que lo descubriera. Era irónico. Aunque su velada amenaza solo había pretendido intimidarlo, Alex era la única persona que parecía relajada en la habitación.

-Gracias, Rebecca, por tu amabilidad -su cerebro pareció empezar a funcionar de repente-. ¿Podría compartir tu taxi? Mi hermana vive al otro lado del pueblo.

-Rebecca tiene prisa. Perderá el tren -contestó Alex por ella mientras la acompañaba fuera. Al salir, Alex asomó la cabeza por el quicio de la puerta-. Admiro tu contención. Y solo te hubieras avergonzado a ti misma si se lo hubieras contado.

Cuando volvió, ella estaba sentada a la mesa tomando un café con un desenfado casual que estaba muy lejos de sentir.

-Ha sido una buena exhibición -observó él-. ¿Te pone la frustración siempre tan nerviosa, o eres naturalmente así? -Alex metió unas rebanadas de pan en la tostadora-. Deberías comer.

-Raramente hago lo que debería.

-De eso ya me he dado cuenta.

-¿Dónde trabaja Rebecca?

-En Londres. Es banquera.

Debería habérsele ocurrido antes. Era la banquera que le había contado Anna. Y si Alex acostumbrara a acostarse con otras mujeres, eso explicaba la tensión que había notado su hermana. Aunque Hope no había notado ninguna alteración en aquella mujer.

-¿Y es conveniente o inconveniente la distancia?

-Si estás intentando que haga una exhibición de culpabilidad o remordimiento, pierdes el tiempo. Tú no conocías la existencia de Rebecca la noche que pasamos juntos...

-¡Desde luego que no!

-Pero anoche sí -Hope se sonrojó bajo la intensidad de su mirada-. Y, sin embargo, me hubieras dejado hacerte el amor con ella bajo el mismo techo.

-¡Ni en tus sueños! -mintió ella con frenesí.

Alex capturó la tostada cuando salió despedida.

-Quizá deberíamos compararlos alguna vez. Los sueños, me refiero -aclaró al ver la mirada de confusión de ella-. ¿Mermelada o miel?

-No tengo hambre.

-Miel, creo -respondió él como si no la hubiera oído-. Como diría mi madre, pareces floja.

-No lo parezco. Tengo buen aspecto.

-Eso desde luego. Realmente no te cuesta ningún esfuerzo, ¿verdad? Las mujeres te odiarían si sospecharan el poco trabajo que te tomas en tu aspecto físico -la cálida expresión de sus ojos al doblarse para dejarle el plato delante le produjo un vuelco en el estómago-. Come, de todas formas.

Hope dio un mordisco a la tostada.

-Pensé que tu madre estaba muerta, Alex.

-¿Muerta? ¡No, de ninguna manera! Cuando el viejo la abandonó se fue a vivir a su casa de Yorkshire.

Apretó los labios ante el recuerdo y su mirada fue de resentimiento.

-Pero tú te quedaste a vivir con él.

-Era el que tenía el dinero. Mi madre pensó que sería mejor para mí.

-¿Y lo fue?

La conmovió pensar que lo habían separado de su madre a tan tierna edad. Había pasado mucho tiempo desde que ella había dado por sentada su feliz infancia. Ya sabía lo mágicos que habían sido aquellos años.

-La especulación es un ejercicio inútil. Prefiero reservar mi energía para las cosas que puedo cambiar

-¿Y la ves a menudo?

-No tanto como quisiera. Le he pedido que se venga a vivir aquí, pero es una dama muy obstinada.

-Debe haberle odiado mucho -murmuró Hope.

-Pues lo cierto es que nunca dejó de amarlo.

-¿Y tienes contacto con tu madrastra?

-¿Con Eva? -pareció divertido ante la pregunta-. Desde que vendí sus acciones en la compañía, ninguno.

-¿Pero no era muy... ?

-¿Malvada? ¿Cruel? -Alex se rio con aspereza-. Odio tener que borrar esa mirada de simpatía de tus ojos, Hope, pero Eva apenas se daba cuenta siquiera de mi

presencia. Al menos cuando era niño.

-¿Y es más amistosa ahora?

-Yo no quise un lazo de unión con ella, Hope. Pero apenas me convertí en adulto, empezó a interesarme más.

Hope abrió mucho los ojos con incredulidad.

-¿No querrás decir...?

-Quiero decir que Eva es una mujer que necesita constantemente que le aseguren que es atractiva. Y eso la hace intentar seducir a todos los varones de todas las especies que tiene alrededor.

-¿Y te...?

Avergonzada, Hope desvió la mirada.

-Me escapé por los pelos -para sorpresa de Hope parecía tomarlo con sentido del humor en vez de como un trauma psicológico-. Era una mujer muy atractiva y yo era solo un adolescente con las hormonas desatadas.- Mi madre me sacó la verdad y amenazó con informar a mi padre. Ya no tuve más problemas con Eva.

-¿Y lo descubrió tu padre alguna vez?

Alex lanzó una carcajada.

-Mi padre estaba demasiado ocupado intentando agradarla y conseguir influencias entre la gente que importaba -observó con ironía-. De alguna manera, su preocupación por Eva me liberó bastante. Mi padre no era un hombre fácil de agradar. Después de trabajar para él durante algunos años, me fui a la universidad a estudiar diseño y de allí a Italia. Diseñar coches ha sido siempre mi primera pasión. ¡Dios bendito, mujer! -explotó de repente-.¿Cómo sobrevives en ese mundo de tiburones con el corazón tan tierno?

Ver la dulce simpatía en sus ojos lo enfureció. Cada vez que catalogaba a aquella mujer, se equivocaba. ¡Lo estaba volviendo loco!

-No sé qué...

-¿Es que te compadeces de todas las historias tristes

que oyes?

-¿Estás sugiriendo que me vuelva tan dura e impersonal como tú?

-Yo desde luego no acepto lo primero que me dice la gente.

-Tú empiezas suponiendo que todo el mundo te engaña -aquella actitud la horrorizaba-. La cautela está bien, pero la desconfianza patológica es ridicula. Yo no soy una idiota, Alex, y sé que la mayoría de la gente no es una santa.

-Pero piensas que hay algunos que lo son, ¿verdad?

-Puedes reírte si quieres, pero prefiero concederle a la gente el beneficio de la duda.

-¡Dios mío! Si casi eres una romántica.

-¡No lo soy!

-Lo somos.

Los dos rieron al unísono y a Hope le encantó la expresión juvenil de él al relajarse. Estaba tan amistoso que sería fácil olvidar...

-¿Y cómo sabes que no te he contado la triste historia de mi infancia para llevarte a la cama?

La risa se borró al instante de los labios de Hope. -Me sorprendería que te tomaras tantas molestias. Yo pensaba que tu arrogancia era tan suprema que creerías que con solo mover el dedo meñique conseguirías lo que quisieras. Además, ¿qué hay de la pértiga?

Alex la miró sorprendido.

-La pértiga con la que ni siquiera me tocarías.

-¡ Ah! Me había olvidado.

-Me alegro de oírlo. Llamaré a Adam para que me recoja -dijo apartando la tostada a medio comer.

-No hace falta. Yo voy al pueblo de todas formas. Tendré que parar a comprar suministros; la última vez que tuvimos una tormenta grande, el río se desbordó y me quedé incomunicado tres días. Pero primero tendré que alimentar a los pájaros -se dio la vuelta y sacó un plato de carne del frigorífico-. ¿A menos que quieras donar a Daphne para que les sirva de desayuno?

El recuerdo del cruel pico y las garras hizo estremecer a Hope.

-¿Tienes más de un pájaro?

-Además del halcón, tengo una lechuza y un buho. Un amigo mío tiene un criadero de halcones y ha organizado un santuario para todos los depredadores enfermos y heridos que encuentra. Te sorprendería saber cuántos hay. Me convenció de que fuera un día a cazar con él hace tiempo y ahora tengo tres huérfanos. Como tú con Daphne.

-Para nada. Es cruel.

-¿El qué? ¿Tener criaturas salvajes o cazar con ellas? La cetrería es un arte muy antiguo. Los pájaros estarían muertos si Jim no los hubiera recogido. No hay relación amo esclavo con los pájaros depredadores, eso es lo que me gusta de ellos. Podrían sobrevivir en parajes naturales, pero deciden quedarse porque les va bien. ¿Por qué no vienes a verlo por ti misma?

Alex pareció sorprendido él mismo de haberla invitado.

-De acuerdo.

La curiosidad superó a la cautela.

Las largas estructuras de madera estaban en el patio protegido de los edificios de piedra traseros.

-Cuidado con el hielo -advirtió Alex mientras la ayudaba a cruzar por las placas de hielo.

Hope observó cómo alimentaba a los pájaros. Sus garras parecían enormemente largas comparadas con los esbeltos cuerpos al rasgar la comida. Eran crueles, pero preciosos.

-El que conociste es Héctor, este Próspero y este Merlin.

-Es tan pequeño -se maravilló ella.

-¡En, ponte esto!

Hope quedó parada de la sorpresa cuando Alex se quitó el guantelete de cuero y

se lo puso, pero no estaba demasiado alarmada: los dos pájaros estaban en sus albergues.

-Apóyate en mí -Hope obedeció-. Tienes frío. Deberías haberte puesto un abrigo.

Hope se quedó sin respiración.

-No es que me dieras mucho tiempo.

-Ahora, levanta la mano por encima de la cabeza. Un pájaro siempre aterrizará en el punto más alto y no querrás que sea tu pelo.

Hope miró con asombro cómo Alex alzaba la mano.

El tamaño la pilló por sorpresa. Nunca había visto un buho tan de cerca. Las alas se abrieron como un manto de nieve hacia ella mientras contenía el aliento. La criatura no emitió un solo sonido.

-No he oído nada.

-Las plumas son suaves, por eso es mortalmente silencioso. Pesa mucho -la advirtió Alex cuando los talones aterrizaron en el cuero.

-¿De dónde ha salido? -susurró Hope sin poder apartar los ojos de la magnífica criatura.

-Vuela por la noche, pero anida donde quiere. La otra noche en la casa. Le ofreceré un poco de comida. ¿Estás bien?

-¡Es preciosa, Alex! -susurró ella maravillada.

-Ya lo sé.

Pero sus ojos no estaban mirando a la criatura salvaje.

Capítulo 7

HAS acabado? Hope abrió un ojo y miró esperanzada a su cuñado.

-Por completo.

-¡No he sentido nada! -se maravilló Hope mirando con ojos críticos su pierna pálida y la sierra antes de agitar los dedos-. Esa cosa hace un ruido horrible.

-Ya eres una niña grande -bromeó Adam-, y espero que comprendas que normalmente no me dedico a tareas tan mundanas.

-Me siento honrada.

-Eres una paciente terrible. Debe ser genético.

-Anna es mucho peor.

-Ya te lo he dicho. Debe ser genético. ¿Vas a ir directamente a Londres?

-Te mueres de ganas de deshacerte de mí, ¿verdad? -bromeó Hope.

-Encima échame mi hospitalidad a la cara

Hope sonrió.

-Lo cierto es que ya he hecho el equipaje, pero pensaba parar por la granja para ver cómo van las obras. Mañana leo mi papel.

-Al West End, ¿eh? ¿No estás nerviosa?

-Aterrada -confesó ella-. Pero excitada. La idea de trabajar en los escenarios es algo con lo que siempre he soñado. Todavía no puedo creerme que me hayan dado una oportunidad así.

-¿Y no sería más habitual que la suplente se metiera en el papel de la estrella? -preguntó con curiosidad Adam.

-Normalmente sí y lo está haciendo ahora mismo, pero tiene unas náuseas matutinas muy fuertes, de esas que duran veinticuatro horas. Apenas se puede mantener en pie, cuando menos hacer el papel principal. Puede que esté cometiendo un gran error -musitó en voz alta-. No contenta con sustituir a una actriz tan famosa, voy a meterme en una compañía en la que todos se conocen. ¡Yo! ¡Qué no tengo ninguna experiencia en los escenarios! Debo haberme vuelto loca. Al menos me sé el guión; la compañía dramática local hizo una producción el último año que estuve con ellos.

-Lo harás bien -dijo Adam con la seguridad del que no tiene que hacerlo él mismo-. No sabía que habías hecho teatro en el colegio.

-No exactamente. Era la suplente de todos. Era demasiado alta para los chicos cuando tenía trece años, pero me aprendí los papeles de todos con la esperanza de que hubiera una epidemia de gripe -confesó con timidez-. Y también me tropezaba mucho.

«Es de esperar que eso no me pase ya», pensó con una sonrisa. Pero solo había una manera de averiguarlo.

Conducir su propio coche era una bendición. Era maravilloso no depender de nadie. La mañana estaba despejada y fresca, ella era joven y saludable y tenía toda la vida por delante. Solo una cosa empañaba la imagen perfecta. Por mucho que lo intentara, no podía evitar que el recuerdo de Alex nublara un momento perfecto como aquel.

Aparcó en el patio de la granja. Solo había un coche más aparcado. No podía recordar quién tenía que trabajar ese día. Las nuevas moquetas se pondrían el viernes y esperaba que todo se cumpliera según los planes. El calendario había sido muy apretado.

Había sido un trabajo de titanes coordinar a los fontaneros, electricistas, escayolistas y carpinteros para reparar todo antes de que sus padres volvieran del crucero. Se había desesperado al intentarlo, pero justo cuando estaba a punto de patalear, Adam había obrado cierta magia. Sospechaba que la magia habría consistido en una buena suma, pero en ese momento no le había importado.

La puerta principal estaba entornada.

-Hola, ¿hay alguien?

No hubo respuesta, así que se acercó en la dirección del ruido. La escayola del techo del recibidor se había quitado ya y pudo ver un par de botas entre las vigas. Pasó por delante de una estufa eléctrica y se alegró de que los electricistas hubieran terminado.

-Esto es lo que me gusta ver: trabajo duro.

La figura se dobló de entre las vigas con impresionante agilidad.

-Estamos para servir.

Hope sintió un fuerte sonrojo. Miró a su alrededor con expectación, pero estaba sola.

-¿Qué estás haciendo aquí, Alex?

-Había un problema con las vigas.

-Eso no contesta a mi pregunta.

-Estoy siendo un buen vecino. ¿Qué pasa? ¿No crees que esté a la altura del trabajo?

-Estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer.

-Lo cierto es que agradezco la oportunidad de mancharme las manos. No encuentro nada deshonroso en el trabajo manual.

Alzó sus grandes manos y Hope sintió de nuevo aquella sensación prohibida despertar en su estómago.

-No estaba sugiriendo que lo fuera.

Apartó la mirada, pero eso no consiguió que recuperara el equilibrio. La camisa verde que llevaba estaba desabrochada por encima de la cintura y hasta ese momento ella había conseguido ignorar aquella vasta extensión de pecho salpicado de vello. Los músculos delineados de su torso brillaban con un velo de humedad y los oídos empezaron a retumbarle para cuando llegó a la altura de sus ojos.

-A veces me rebelo contra los horarios, planes de ventas y reuniones

interminables -continuó él- Hago novillos y me voy a los talleres. Una de las cosas en las que insistía mi padre era en que aprendiera desde abajo. Aprendí todas las fases de la producción y puede que no sea tan rápido como esos hombres en la actualidad, pero todavía puedo construir un coche entero con mis propias manos si hace falta. No hay nada como ver los resultados de tu trabajo aparecer ante tus ojos.

El orgullo y la capacidad brillaban en su cara.

-¿Y no se sienten incómodos tus hombres cuando trabajas con ellos?

-Yo nunca he llevado un estilo de dirección de distanciamiento. Es contraproducente e ineficaz. Además, ellos no reaccionan ante mi cuerpo sudoroso como tú. Si lo hicieran, podría sentirme inquieto.

Hope lanzó un gemido y sintió una punzada de humillación.

-Los hombres miran, ¿por qué no pueden hacerlo las mujeres? ¡No pensaba que se me notara tanto! De todas formas, tienes un cuerpo bonito. No era nada personal.

Hope se sintió orgullosa de lo fría que había sonado.

-Una dama muy decidida -susurró él con admiración-. Y ya no tienes la escayola para estropear tu estilo.

Alex bajó la mirada hacia sus piernas enfundadas en unas finas medias negras. Sus ojos siguieron la curva de sus pantorrillas y la elegante delgadez de sus muslos que desaparecían bajo el dobladillo de la falda de cuero negro.

-Ya podré llevar vaqueros de nuevo. Ha sido un alivio librarme de la escayola, casi tanto como lo será librarme de ti.

Que la hubiera pillado admirándolo como una adolescente hambrienta era demasiado para su orgullo. Él tenía más masculinidad en su dedo meñique que la mayoría de los hombres en todo el cuerpo.

-¿No estás satisfecha con mi trabajo?

Alex agarró un trapo de la escalera y lentamente empezó a limpiarse las manos. Los músculos de sus antebrazos se tensaron.

-Estoy segura de que es ejemplar, pero no es... apropiado que estés trabajando aquí.

-¿Te importa explicar eso un poco? Soy un poco lento.

Si lo fuera, la vida sería mucho más simple.

-¡Si quieres saberlo, estoy harta de que me cuides! -explotó ella sin pensar.

-¿Miedo a las consecuencias?

El brillo de sus ojos le hizo preguntarse qué tipo de consecuencias tendría en mente y sintió una punzada de excitación en el estómago.

-Yo no tengo miedo de ti ni de nada de lo que puedas hacer. Solo vete.

Hizo un gesto amplio con la mano.

-Le dije a Adam que echaría una mano.

-Esta no es la casa de Adam.

-Tampoco es la tuya -señaló él con irritante lógica-. Ya te he dicho que solo estoy siendo buen vecino. Tus padres son mis vecinos. He pasado página en mi vida.

-¿Y por qué?

Alex suspiró.

-Fuiste tú la que dijiste que era un vecino raro, que nunca me pasaba a tomar el té y esas cosas.

-Ya, y yo me lo creo.

-Quizá lo esté haciendo por amor.

Oírlo bromear con aquello le dolió, pero el orgullo la hizo mantener una expresión imperturbable.

-Por perversidad, diría yo. Más para irritarme a mí.

-¿Crees que me tomaría tantas molestias por ti? Además, si no hubieras aparecido por sorpresa hoy, no te hubieras enterado.

-Hubiera tenido tu factura.

Su respuesta pareció irritarlo considerablemente.

-¿Es que todo lo reduces al dinero?

-¿Qué quieres decir? -preguntó Hope con peligrosa calma. Ella estaba disfrutando de los frutos de su trabajo, pero ni su peor enemigo la llamaría nunca avariciosa-. Tú esperas siempre que te recompensen por lo que haces. ¿Por qué debería ser yo diferente?

-Supongo que es deformación profesional en ti -murmuró Alex mirándola con una superioridad que la hizo apretar los dientes-. Tú te quitas la ropa para deslumhrar a los hombres por dinero...

A Hope le aletearon las fosas nasales de la rabia y alzó la barbilla.

-¡Yo nunca me he quitado la ropa! -gritó. De hecho había rechazado una fortuna por hacerlo varias veces-. Me pagan por ponerme ropa, no por quitármela.

¿Cómo se atrevía a poner su profesión de una manera tan sórdida? Ella era la primera en admitir que había tenido mucha suerte, pero había trabajado muy duro y oírlo denigrarla así la puso furiosa.

-¿No encuentras despreciable posar desnuda con la única intención de inflamar a los hombres?

Alex miró su cara sofocada con los ojos entrecerrados.

-¡Con la única intención de vender ropa y casi siempre a mujeres! -lo contradijo ella con ardor-. Y lo único despreciable de todo lo que he hecho en mi vida ha sido acostarme contigo. Lo demás ha sido duro trabajo -lanzó una áspera carcajada-, y eso incluye a acostarme contigo también.

No había podido evitar el veneno, pero se había pasado y se maldijo a sí misma en silencio.

-Tu recuerdo de la ocasión parece ser más vivido que el mío.

-Eso es mentira -jadeó ella.

Alex esbozó una sonrisa burlona.

-Mentira por mentira -murmuró con voz ronca-. Tu empezaste primero.

-Lo retiro si lo haces tú -admitió Hope con una oleada de excitación en las venas-. No fue un duro trabajo acostarme contigo.

La satisfacción brilló en los ojos masculinos.

-Y yo no he olvidado ni el menor detalle de cómo fue hacerte el amor.

El aire casi crujió con la electricidad.

Hope se aclaró la garganta.

-Bien... bueno. Está bien dejar las cosas claras.

-Sí, desde luego. Quizá deberíamos repetirlo si tienes un hueco en tu agenda.

Una forma agradable de pasar el rato, eso era lo único que había sido para él. Eso ya lo sabía Hope, pero le dolía que le confirmaran sus miedos.

-Buena idea, pero me vuelvo a Londres pronto. Ahora mismo, de hecho. No hay nada que me entretenga aquí.

Dobló las rodillas para mostrarle el estado de su pierna.

-¿Y qué vas a hacer en Londres? -preguntó él con curiosidad.

-Trabajo, amigos, ya sabes. Además, voy a hacer un papel en uno de los teatros del West End.

-Hope Lacey conquista el mundo.

Ella no quería conquistar el mundo. Solo quería conquistar a un hombre. Quería que un hombre le rogara que se quedara. Quería oírlo declarar que no podía vivir sin ella, pero era una fantasía y lo sabía. Ella no significaba nada para Alex. La deseaba, eso seguro, pero no era suficiente.

-Eso es un poco prematuro. Quizá el próximo año.

-Entonces esto es un adiós.

«No llores, idiota», se dijo a sí misma con fiereza. «¡No llores!».

-Adiós.

Parpadeó y cuando estaba dándose la vuelta, una mano la asió por el antebrazo.

-¿No te has olvidado algo?

-¿Qué?

-Mi factura...

-Anna tiene mi dirección -dijo ella empezando a darse la vuelta de nuevo.

No podía soportar una larga despedida. Si no salía de allí en aquel mismo momento, haría una locura como declararle su amor.

-No creo que necesitemos un intermediario.

Alex la atrajo más hacia sí y Hope lanzó un gemido al ver el explícito brillo de sus ojos.

-¿No estarás sugiriendo que me acueste contigo en pago a los servicios prestados? ¡Vaya con la gratitud! Nunca me habían pasado una factura tan cara.

Intentó sonar burlona, pero el temblor de la voz le estropeó el efecto.

Lo miró entonces con furia desesperada por ocultar que encontraba aquella sugerencia increíblemente excitante.

-No estoy sugiriendo que hagas nada por gratitud -murmuró él atrayéndola más a sus brazos-. La necesidad es el incentivo aquí, la necesidad mutua. He intentado ignorarlo y racionalizarlo, pero no puedo pensar con cordura -sus ojos brillaron de deseo-. ¿Crees que te dejaría irte así? ¿A conquistar nuevos territorios? ¿Así sin más?

-Lo cierto, Alex, es que no puedes hacer gran cosa para detenerme.

El deseo y el desprecio que notaba en sus ojos la hizo sentirse enferma. En medio de su confusión, no fue capaz de distinguir que el blanco de su desprecio era él mismo. Hope dejó de forcejear para librarse de sus brazos porque sus esfuerzos solo hacían que él la asiera con más fuerza.

-¿Te hace sentirte segura mantener la distancia de tus amantes?

-No sé de qué estás hablando.

La intensidad de las emociones que emanaban de él le produjo un mareo.

-¿Te has parado alguna vez a pensar que podrías tener suficiente con un solo hombre?

Aquello era lo último que esperaba oír de él.

-¿Tú?

La expresión de Alex se puso más sombría al interpretar mal su incredulidad.

-No me gusta compartir a la mujer que está en mi cama con otros hombres.

Ninguna ternura, solo protección de su territorio. Sus esperanzas volaron.

-Yo no soy propiedad tuya, Alex Matheson. Una noche, eso es todo lo que hemos tenido o tendremos nunca susurró-. ¡De todas formas, ¡vaya valor que tienes! ¿Qué hay de Rebecca?

-Rebecca es una amiga, no tiene nada que ver con nosotros.

-Bueno, Lloyd es mi amigo...

-¿Llamas a un ex amante, amigo, Hope? Entonces debes tener muchos amigos.

-Lloyd no es mi ex amante, es...

-Bueno, por su propio bien, será mejor que lo pases a la otra lista aprisa -la cortó él con salvajismo-. No lo necesitas mientras me tengas a mí.

-La cuestión es si te quiero a ti. Estoy segura de que muchas chicas se sienten rendidas por ese machismo, pero personalmente encuentro patética esa exhibición de virilidad desbocada.

Pudo ver su cara entre una nube de furia, pero no era solo furia lo que empañaba sus sentidos; había un fuerte elemento de anticipación y excitación.

-¿Es eso un hecho?

-Lo es.

-Entonces, ¿por qué estás temblando?

-Tengo... tengo frío -susurró ella con voz ronca.

-¿Y si te vas de mi lado, quién te mantendrá caliente?

-Me compraré una bolsa de agua caliente -sugirió ella con debilidad-. ¡Dios, Alex! Esto es estúpido. Déjame irme. Sé que no vas a forzarme.

-¿Me concedes tanta decencia? Me sorprendes -murmuró él con sarcasmo.

-No estamos hechos el uno para el otro. Si ni siquiera te caigo bien.

Un impaciente vaivén de su cabeza cortó las objeciones.

-Estamos hechos el uno para el otro en la cama. Ni siquiera necesitamos una cama -se corrigió Alex con voz aterciopelada-. No te hagas la dura, Hope. Es un infierno.

-¿Qué opción nos queda, Alex?

Él posó las manos a ambos lados de su cara y atrajo sus labios hacia sí. Como un hombre privado demasiado tiempo del agua, bebió toda su dulzura.

-¡Dios, he pensado en esto cada segundo del día! -jadeó al levantar la cabeza-. ¿Y tú?

-¡Oh, sí! -con un suave grito, Hope enroscó los brazos alrededor de su cuello y le cubrió la boca con besos ansiosos-. Esto es una locura.

Pero una locura maravillosa. Su fuerza contenida, el aroma masculino de su cuerpo, la potencia de su excitación al apretarle las caderas contra él, ¿cómo podría privarse de aquellos salvajes placeres?

Un suave y hambriento bramido reverberó en su garganta mientras empezaba a quitarle la ropa con manos impacientes. Hope se retorció y empezó a ayudarlo.

-Eres tan preciosa que duele -dijo con un beso cargado de desesperación-. ¿Sabes lo que me haces solo con mirarte?

-Deseo... -casi balbuceó al intentar desabrocharle el botón de los pantalones. La fuerza se evaporó de sus piernas en el mismo momento en que su falda cayó al suelo-. ¡No puedo hacerlo! -gimió con frustración mientras caían ambos de rodillas.

Su deseo no era suave ni controlado; era torpe y áspero y rugía por sus venas como un río desbordado.

Hope deslizó las manos bajo su camisa abierta. Su piel mojada era como el satén y no podía juntar los dedos en su espalda. Apretó la cara contra él y empezó a darle besos con los labios abiertos en el torso, mordisqueándole la piel tensa.

Hope no se enteró de cuándo él extendió su abrigo sobre el suelo. Fue un alivio encontrarse tendida de espaldas. Agarró las solapas de su camisa abierta y tiró hacia atrás, antes de que rodaran juntos de medio lado.

Alex apartó el encaje que cubría uno de sus senos. Tenía los ojos entrecerrados al deslizar la mirada por la cálida carne temblorosa.

-¿Es el frío el que hace eso? -preguntó al ver los pezones rosas temblar e inflamarse-. ¿O yo?

-Ya lo sabes.

Los dedos de Hope se enroscaron contra los duros contornos de sus nalgas mientras la boca de él descendía hacia sus senos temblorosos. Hope alzó una pierna sobre su cadera y lo sintió palpitar contra el nido de su pelvis. Lanzó un grito cuando la hebilla la pinchó en el vientre.

-¿Qué es?

Alex tenía la piel de la cara tensa, su boca parecía más jugosa y sus ojos... ¡Oh, Dios! Solo con mirarlo a los ojos se derretía.

-Es solo el cinturón.

El bajó los dedos por su muslo y le movió un poco la pierna.

-Solo un minuto -prometió mientras se desabrochaba la hebilla con una sola mano.

-No, déjame -dijo ella cubriéndole la mano con la suya. Hope se puso de rodillas

para montarlo y, con la lengua entre los dientes, terminó el trabajo que él había empezado. Alex la miraba con los párpados entrecerrados y el pecho le palpitaba como si no pudiera meter suficiente aire en los pulmones. Hope pudo sentir los leves temblores que sacudían su cuerpo y le dirigió miradas cargadas de deseo mientras terminaba de quitarle la hebilla.

Estaba tan absorta que el sonido de su propio nombre no penetró en su conciencia al instante.

-Hope, ¿dónde estás? He traído el almuerzo, pero no he traído suficiente para dos -el segundo escalón siempre había crujido. ¡El segundo escalón! ¡Anna! Hope bajó la vista hacia su cuerpo medio desnudo y dirigió la mirada horrorizada a la cara de Alex.

-¡Oh, Dios!

Agarrando su ropa salió corriendo hacia la habitación más próxima, que resultó ser el cuarto de baño. Con una prisa febril, se puso la ropa.

-Es lo menos que puedo hacer, Alex, considerando que te has portado como un héroe. Hope se hubiera disgustado si no hubiéramos dejado la casa arreglada antes de que mis padres vuelvan. Por alguna razón se siente personalmente culpable, pero el fontanero ha dicho que la tubería del depósito lleva años perdiendo. Ya estaba débil. ¡Ah, ahí estás, Hope! ¿Ya funciona bien la fontanería? Se lo estaba contando a Alex, lo bueno que es tener a un hombre que sepa usar sus manos. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que he dicho?

Un inarticulado gemido escapó de los labios de Hope.

-Déjalo, Anna.

Anna se soltó la bolsa del hombro.

-¡He llegado en mal momento! Lo siento. Pensé que Alex podría tener hambre, pero parece que tienes la situación controlada. Me voy. Los niños están en el coche y tengo que recoger a Sam y a Nathan de la guardería.

-No, la que me iba era yo.

-¿Me disculpas, Anna?

-No os preocupéis por mí -empezó ella.

Pero estaba hablando al vacío.

Hope pudo escuchar sus propios pies retumbar en las escaleras mientras abandonaba toda apariencia de normalidad y corría. Había llegado al coche antes de que él la alcanzara.

-¡Suéltame!

Se dio la vuelta jadeante, pero Alex la asió por los codos.

-Cálmate -le ordenó con firmeza-. ¿Qué crees que estás haciendo?

-Nunca me he sentido más humillada en mi vida.

-¿Humillada porque alguien sepa que estábamos haciendo el amor?

Ella parpadeó ante su exposición fría de la situación.

-¿Crees que lo ha adivinado?

-Bueno, si no lo ha hecho, tu pequeña actuación debe haberle despejado cualquier duda. ¿Es que estás avergonzada?

Su expresión era fría y prohibitiva.

-¿Y quién no lo estaría? Rodando por el suelo como... como...

-¿Animales?

-Como te guste -dijo ella con un toque de desafío.

Su primaria prisa había sido algo fuera de su experiencia, pero la desbordante sexualidad de Alex también estaba más allá de su experiencia.

-Perdona que no sea un amante civilizado, Hope, pero el hecho es que te gusto como soy. Crudo, áspero y sin re-finar.

-¡Tú no eres así!

No pudo evitar que la instintiva protesta escapara de sus labios

Una mano le abarcó la barbilla y la obligó a alzar la mirada.

-¿No soy qué?

Su tono exigía una respuesta. Su expresión dejaba claro que estaba dispuesto a sacarle la verdad como fuera.

-No eres ninguna de esas cosas.

-¿Y qué soy?

Hope pudo sentir la tensión en él mientras esperaba su respuesta y no necesitó más estímulos. De alguna manera, se sentía aliviada de confesar lo que sentía.

-Precioso... Adictivo -la palabra emergió de su garganta con un tono dolorosamente erótico-. Te has quedado muy callado de repente -lo desafió mirándolo a los ojos.

Los ojos de Alex la miraron casi con sospecha.

-Hablas en serio -jadeó como si se le hubiera olvidado respirar.

-¿Parece que me estoy riendo? -¿desnudaba su alma y qué conseguía?: ¡el tercer grado!-. No es que disfrute precisamente sintiendo esto.

-Pues debería disfrutarlo. Quizá deberíamos hacer algo al respecto.

La satisfacción masculina emanaba de forma indiscutible de él. Hope se tambaleó ligeramente cuando sus brazos se movieron para abarcar su cuerpo. Sus fuertes brazos la hacían sentirse vulnerable y femenina. Dios santo, se preguntó: ¿De dónde le habrían salido aquellas fantasías antediluvianas?

Entonces apretó los labios contra la comisura de su firme boca. Sería un crimen dejar pasar una oportunidad como aquella.

-¿Qué tenías en mente?

Besó su boca entreabierta y sintió cómo el torso masculino se inflamaba.

-¿Qué te parecen las orgías?

-En general soy muy abierta de mente. ¿Estamos hablando de situaciones comunales con mucha gente?

-Ocasiones más intimas y con menos gente -su lengua trazó el contorno de sus labios trémulos con firme precisión-. Uno a uno.

La sonrisa de Alex era pecaminosa y sensual mientras sus dedos se enterraban

en su espesa melena densa como seda pesada entre sus dedos.

-De verdad que tengo que irme a Londres, Alex Si le hubiera pedido que se quedara podría haber sido hasta tan poco profesional como para hacerlo, pero su silencio la hizo pasar la prueba.

-Si consigo ese papel voy a estar muy ocupada. -¿Dónde vas a quedarte?

-Con una amiga, así que no hace falta que me mires así.

-Tengo un apartamento, si quieres usarlo. Un apartamento. Pero le sonaba demasiado a ser una mujer mantenida y visitada por el amante cuando a él le placiera.

-No lo creo.

No le gustó la imagen que conjuraba su mente. Ya estaba aceptando mucho menos de lo que quería tal y como estaban las cosas y tenía que poner los límites en alguna parte.

-Como quieras. Puedo ir el fin de semana. ¿Una cita, entonces?

Hope asintió. Una cita tenía la antigua connotación de un anillo en el dedo. Lo que ellos estaban acordando no tenía nada que ver con aquello, era más bien un salvaje hedonismo y satisfacción sensual. Él no quería ni necesitaba su amor, pero por el momento necesitaba y quería su cuerpo. Podía arrepentirse con el tiempo, pero de momento tendría algo que recordar.

Hope se liberó de su salvaje abrazo con el aire de una persona acostumbrada a tales experiencias explosivas.

-Te llamaré.

-Sería aconsejable.

No había nada de sutil en sus sedosas palabras de advertencia.

-¡Llegas tarde!

Hope se quedó parada con la llave en la mano de la puerta del apartamento de su amiga.

-¡Dímelo a mí!

Estaba exhausta y cercana a la conclusión de que había tomado la peor decisión de su vida aceptando aquel papel.

-¿Sabes? Solo me aceptaron a mí para que mi nombre vendiera más entradas. Soy un valor de novedad -comentó con amargura-. La mitad de la gente que venga solo esperará que me ponga en ridículo.

Su amiga no hizo caso de su autocompasión.

-Sí, sí. Eso no importa -contestó con impaciencia.

Miranda era su mejor amiga en el mundo de las pasarelas. Tenía una piel delicada y un pelo rojo como una nube. Sus expresiones siempre reflejaban sus emociones y en ese momento estaba sonrosada de excitación.

-¿Qué ha pasado?

-Lleva esperándote tres horas.

Solo en ocasiones como aquella, su inglés sin acento traicionaba sus orígenes noruegos.

-Pelo moreno, grande... muy, muy grande -se chupó los labios reflexiva-. El tipo de cuerpo que está mucho mejor sin ropa encima -lanzó un gemido de deleite cuando el sonrojo de Hope confirmó su teoría-. Sabía que tenía razón. La ropa no puede ocultar un cuerpo como ese. ¿Sabes? Estoy harta de los hombres con cuerpos delgados como chicos guapos. Dime, ¿crees que posaría para mi clase de natural? -preguntó con toda seriedad-. Podría inspirar mis instintos artísticos.

-¡Si se lo pides te mato!

El arte era la última afición de Miranda

-Bueno, si te pones así, no lo haré -respondió con evidente pesar. Había cerrado los ojos con actitud soñadora-. Solo imaginármelo...

-¡Ni se te ocurra! -dijo Hope con aspereza.

La mano de su amiga en el brazo detuvo su impetuosa entrada en el salón.

-Está enfadado.

-¿Qué?

-Aparte de ser encantador -se cruzó de brazos y lanzó un suspiro-. Es refrescante encontrar un hombre inteligente.

-¿De qué habéis estado hablando? -preguntó con dureza Hope.

No parecía ser la inteligencia de Alex lo que tenía embobada a su amiga.

-Está enfadado, Hope. Contigo, creo.

-Bueno, no tengo yo la culpa. Podría pasar una semana retirada en Mongolia y seguiría haciendo algo que enfadara a ese hombre.

Los ojos verdes de Miranda se pusieron como platos.

-¡Nunca pensé que vería el día!

-No hables con rodeos -respondió Hope enfadada.

-Me iré a la cama.

-No lo hagas por mí -gritó Hope a sus espaldas.

-Alex.

Estaba de pie de espaldas a ella. Tenía una espalda magnífica. Era sorprendente cómo una visión por detrás podía dar una impresión tan clara de un estado de ánimo. Incluso sin la advertencia de Miranda, ya hubiera notado que estaba enfadado.

-¿Qué hora le llamas tú a esto? -dijo en cuanto se volvió.

Hope tardó en examinar su delicado reloj de pulsera

-La una y media.

-¿Y qué has estado haciendo? ¿O es una pregunta tonta?

-La pomposidad no te pega, Alex, pero estoy segura de que lo sabes. Lo cierto es que, aunque no es asunto tuyo, me he estado dejando la piel trabajando.

-¡A la una y media!

Alex observó cómo se quitaba la cazadora de cuero corta. El pequeño polo de

cuello alto se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. En otro tiempo había estado convencido de que era inconsciente de lo provocativa que quedaba aquella ropa en un cuerpo como el de ella. Pero eso había sido antes de conocer los hechos palpables.

-Lo cierto es que nos detuvimos a media noche para tomar unos refrescos.

-Apuesto a que sí. ¿Y quién somos nosotros?

-Jonah, Jonah Cromwelll, el director y yo.

-¡Qué intimo!

-No sabía que tenía toque de queda.

-¿Compartiste la broma con él?

Hope suspiró.

-Alex, estoy cansada, harta y al borde de la histeria, así que si este sin sentido va a llegar a alguna parte, vete directo al grano.

-¡Esto! -exclamó él agitando un periódico enrollado-. ¡Esto es el grano!

-¡Ah! ¿Eso es todo?

Hope se desplomó en un sillón rojo de estilo que no había sido diseñado para las espaldas. La historia entera de Lloyd y Shirley había salido en el suplemento dominical con todo lujo de detalles.

-¡Pensaba que estarías satisfecho!

-¿Satisfecho? ¿Satisfecho de haberme puesto en ridículo?

Hope parpadeó. Aquella no era la respuesta que había estado esperando.

-Fuiste un poco tonto, ¿verdad? La perversa tentación de hacerle cosquillas al tigre fue irresistible.

-Sabías que me estaba volviendo medio loco imaginándote con ese hombre -curvó los labios en una salvaje mueca como si mordiera al mundo-. Sabías que yo creía que bailabas a su antojo. ¿Es que te gustó verme a punto de quitarle la vida a ese bastardo? ¿Te gusta que los hombres se pongan en ridículo delante de ti?

Hope asimiló en ese momento toda la extensión de su furia irracional.

-Intenté contártelo... -empezó a decir. Pero Alex no parecía dispuesto a escuchar excusas. -Fuiste la irrisión de toda la gente por ese hombre. Toda la gente no cree en los periódicos como si fueran la Biblia. Estaba ayudando a un amigo. -A algún amigo. Un favor casual. -Vamos, Alex, no puedes tenerlo todo. Hace un segundo estabas enfadado porque Lloyd no era mi amante y ahora porque estemos unidos por un lazo de amistad eterna. Si voy a ser ajusticiada, me gustaría saber por qué. -¿Quieres la verdad? ¡Bien! -apretó los labios en una mueca de disgusto e hizo un supremo esfuerzo por normalizar su respiración-. Creo que disfrutaste viéndome pasar el infierno de imaginarte en sus brazos... de pensar en sus manos sobre tu cuerpo.

Alex cerró los ojos como si estuviera reviviendo una pesadilla horrible. No podía olvidar las horas que había agonizado por su interés obsesivo en una mujer demasiado joven e inadecuada para él. -No quisiste escucharme, Alex. Él continuó como si no la hubiera oído: -Era más divertido verme humillado, ¿verdad? No me dijiste la verdad porque disfrutaste pensando en este momento.

-Eso no es verdad -gimió ella.

¿Es que pensaba que era capaz de juegos tan sórdidos?

-Y pensaste que me arrastraría a tus pies en cuanto la verdad saliera a la luz -su sonrojo de culpabilidad hizo que los ojos de Alex se entrecerraran con un brillo peligroso-. ¿Sabes lo que creo? Creo que le debes a alguien muy buenos momentos para tirar tu reputación por los suelos por él. Y creo que hay más entre tú y Elliot de lo que dices. ¿Qué te prometió?

-¿Es que nunca has ayudado a un amigo, Alex?

Su calmada pregunta pareció conmoverlo.

-¿Estás sugiriendo que no tenías otro motivo? Podrías ser sincera si lo intentaras, Hope. ¿Hay algo de lo que me hayas contado que sea verdad?

Hope se levantó. Ser el blanco de tanto desprecio era una experiencia horrible. Estaba temblando de la furia. Después podría llorar, pero en ese momento necesitaba descargar.

-Quería explicártelo, Alex, pero no conseguí traspasar ese muro de cinismo que has levantado ante ti. Esto no trata de mí, ¿verdad? Trata de que eres humano y puedes equivocarte. No soportas no tener el control de todas las cosas.

-Si alguien tiene problemas con el control, no soy yo.

Hope perdió por completo el poco control que le quedaba en ese momento.

-¿Sabes lo que pienso, Alex? Creo que estás decepcionado de que no sea la chica que habías creído. Creo que las chicas perversas te excitan y la idea de poder obligarme a dejar a Lloyd te hacía sentirte importante.

-¿No creerás de verdad que necesito ese tipo de estimulación perversa, verdad?

Alex sacudió la cabeza con incredulidad.

-¡Oh, querido! ¿He insultado tu virilidad? ¡Cómo lo siento! -su mirada se hizo fría como el hielo-. No puedes aparecer aquí y soltarme los insultos más sórdidos que se te ocurran y si yo saco la conclusión más lógica, te sientes ofendido. Yo diría que eso define muy bien lo que pasa con nuestra relación.

-Entonces puede que ahora sea el momento de acabar lo que evidentemente te disgusta tanto.

Con las fosas nasales aleteantes y los ojos como el hielo, Alex consiguió dar la impresión de mirarla de arriba abajo aunque sus ojos estaban a la misma altura.

-Me parece bien.

Hope se dio la vuelta y sonrió con amargura.

-¡Estupendo!

Miranda la descubrió media hora más tarde, de pie, como una estatua frente a la ventana. Sus suaves palabras de simpatía parecieron desbordar las compuertas.

En medio de la tormenta, Hope escuchó a su amiga decir para animarla:

-Tengo una máscara en el frigorífico que hace maravillas en los ojos inflamados.

Se preguntó si tendría algo para un corazón roto. No, roto no, magullado, porque

roto significaba un daño irreparable y esa posibilidad no podía aceptarla.

Capítulo 8

ME HE tomado la libertad de instalarlos en uno de los reservados, señor. La fiesta es demasiado ruidosa. Un compromiso, creo. -Whisky sin hielo, por favor -dijo Jonathan al tomar asiento-. ¿Agua mineral, Hope?

-No, tomaré lo mismo que tú. Póngamelo doble. Jonathan pareció sorprendido, pero asintió al camarero.

-Nunca te había visto beber otra cosa que vino, Hope, cariño. ¿Te sientes bien? Pareces un poco pálida. ¿No habrás pillado algo?

-No te preocupes, Jon. Estás a salvo. -Estaba preocupado por ti, amor. Hope le dirigió una mirada irónica que no consiguió traspasar su armadura.

-¿Te importa si cambiamos el asiento? Me siento muy expuesta aquí.

No era demasiada buena excusa porgue entre el verde y las pantallas estratégicamente colocadas, apenas eran visibles desde el comedor principal. Jonathan se levantó con cortesía. -Nunca adivinarías quién está ahí -comentó Jon al sentarse de nuevo.

-No, ¿quién? -preguntó ella con forzada sonrisa. -Aquel tipo grande con el que discutí lo de la indemnización. El que te caíste en su foso. ¿Sabes, amor? Nunca he conseguido imaginar qué hacías allí -se rio al recordarlo y agarró la carta-. No era tan listo como yo pensaba. Nunca le hubiéramos sacado un penique si hubiéramos ido a los tribunales.

-¿No tenemos suerte de que yo tenga un agente tan listo?

-¿No quieres ir a saludarlo?

Hope lo miró horrorizada.

-¿Estás loco?

Jon se encogió de hombros.

-Pues yo me siento muy bien con todo el asunto. Y estaríamos muy despejados si no hubiera insistido en donarlo todo a una asociación de caridad.

Hope dio un largo sorbo al whisky.

-Déjalo, Jon.

Su agente se contentó con un murmullo de pesar y bajó la vista hacia el caro menú

-¿Esto va a tu cuenta?

-Eso parece -dijo Hope con sequedad.

-En ese caso...

-¿No vas a comerte eso?

Jonathan miró el salmón sin tocar de su plato flotando en una interesante salsa.

-Tómalo si te apetece -dijo ella reclinándose contra el respaldo.

Jon ya había acabado su plato mientras ella se preguntaba dónde metería tantas calorías. Era un hombre de unos treinta y tantos años y todo fibra. Cuando no estaba comiendo, estaba hablando, y a veces hacía las dos cosas a la vez, lo que no lo convertía en su compañía preferida para cenar. Hope lo encontraba casi siempre agotador, solo que esa noche agradecía su incesante charla.

-¡No puedes permitirte dormirte en los laureles, Hope! -observó con la boca llena-. La gente se olvida con facilidad. Querrás avanzar mientras tu éxito todavía está fresco en sus mentes.

-No quiero.

Era extraño lo vacío que era el éxito. Ella siempre había creído que era un fin en sí mismo. Pero quería a alguien con quien compartir aquel placer, no solo a su familia, sino alguien especial, alguien suyo propio. ¿Era mucho pedir? El acuciante vacío de su vida estaba cariado de dolor.

En los buenos viejos tiempos, ella hubiera estado convaleciente tres meses por una simple apendicitis solo, no tres escasas semanas.

La atención de Hope se desvió hacia el sonido de una carcajada al otro lado de la sala. La hizo parpadear. Su primer instinto cuando había visto a Alex había sido darse la vuelta y salir corriendo.

Él estaba en medio de una fiesta de unas doce personas o así. La vista de su fuerte perfil y su cabeza morena había sido como una banda de acero contra el pecho. Le había dado la momentánea sensación de sofoco y haber llegado hasta la mesa le había costado más que recorrer un maratón. Y que el dolor que estaba sintiendo fuera un fantasma no lo hacía menos real.

Rebecca estaba sentada a su derecha, vibrante y resplandeciente, y Alex le había tomado la mano y se la había besado cuando todos alzaron las copas. Las palabras del camarero solo confirmaron sus sospechas.

Bueno, no había tardado mucho en olvidarla, reflexionó mirando sombría el fondo de su copa.

El único comentario de Jon cuando había pedido la segunda botella solo había sido: -Bueno, tú pagas.

Pero Hope había notado su sorpresa. -No eres una bebedora feliz, ¿verdad? -interrumpió su ensimismamiento su compañero.

-No estoy borracha -lo cual era una pena, pensó-. Pero la noche es todavía joven.

Jon frunció el ceño. Hope nunca había sido una mujer con la que hubiera tenido

que andar sobre ascuas. Solo esperaba que esa noche no descargara con él. La forma que tenía de mirar era un poco salvaje y preocupante.

-¿Champán? No hemos pedido champán -dijo Hope cuando el camarero colocó la cubitera helada. -Es de parte de la fiesta de ahí al lado.

El camarero inclinó la cabeza hacia el centro de la habitación.

-Bueno, es muy decente por su parte -comentó Jon mientras levantaba la copa hacia el grupo.

-¡Devuélvelo!

Jonathan se quedó con la boca abierta.

-¿Estás loca, Hope? Es excelente.

Giró la botella en su nicho helado.

-No aceptaría ni un mendrugo de ese hombre aunque me estuviera muriendo de hambre.

El salvajismo de su voz lo hizo mirarla con intensidad.

-Bueno, puedo entender que no sea tu persona favorita. Debió ser terriblemente doloroso, pero no creo que te empujara él mismo. No te lo tomes de forma personal, ¿de acuerdo?

-¡Que se lo lleven!

-¡Dios, Lacey! No hace falta que montes una escena.

-Si quiero montar una escena, la montaré.

Alex no estaba contento solo con arruinar su vida, sino que tenía que restregarle su felicidad en la nariz. Era un maldito bastardo y lo odiaba.

El objeto de su odio se materializó de repente a su lado.

-¿Hay algún problema con el champán?

Hope lo olió antes de verlo siquiera. Aquel sutil aroma masculino bajo su colonia era tan único como una huella. Era horrible descubrir lo sintonizados que estaban sus sentidos con él. ¿Y por qué había esperado que fuera diferente? Solo habían pasado dos semanas. Todas sus fuertes facciones seguían como las recordaba. La memoria no había exagerado su pura sexualidad sin adulterar.

-¡Alex, vaya sorpresa! Me temo que no me gusta el champán.

No sonó asustada, sino contenta de rechazar su generosidad. Era extraño mirar a sus manos y pensar en lo bien que conocían su cuerpo. El dolor de la pérdida atravesó la barrera de la furia dejándola devastada.

-A mi sí -contestó a la ligera Jonathan.

Alex le dirigió una leve mirada de desdén antes de devolver la atención a Hope.

-Rebecca te vio llegar.

-¿Y tú no?

Alex apretó la mandíbula.

-Estoy seguro de que todo el mundo ha visto tu entrada.

No había afectación en la forma de caminar de Hope. Caminaba con pasos largos y confiados que estiraban la tela de su traje largo hasta el límite. Alex deslizó los ojos entrecerrados por los tirantes de su vestido azul. El prendedor de diamantes de su

pelo hacía juego con los pendientes. Estaba clásica y sexy al mismo tiempo.

Una repentina carcajada atrajo la atención de Alex hacia su compañero.

-Ella no nota cómo llama la atención -murmuró con autoridad Jonathan-. Es difícil de creer, ya lo sé. Pero es verdad -añadió al ver el escepticismo en la cara del otro hombre.

-¿Te importa?

Hope miró furiosa a Jonathan.

-Rebecca quiere que todo el mundo comparta su felicidad.

-¿Ha sido idea de ella?

Alex enarcó una ceja y esbozó una sonrisa irónica.

-¿Pensabas que era mía?

-Ni siquiera sabía que estabas aquí -le dio una patada a Jon bajo la mesa justo a tiempo de evitar que metiera la pata

-Dale las gracias a Rebecca por el champán entonces y deséale lo mejor para el futuro.

Que nadie pudiera decir que no tenía modales.

-Espero que los dos seáis muy felices -Jon se frotó la mano y alcanzó la botella antes de que se cambiara de idea-. Únete a nosotros y brindaremos por tu futuro. ¿Qué? ¿Qué he hecho ahora? -preguntó cuando Hope lo apuñaló con la mirada.

Alex se había dado la vuelta para apartarse.

-¿Brindarías por mi futuro?

Una curiosa expresión surcó sus ojos.

-Por cualquiera que me invite a una copa.

-Basado en mi pasada experiencia, tu honestidad es sorprendente.

-Eso eran negocios, no nos guardemos rencor -contestó Jon agarrándolo de la manga para arrepentirse al instante.

-¿Brindarás tu también por mi futuro, Hope?

Hope tragó el nudo que tenía en la garganta, pero al ver sus ojos clavados en su cara, alzó la barbilla.

-Espero que consigas todo lo que te mereces en la vida

Traducido: que se pudriera en el infierno. Por la expresión de Alex, estaba claro que había entendido su pleno significado.

-Estoy conmovido -dijo Alex acercando una silla con rapidez-. Tomaré esa copa contigo.

Sus rodillas rozaron las de ella bajo la mesa y Hope se retiró como si la hubieran mordido y empezó a alisarse las invisibles arrugas de su vestido. Cuando alzó los ojos, los de Alex estaban clavados en su escote.

-¡No queremos mantenerte fuera de tu propia fiesta!

Se odiaba a sí misma por responder al deseo que notaba en su mirada.

-Rebecca puede permitirse ser generosa esta noche.

¿Es que no sabía que cada una de sus palabras era un dardo envenenado para ella?

-Yo estaría preocupada si mi futuro marido estuviera babeando ante los senos de otra mujer como estás haciendo tú.

¡Dios! ¡Había sonado como una bruja, pero no lo pudo evitar!

-¡Oh, Dios! -gimió en bajo Jonathan antes de atragantarse.

Hope estaba rígida de la rabia.

-Tú piensas que una mujer que no esconda su cuerpo en un saco lo está pidiendo, ¿no?

-La naturaleza de los hombres es mirar y tu cuerpo sería una invitación aun en un saco.

-En eso estoy de acuerdo -aclamó Jonathan.

-¡No te atrevas a ponerte de su lado! Me está acusando de vampiresa.

-Y tú me has acusado antes de lascivo.

-Creo que me voy al aseo.

Jonathan dirigió una mirada de envidia a la botella medio llena.

Alex contempló al joven alejarse con expresión de desdén.

-¿Por qué lo aguantas? Es un aprovechado.

-Es muy buen agente y al menos no hay posibilidad de que se enamore de mí -murmuró con languidez.

La mirada de Alex se intensificó.

-Pero quizá deberíamos brindar por tu éxito.

-¿Lo has oído entonces?

-Lo he visto.

Sus palabras la sorprendieron. La idea de Alex allí fuera en la oscuridad mirándola le produjo un estremecimiento por la espina dorsal.

-Me alegro de no haberlo sabido -confesó sin pensar. -¿Por qué?

Alex le llenó la copa pero dejó la suya vacía.

-La audiencia debe ser anónima -¿cómo podría haberse ella metido en el papel si hubiera sabido que estaba allí? Se hubiera quedado paralizada- Bueno, por el matrimonio.

Apuró su copa de un trago y mientras Alex se apartó para que no tropezara con su cabeza, pensó que a pesar de la coherencia de su discurso, la dama estaba totalmente borracha.

-Sí, por el matrimonio. ¿Estamos hablando en general o...?

-Por el tuyo. El tuyo y de Rebecca. ¿Nunca te has casado antes?

-No, que yo recuerde.

-Es una mujer encantadora.

-Eso creo.

-Entonces espero que seáis muy felices -se sentía como una virgen llevada al altar del sacrificio-. ¿Cuándo es la boda?

-La próxima semana.

Bueno, aquello pondría fin a sus ensoñaciones románticas. Nada como la verdad brutal para hacerle a una chica olvidar la futilidad de sus fantasías.

-Supongo que no tiene sentido esperar cuando ya os conocéis tan bien.

-Eso es lo que Rebecca dice.

-El matrimonio es bastante serio.

-Lo es. Hasta hace poco pensé que nunca me casaría.

-¿Por qué no?

Sus profundos ojos azules se clavaron con fascinación en su cara.

-Como mi padre, soy bastante egoísta. Los hombres egoístas son unos maridos horribles. Odiaría hacerle pasar a una mujer lo que le hizo pasar mi padre a mi madre.

-¿Pero has cambiado de idea?

-Alguien la ha cambiado por mí.

Rebecca. Hope deseaba tirarse al suelo y llorar, pero en vez de hacerlo tomó otra copa.

-¿No crees que no deberías beber más? -preguntó cuando la vio llenar la copa con la mano un poco temblorosa.

-¡Oh, mentí cuando te dije que no me gustaba! Sin embargo, no me gustó el whisky.

Apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos abiertas.

-Sabe realmente asqueroso.

-¿Entonces por qué lo tomaste?

-Quería experimentar. Sé que a la gente le gusta estar un poco mareada.

-Mareada debió de ser hace media botella, Hope. En mi experiencia es normalmente más seguro experimentar en privado, con poca audiencia. La gente reacciona de

forma diferente ante el alcohol y estás entrando en un estado de embriaguez. Tu escolta se ha retirado.

-Una persona embriagada es patética -protestó ella en voz bastante alta-. Yo nunca soy patética; es humillante. ¿Hace calor aquí?

-Hace cada vez más calor -dijo Alex con suavidad cuando ella tiró nerviosa del escote de su vestido-. ¿Cómo se mantiene esa cosa?

Alex tuvo que parpadear con fuerza para apartar la imagen de lo que la tela sedosa revelaría. Los músculos de su garganta se contrajeron al tragar saliva.

Hope lo miró con aire misterioso.

-Secreto de marca. ¿Es Rebecca la que viene para aquí? -asomó el cuello por detrás de su espalda-. ¡Oh, Dios! -gimió-. Tengo que ser agradable con ella.

Alex apretó los labios.

-No te preocupes. Yo trataré con ella.

Hope cambió de asiento y pudo ver a Alex recibir a Rebecca a unos pasos de distancia. No podía oír lo que estaban diciendo, pero Rebecca la miró varias veces y hasta devolvió el saludo de Hope antes de sonreír, asentir y volverse a su asiento.

-¿Supongo que tu acompañante no habrá pagado la factura? -preguntó Alex.

-Para nada -contestó Hope apoyando la cabeza en los brazos doblados.

-No te duermas todavía.

-¡Dios, eres tan mandón! Aparta esa tarjeta -protestó cuando lo vio firmar la factura-. Soy una mujer independiente con medios económicos.

-Estás borracha.

-Sabía que algo iba mal -lo miró alucinada-. ¿Qué debo hacer?

Lo miró con confianza.

Alex cerró los ojos y murmuró algo sobre la fuerza.

-Te llevo a casa.

-A Rebecca no le gustaría eso -murmuró ella agitando un dedo.

-A ella no le importa. Llámalo un préstamo. -Si me preguntas a mí, debería ser más cuidadosa con sus posesiones. Yo lo sería.

-¿Sigues en casa de la encantadora Miranda? -preguntó Alex cuando consiguió por fin meterla en el asiento trasero de un taxi.

-¿Te gustó ella entonces? A ella le gustaste tú.

-Eso es muy gratificante -Dijo Alex dándole la dirección al taxista.

-No creo que nadie notara que estoy borracha. Creo que salimos con bastante discreción.

Apoyó la cabeza en el hombro de Alex. El mundo empezó a girar de una forma nauseabunda y tuvo que abrir los ojos de nuevo.

-No sé por qué montaste tanto jaleo por el pendiente. La gente estaba mirando.

Se llevó la mano al lóbulo de la oreja.

-¡Vaya forma de despreciar una pequeña fortuna!

-¡No seas tonto! -dijo deslizando un dedo por la fuerte línea de su mandíbula-. No son auténticos. No creerás que iba a gastarme una fortuna en diamantes. Son de bisutería -se quitó el otro-. Lo siguiente que dirás es que esto es piel auténtica -rozó el borde de la chaqueta-. No me conoces muy bien, ¿verdad? No me gustan realmente esas cosas.

Alex miró por encima de su cabeza con una expresión suave.

-Estoy empezando a pensar que tienes razón.

-Lo que si era un buen pedrusco era lo que llevaba Rebecca.

-¿Y lo viste desde tan lejos?

-Soy mujer, Alex. Las mujeres nos fijamos en esas cosas. Alguna gente podría considerarlo ostentoso y de poco gusto.

-Pero no tú, por supuesto.

-Sería un poco evidente por mi parte, ¿no? Es evidente que ella cree que el mejor amigo de una chica es un diamante.

-¿Y quién es para ti, Hope?

-Un amante estaría bien, ¿no crees? -murmuró con una sonrisa adormilada que le hizo contener el aliento a Alex.

-No tienes sentido que llames. Miranda está en El Cairo -dijo Hope cuando Alex levantó su peso más para llegar al interfono-. Los ascensores están por ahí -añadió

agitando las piernas cuando él la alzó más-. Puedes posarme ya. Mi pierna está mejor. Solo fue ese escalón que se me resistió. Eres fuerte ¿verdad? -observó sus abultados músculos-. Tienes unos bíceps preciosos.

-Si el ascensor no funciona, no te preocupes, que caminarás.

-Este no es el tipo de edificio en el que no funcionen los ascensores.

Y no lo era, pero en el ascensor había otros ocupantes que sonrieron con cortesía y miraron en otra dirección mientras ella le ronroneaba con suavidad en la oreja y enterraba los dedos en su pelo.

Cuando llegaron a la puerta del apartamento, Alex la posó manteniéndose muy cerca de ella por si fuera necesario.

-Prométeme una cosa.

-Lo que quieras -dijo ella feliz enroscando los brazos alrededor de su cuello.

-No hagas nunca un musical.

Las notas apenas reconocibles de un gran éxito todavía resonaban en sus oídos.

-¿Y por qué iba a hacer esa tontería? Si no tengo nada de oído -caminó con gran cuidado hasta el otro extremo de la habitación y se desplomó en el sofá-. Miranda dice que esto es una inversión -comentó observando con disgusto la tapicería geométrica-. Yo lo odio. ¿Vas a volver con Rebecca ahora?

-Te prepararé una cafetera.

Cuando Alex volvió un momento después, Hope estaba roncando con suavidad con la cabeza doblada sobre el pecho.

Alex se quedó allí contemplándola en silencio unos minutos. Su áspero exterior ocultaba una sensibilidad y profundidad emocional que se manifestó por un instante en la sonrisa de sus labios. Los intentos que hizo por despertarla fueron recibidos por un enfadado:

-¡Déjame en paz!

La amnesia era horrible y el sabor de su boca metálico y desagradable. El traje de diseño azul que llevaba puesto la noche anterior estaba doblado con cuidado sobre el respaldo de la silla, así que no debía haber sido tan malo si se había tomado tantas molestias. Metió la cabeza bajo las sábanas y vio que llevaba las bragas de seda de la noche anterior.

El movimiento de la cama de agua le revolvió el estómago, así que se puso una bata corta y se fue al cuarto de baño. El agua fría salpicada en la cara y el lavado de dientes tuvieron un efecto muy agradable.

Por alguna extraña razón, seguía oliendo a café y se preguntó si serían los efectos de la resaca. Porque era una tremenda resaca lo que tenía. Por primera y por última vez en su vida, se prometió.

El café era una buena idea, pensó mientras se dirigía a la cocina. Miranda tenía una cocina de diseño con los últimos electrodomésticos y nada de comida nunca. Le gustaría no haber pensado en el estómago...

Salió de la habitación al salón en el mismo momento en que alguien salía de la cocina.

-¡Oh, Dios mío! -gimió parándose en seco- Alex estaba secándose el pelo con una toalla con la camisa abierta mostrando toda la gloria de su ancho torso-. ¿Cómo has podido? -gimió-. Estaba borracha.

-Como una cuba -acordó él animado-. ¿Cómo he podido qué, Hope? ¿Quieres un café? Te prepararía un buen desayuno pero no hay nada en esa cocina.

A Hope le dio un vuelco el estómago al oír mencionar la comida.

-¿Deduzco por tu mirada que tienes algunas lagunas en la memoria?

-No creo que quiera recordar.

Sus ojos miraron con horrorizada fascinación cómo sus músculos brillaban y se inflamaban cuando se enroscó la toalla alrededor del cuello.

-No te subiste a las mesas ni nada parecido.

Hope lo miró con odio.

-No es mi actuación pública lo que me preocupa -se sentó antes de que se le doblaran las piernas-. ¿Te importa?

Hope tiró del dobladillo de la bata corta al ver dónde tenía él la mirada clavada.

-Anoche no eras tan modesta.

-No quiero oír hablar de anoche. No sé cómo puedes estar ahí con ese aire tan altivo. Estás a punto de casarte con otra mujer -se llevó la mano a los labios al recordar algo más de la noche anterior-. ¡La próxima semana! Eres un bastardo infiel. ¿Cómo te atreves a reírte?

-¿Estás suponiendo que eres irresistible?

-¿Estás intentando decirme que no hicimos...?

Ladeando la cabeza, Alex la miró con expresión de exagerado asombro.

-Por mucho que te sorprenda, prefiero a mis mujeres conscientes. Y los ronquidos me desaniman un poco.

Hope no pudo ocultar un violento sonrojo.

-Bueno, ¿y por qué no me lo has dicho directamente?

-No quería estropear tu justa indignación. Anoche eras como un gatito y hoy como un dragón. La transformación es fascinante.

¿Gatito? ¿Qué quería decir con gatito? Aquello le sonaba muy alarmante.

-¿Qué se supone que debo pensar? Estaba desnuda...

-Casi.

-Bueno, si te vas a poner pedante -empezó ella-. ¿Cómo sabías eso?

-Te desvestí y te llevé a la cama. No quería que te sofocaras por la noche y ese vestido azul me pareció un poco ajustado.

La idea de él desvistiéndola le erizó el vello del cuello.

-¿Y qué diablos estas haciendo aquí? Si no...

Parpadeó. Su voz era tan aguda que parecía a punto de la histeria.

-¿Si no abusé de ti? No, Hope, esas cosas debes haberlas soñado. Pensé que podrías ponerte enferma durante la noche.

La implicación de que pudiera tener sueños eróticos con él la humilló porque últimamente el contenido de sus sueños era tan vivido que la dejaba horrorizada.

-¡Bueno, pues no me puse mala! ¿O sí?

-No, pero esta mañana tienes un aspecto horrible. ¿Qué sueles tomar después de una buena borrachera?

-No lo sé. Esta ha sido mi primera vez.

-¿Y qué te hizo empezar a beber anoche?

Hope lo miró con resentimiento. ¿Qué esperaba que dijera? ¿Qué había descubierto que iba a casarse con otra y había querido ahogar la pena? Dios, probablemente ya se lo hubiera dicho. Intentó con desesperación encajar los fragmentos de memoria de la noche anterior. Si supiera qué indiscreciones había soltado.

-¿Y no se preguntará Rebecca dónde estás?

-Ya lo sabe.

-Debe tener mucha confianza en ti.

Los labios le temblaron ligeramente y tuvo que apretarlos.

-Te pondré un café.

-Tengo sed.

-Eso es la resaca. Deshidratación.

Parecía saber bastante del tema, pero a Hope no le importaba en ese momento.

-¿Debo disculparme por mi comportamiento de anoche?

-Estabas encantadora anoche. Si descontamos los cánticos.

Hope intentó detectar alguna señal de desdén en su cara. Quizá solo quisiera sonrojarla.

-Yo no canto. Solo estaba en el coro para hacer bulto. Tenía que hacer como que cantaba.

-Una sabia decisión por parte de quien la tomara.

-¿Qué pasó con Jon? ¿Por qué no me trajo él a casa?

-Se anticipó a la escena.

Hope conocía a Jonathan y no necesitaba más explicaciones.

-¿Qué pasó con la escena?

-La distraje.

-Como solo tengo tu palabra, supongo que debería darte las gracias.

Alex se sentó en cuclillas.

-Dime, ¿el que no esté enamorado de ti es un requisito tan importante para ser tu agente?

-¿Qué te hace pensar eso?

Hope le dirigió una mirada de asombro.

-Algo que dijiste.

-Mi primer agente, Hugh. Nuestra relación pasó del terreno de lo profesional. Al principio fue bien, pero...

-¿Se enamoró de ti?

Hope asintió. Se había quedado alucinada cuando Hugh le había propuesto que se casara y se fuera a vivir con él a la costa este.

-Todo se lio.

-¿Tú no lo amabas?

Hope alzó la mirada.

-Él me acusó de utilizarlo y creo que de alguna manera era cierto. Yo solo tenía diecinueve años y estaba muy lejos de casa. Confiaba mucho en él.

-Alguna gente podría pensar que fue él el que se aprovechó de ti.

-Oh, no. No fue así. Él era mi amigo. Y quizá lo vuelva a ser algún día.

La expresión de Alex indicaba que no le gustaba mucho aquella idea.

-¿Siempre defiendes a tus amigos?

-Si hace falta, eso espero.

-Hope -había un tono de urgencia cuando él se apoyó en las rodillas-. Hay algo que tengo que decirte.

Hope estaba experimentando una urgencia propia.

-Voy a ponerme mala -anunció levantándose.

Con la mano en la boca salió corriendo hacia el cuarto de baño y Alex se quedó mirándola con una expresión de frustración.

Cuando Hope volvió, pálida pero sintiéndose mejor, lo primero que vio fue a Miranda de pie al lado de Alex. Su amiga llevaba unos pantalones transparentes y un top de color púrpura con brocados que mostraba la mitad de su vientre.

-¡Desastre! -exclamó con dramatismo adelantándose con la mano clavada en el brazo de Alex-. Un terrorista puso una bomba en nuestro hotel. ¡Caos! El ruido, el polvo, las sirenas. Nos mandaron a todos a casa. Invité a todo el mundo a que tomara un bocado, pero no hay comida, así que han ido a buscarla. ¿Quieres...?

-Ya he comido -dijo Hope apresurada-. ¿Alguien salió herido?

-Por suerte no, pero a todo el mundo se le puso la adrenalina por las nubes.

-Bueno, ¿y tú? ¿Cómo va tu adrenalina?

Dirigió una mirada de soslayo a Alex.

-Estaba felicitando a Alex por su compromiso.

El humor desapareció de la cara de Miranda y sus ojos verdes se nublaron de simpatía.

-Dime, Alex, ¿Has pensado alguna vez en posar? Estoy dando una clase de arte y...

-Gracias por la oferta -dijo Alex con admirable compostura-. Pero estoy muy ocupado.

-Bueno, si cambias de idea...

-Lo dice con buena intención -defendió Hope a su amiga mientras Miranda desaparecía.

-Me siento halagado -una expresión de determinación acerada brilló en sus ojos-. No es eso lo que tenía en mente, pero creo que debemos hablar.

-Lo cierto es que creo que me volveré a la cama antes de que lleguen sus amigos.

Me siento un poco... -se encogió de hombros-. Ya sé que es culpa mía, pero...

-No tienes que explicarme nada. Conozco los efectos. Tengo una semana ocupada, pero...

-Supongo que tendrás muchas cosas de última hora. ¿Te vas de luna de miel?

-Acerca de eso, Hope...

Hope le dio una palmada en la mano que le extendió.

-¡Oh, Dios! -exclamó-. ¡Ahórrame los detalles!

Consciente de que su pérdida de control coincidía con la llegada de los amigos de Miranda, salió corriendo a su habitación y cerró la puerta.

Capítulo 9

EL QUE Sam Rourke la hubiera recogido en el aeropuerto había impresionado a

sus compañeras modelos, que no sabían de su relación familiar. Algunas cámaras dispararon cuando abandonaron la terminal. Las super modelos y los actores de Hollywood eran una fotografía irresistible que siempre se vendía bien. Su hermana los estaba esperando en el coche y salió con rapidez de allí en cuanto los dos pasajeros subieron.

-¿Buen vuelo, Hope?

-Los he tenido peores.

Hope se inclinó para darle un beso a su hermana antes de abrocharse el cinturón en la parte trasera.

-Bueno, no hace falta preguntar si os lo habéis pasado bien, supongo.

Por debajo del bronceado, vio que a Lindy se le sonrojaba la parte posterior del cuello, pero su marido sonrió imperturbable.

-Menos mal que has conseguido llegar, madrina.

A Hope le habían ofrecido una inesperada sesión en Colorado y le había parecido buena oportunidad alejarse miles de millas de donde Alex estaba atando el lazo con Rebecca.

-Dije que no me perdería el bautizo y aquí estoy. Además, le prometía a mamá y a papá que pasaría las Navidades aquí este año. Es la primera vez en siglos que vamos a estar todos juntos. Aunque no será lo mismo que en los viejos tiempos

Sabía que la evolución era natural, sus dos hermanas ya estaban casadas, pero al mismo tiempo sintió una punzada de anhelo.

-Será mejor ahora -dijo Lindy con suavidad.

La íntima sonrisa que Hope vio intercambiar a la pareja le produjo un nudo en la garganta. -Vosotros dos os quedáis, ¿no?

Sintió vergüenza por sentir un poco de envidia de su hermana. Si alguien se merecía ser feliz, esa era Lindy.

-Claro -contestó Sam-. ¿Se lo digo?

Hope vio apretar el muslo de su mujer con cariño.

-¿Decirme qué?

-En cuanto salga del coche lo notarás tú misma -replicó Lindy.

Hope contuvo el aliento.

-¡Estás embarazada! ¿Cuándo...?

-¿Digamos que una semana más y el traje de boda no me hubiera valido?

-¡Pero si no soltaste prenda! ¡Vaya par de tramposos!

-Se supone que debías felicitarnos -le recordó Sam.

-¿Qué? ¡Oh, sí! Felicidades. Es maravilloso. Estoy muy contenta por los dos -era una estupidez sentirse excluida-. ¿Soy la última en saberlo? Como siempre -dijo cuando Lindy agitó la cabeza con una sonrisa-. ¿Están mamá y papá excitados?

Se quedó quieta escuchando la cómica descripción de la reacción de sus padres.

Beth Lacey recibió a su hija como si fuera una tromba.

-No hay tiempo que perder, Hope. Ya te he planchado y sacado la ropa que me dijiste que querías. No, no te da tiempo a ducharte -dijo mientras dirigía apresurada a

su hija hacia las escaleras-. ¡Charlie, no puedes ponerte esa corbata! -la oyó decir Hope en cuanto llegó a su habitación.

Aparte del olor a pintura reciente y la moqueta limpia, la casa estaba igual que siempre. Con la mano en el pomo, posó la mirada donde ella y Alex... tragó saliva intentando borrar los ardientes recuerdos de cómo habían hecho el amor allí mismo. Bueno, casi.

Sacudió la cabeza. Tenía que dejar de pensar en él; ya era el marido de otra. Hope se había pasado las dos semanas anteriores coqueteando con todo hombre soltero a la vista. La terapia no había funcionado, pero a la prensa le había encantado obtener aquellas raras fotos en ella.

Cada noche en su habitación había derramado lágrimas que no la habían aliviado nada.

-Está preciosa, ¿verdad, Charlie?

-Como siempre -dijo su padre con lealtad.

El traje que llevaba era de lana color oliva. Los bordes del cuello y mangas iban forrados de piel al estilo cosaco.

-¿Ya se han ido Sam y Lindy?

-No te preocupes, no llegamos tarde -replicó su madre.

-¡Mujer, tú nunca has llegado tarde en tu vida!

-¡Supongo que ya habrás llenado el depósito de gasolina -respondió con seriedad Beth.

Charlie Lacey se llevó la mano a la frente.

-¡Oh, no! -sonrió cuando su mujer puso cara de pánico-. Estaba de broma.

-¡Serás...!

-Si vosotros dos no dejáis de pelear, entonces sí que llegaremos tarde -les recordó Hope mirando sus jugueteos con una sonrisa.

Un sol invernal pálido bañaba la antigua iglesia de piedra en una suave luz cuando avanzaron por el camino de piedras.

-¡Hope! Ahora es perfecto. Jake acaba de volver de sus viajes anoche, así que estamos todos. ¡Oh! Ten cuidado con el bebé -Anna cambió al bebé de cadera para abrazar a su hermana-. Tienes que sentarte con los otros padrinos. Con gemelos, todo es doble -se rio.

-¿He oído mi nombre? ¡Hola, preciosa!

Hope se vio envuelta en un entusiasta abrazo.

-¡Cuidado con mi sombrero!

Jake era el tipo de persona que hacía sonreír a las mujeres. El parecido entre el alto joven y Adam, su tío, era más asombroso que nunca.

-¡Como un oso! -bromeó Hope señalando la perilla de su barbilla.

-Si me hace parecer sensible e inteligente, ese era el propósito.

-Siéntate, Jake -ordenó Anna-. Haces que todo se agite.

-Sí, querida tía -respondió él con sumisión -. ¿Puedes sentarse Hope a mi lado?

-No, la aburrirás con todas tus historias de peligros y aventuras. Y es todo una exageración porque se aloja la mayoría de las veces en albergues juveniles, espero. Tú siéntate aquí, Hope.

La sonrisa ante la broma de Jake murió en sus labios y el humor desapareció de sus ojos azules. Ni siquiera el cariño por su familia la hubiera hecho ir si hubiera sabido que el pequeño Joe no tenía un sustituto de padrino. Alex debería estar en su luna de miel. ¿Qué estaba haciendo allí?

Hope se había quedado inmóvil demasiado tiempo y no fue solo Anna la que empezó a mirarla con preocupación. No podía estar allí. Debían ser alucinaciones suyas.

El grito estridente de un niño la sacó del trance.

-Eh, sujeta a este.

Hope se puso rígida al sentir el bulto caliente en sus brazos

-Ven a sentarte antes de que se te caiga.

Hope se encontró empujada hacia Lindy, que se apretó más a su marido.

-Hay sitio para uno más pequeño -le dijo a Alex.

-Tampoco eres tú una sirena, ángel.

No sabía qué la distraía más, si el niño en el regazo o el muslo apretado contra el de ella.

Alex pasó un brazo por el respaldo del banco y le rozó ligeramente los hombros. Hope sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

-Hace frío aquí, ¿verdad? -comentó Lindy.

Los dedos de Alex le rozaron la nuca.

-Yo te siento caliente -el débil roce de sus dedos contra su piel le produjo oleadas de deseo por todo el cuerpo tembloroso-. El joven Jake parece un admirador tuyo.

-¡Oh, somos uña y carne! Por Dios bendito, Alex. Es un crío. Supongo que no pensarás también que soy una pederasta.

Estaba harta de que interpretara mal hasta la más inocente de sus acciones.

-Está mucho más cerca de tu edad que yo.

Hope creyó notar un tono de insatisfacción en la voz de Alex. Seguramente no estaría celoso de Jake, ¿verdad?

El niño que tenía en brazos lanzó un gorgorito y la miró con cara de total confianza. Era el tipo de gesto que provocaba calidez a cualquier mujer y Hope no era una excepción.

«Probablemente acabaré como una solterona rodeada de gatos», pensó con tristeza.

-¿No es un querubín? -suspiró Lindy tocando la barbilla redondeada de su sobrino.

-Agárralo si quieres.

-¿Puedo?

Un problema resuelto. Ella no estaba en condiciones de sujetar a un niño pequeño en ese momento. Tenía los síntomas clásicos de la conmoción: sudores fríos, temblores y el cerebro nublado.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Me pidieron que fuera el padrino de Joe.

-Ya sabes lo que quiero decir. ¿Y por qué llevas calcetines verdes fluorescentes?

No pudo dejar de mencionar aquel detalle. El color resaltaba demasiado contra su traje oscuro.

-Ya te he contado que no distingo los colores. ¿Cuál es tu excusa? ¿Por qué te aterran tanto los niños?

-¿Qué? Ah, quizá porque sean muy imprevisibles. Y siempre fui muy torpe de pequeña -frunció el ceño al recordar sus largas extremidades-. No puedes dejar caer a un bebé. Y no cambies de tema.

En aquel momento regresó Anna a recoger a su hijo.

-El vicario está listo -anunció.

Los niños se comportaron de forma impecable durante toda la ceremonia. Hope consiguió dar las respuestas correctas sin poder evitar vibrar ante el tono de barítono del hombre que tenía a su lado. Estar juntos en aquella ocasión tan familiar era terriblemente doloroso. Él pertenecía a otra mujer y lo peor era que ella no tenía control sobre sus sentimientos. ¡No le hubiera deseado aquella situación ni a su peor enemigo!

-El vicario y su mujer volverán a casa con mamá y papá. Alex dice que te llevará él.

-¡No! No me llevará -no le importó que la miraran con sorpresa. Una tenía sus límites-. Alex querrá estar a solas con su mujer ¿Dónde está Rebecca?

No la había visto hasta el momento entre los asistentes.

-¡Mujer! -Anna se volvió a Alex con una mirada interrogante, pero él no rompió el silencio.

-No incordies, Anna. Me apetece pasear. Es solo media milla.

-¿Pasear?

-¡Por Dios bendito, pareces un loro!

-¿También lo has notado, tú, ¿verdad? -dijo Adam enroscando un brazo alrededor de la cintura de su mujer-. Deja a tu hermana tranquila, Anna. Un buen paseo sirve para despejar el desfase horario.

El desfase horario podría habérsele despejado, pero sus otros problemas no se habían resuelto para cuando llegó a la Antigua Rectoría. No conseguía superar un dilema: amaba a Alex Matheson y siempre lo amaría.

Plantó los pies en las losas de piedra de la entrada e intentó despegarse una hoja

del zapato. El sonido que llegaba de la casa era familiar y acogedor, pero Hope no se había sentido más sola en toda su vida.

-No te molestes en llamar. Los ventanales franceses están abiertos.

Hope contuvo un grito cuando Alex emergió de entre las sombras dibujadas por un viejo roble.

-Estabas escondido -lo acusó.

-Te estaba esperando a ti

La expresión de sus ojos le debilitó las piernas y le produjo un vuelco en el estómago.

-Muy amable por tu parte -consiguió decir con tono impersonal.

-No soy un hombre amable, Hope.

«Tú lo has dicho», pensó ella con amargura. Estaba claro que no pensaba ponérselo fácil.

-Hace frío. Será mejor que entremos.

Sintió su presencia tras ella mientras recorrían el camino que bordeaba el edificio.

Los ventanales franceses en cuestión daban directamente al comedor. Había una mesa larga en el centro con mantelería blanca y una exposición de comida para hacer la boca agua, el fuego brillaba en la chimenea y había un gran árbol de Navidad lleno de serpentinas y cuernos de niños.

Hope escuchó cerrarse la puerta despacio tras ella.

-Ya veo que Anna se ha decidido por lo tradicional.

-Está precioso, ¿verdad? Te entra hambre solo con mirarlo -mintió.

-No.

Hope apretó los dientes con exasperación.

-Estaba intentando... ¡Bueno, olvídalo! -desplomó los hombros con gesto de derrota-. Será mejor que vuelvas con Rebecca.

-Rebecca no está aquí.

Hope lo miró asombrada.

-¿Dónde está?

-No lo sé.

¡Oh, Dios! ¿Ya habían roto tan pronto? ¿Sería culpa de ella?

-No puedes adoptar esa actitud -le dijo con seriedad-. Nunca te he tomado por un derrotista. Tienes que luchar por lo que quieres.

-Eso pretendo.

La convicción de su voz y el brillo de resolución de sus ojos la hicieron tambalearse.

-Lo siento. No es asunto mío.

-Lo es si tú quieres -declaró él sin rodeos.

Hope lanzó un suspiro audible.

-¿Cómo te atreves a decirme eso?

Alex deslizó un dedo sobre el guacamole con gesto acariciante. Alzó entonces el

dedo, se lo llevó a los labios y se lo chupó con voluptuosidad.

Era insoportablemente erótico mirarlo. Hope pudo sentir el ardor subirle por todo el cuerpo y nublarse el cerebro con sensualidad. Alex metió el dedo una vez más y se lo ofreció.

-Prueba un poco.

No había error posible; él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Hope sacudió la cabeza en silencio.

-Insisto. Abre los labios, chica.

Sus ojos grises estaban nublados de deseo al inclinarse de manera íntima hacia ella sin hacer caso de su débil protesta.

-¿No está bueno? -preguntó con voz ronca al retirar el dedo-. ¿Te ha gustado?

¿Gustarle? Hope inspiró con fuerza para calmarse.

-Le pediré a mamá la receta para ti. Yo también soy golosa.

-Entonces podríamos...

-¡Párate, Alex!

Hope se quitó el sombrero y lo tiró sobre una silla para ahuecarse el pelo con fiereza.

-A pesar de lo que pienses, yo no soy material de amante. No salgo con hombres casados.

-Yo no estoy casado.

Hope se detuvo con incredulidad.

-¿Qué?

-Que no estoy casado.

-Rebecca...

-Rebecca se casó con su ex marido. No iba a casarse conmigo en ningún momento.

-Pero me dejaste que creyera... -la rabia explotó en su cabeza. Todas aquellas miserables noches de agonía imaginándola en sus brazos-. ¡Rata! -murmuró con voz cargada de veneno-, ¿Tienes la más leve idea de lo que me has hecho pasar? Por supuesto que sí, ¡hasta te habrás divertido!

Alex se señaló la mandíbula como para que le pegara.

-No me rebajaría -gritó ella sospechando que casi estaba divertido por su explosión.

Era tentador sin embargo... tan tentador.

Hope apretó los puños, pero sintió una oleada de inspiración y se adelantó para meter la mano en el cuenco del guacamole. Todas sus emociones contenidas iban cargadas en aquel gesto. Con la boca abierta contempló cómo la pasta se deslizaba por las solapas de su americana hasta caer en sus abrillantados zapatos.

El bajó la mirada con gesto inexpresivo.

-¿Te sientes mejor?

Se sacudió la americana abierta con expresión de disgusto.

-Iba dirigido a tu cara.

-Necesitas una mano más firme.

Hope lanzó un grito de protesta al sentir la crema en el centro de su nariz.

-¡Eh, tú!

-¡Oh, no! ¡No lo harás más!

La mano que había llenado con la viscosa crema fue capturada con fuerza de acero mientras se sentía empujada hacia atrás hasta quedar aprisionada contra la pared. Consiguió dar unas cuantas patadas que dieron en sus espinillas antes de rendirse por fin con el pecho jadeante

-Creo que me llevas ventaja en un cuerpo a cuerpo. Suéltame, Alex -dijo mirando con nerviosismo a la puerta cerrada-. Si alguien entrara ahora... Estoy hecha un desastre. Tengo que ir a limpiarme.

Ya que había empezado a calmarse se daba cuenta de lo vergonzosa que era la situación en la que se encontraba.

-Déjame -Alex se sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a limpiarle la cara. Incluso aunque tenía las manos libres, Hope no se movió mientras él le frotaba la cara con ternura-. Te ha caído en el pelo. Es un pelo tan precioso.

Su leve toque y sus suaves palabras parecieron sumergirla en un letargo sensual.

-No es natural, ¿sabes? Me pongo mechas en invierno y me tiño las pestañas.

-¡Y me lo dices ahora!

-Hablo en serio, Alex.

-Es desilusionante, pero...

-¡Esto no es divertido! -protestó ella con debilidad cuando sus dedos se deslizaron por la graciosa curva de su cuello-. Te odio.

Los dedos de Alex encontraron una zona pegajosa en su cuello.

-Ha quedado un poco.

Entonces dobló la cabeza y le limpió con la lengua. Si no la hubiera tenido sujeta por las axilas, Hope se hubiera desplomado. Las sensaciones que la asaltaron fueron incendiarias.

-Es la mejor crema que he probado en mi vida -Hope esperaba que las piernas la aguantaran cuando Alex la soltó y apoyó ambas manos contra la pared-. ¿Quieres probar un poco?

Sus roncas palabras evocaron una vivida imagen de ella lamiendo su cuerpo antes de que se derritiera en la cálida superficie de su piel.

-¡No! -jadeó como si le hubiera hecho una sugerencia indecente.

-Pensé que eras más aventurera.

El tono burlón en su ronca carcajada le hubiera hecho protestar si él no hubiera fundido sus cuerpos por la parte inferior.

-Eres un hombre muy malo -susurró con voz ronca.

La presión contra las sensibles zonas de su abdomen era indescriptible. Hope sintió un ligero alivio al notar que su deseo no era menos urgente que el de ella.

-Seré malo si eso es lo que tú quieres -prometió él con un susurro.

-Eres tú lo que quiero -gritó ella de repente-. ¡Oh, Alex!

Con un gemido entrelazó los dedos alrededor de su cabeza mientras él

entreabría los labios para dejar acceso a su lengua.

Hope se arqueó sinuosa para apretar más el cuerpo contra él.

-Puedes dejar la crema. Te comeré a ti.

Los brazos alrededor de su tórax se apretaron con fuerza cuando ella susurró a su oído.

-Tío Adam dice que podemos empezar a comer cuando todo el mundo esté listo. ¿Por qué no podemos...?

-Solo mira, tío Adam. Ellos también han hecho un desastre.

Hope miró con impotencia a sus espaldas ante las miradas de los sobrinos idénticos de Adam, uno de ellos sentado sobre los hombros de Sam Rourke.

-Nosotros... nosotros.

Dirigió una ansiosa mirada de socorro en dirección a Alex.

-Teníamos hambre.

Alex recibió su mirada de reproche con gesto de inocencia.

-¡Vaya con la caballerosidad! Muchas gracias. Y si te ríes, Sam, yo...

Plantó las manos en las caderas y lo miró con resentimiento.

-Sam, tendrás que mantener a estos dos alejados de la comida o... -Anna se detuvo con los ojos como platos al contemplar la escena que tenía delante-. ¡Ah, ahí te habías metido, Hope! Estaba a punto de enviar a Adam a buscarte.

-Alex la encontró. Y la pobre chica se estaba muriendo de hambre, así que...

-¡Sam! -gritó Anna intentando sin éxito contener la risa.

-Me alegro de haberte procurado diversión -se atragantó Hope-. No te importe reírte a mi costa. Y pensé que al menos tú tenías más tacto -le dijo a Sam.

Aquello fue demasiado para Anna, que se dobló de la risa.

-Voy a limpiarme -dijo Hope con helada dignidad.

-Yo iría por las escaleras de atrás si fuera tú -dijo su hermana a sus espaldas.

Hope siguió su consejo.

Hope contempló su reflejo en el espejo e intentó ordenar sus confusos pensamientos. Alex no estaba casado. Aquel era el único cambio en las circunstancias.

-¿Y ahora qué? -preguntó en voz alta al ver un movimiento por el rabillo del ojo-. ¡Tú! ¿Cómo has entrado?

Estaba segura de haber cerrado la puerta con llave.

Alex agitó una llave.

-Me la dio Anna. Este cuarto de baño corresponde a dos habitaciones, creo recordar.

-Mi hermana es una podrida traidora.

-Si no me hubiera dado la llave, hubiera echado la puerta abajo. Si te hubiera seguido la última vez que saliste corriendo, nos habríamos ahorrado ambos dos semanas de agonía.

¿Agonía? ¿Él también la había sufrido? Aquella noticia le produjo una oleada de

optimismo.

-Colorado es delicioso en esta época del año. Hasta tuve oportunidad de esquiar.

-Ya lo sé. Vi las fotografías en las páginas del corazón. ¿Es con el financiero o con el príncipe europeo con el que vas a casarte? Había bastante controversia al respecto.

-Con ninguno.

-Creo que eres inteligente. El príncipe era bastante pobre y los dólares del chico rico no podrían quitarle esa barriga.

Si no hubiera estado tan enmudecida, hubiera dicho algo para desinflar aquel exceso de confianza.

-¿Qué crees que estás haciendo?

-Cerrando la puerta. Así no nos molestarán.

-¡Dame esa llave inmediatamente!

-Si la quieres, consíguela.

Hope miró con incredulidad cómo se la deslizaba en el interior del bolsillo.

-¡Alex! -gimió con voz estrangulada-. No puedo creer lo que acabas de hacer.

-Ya sé que no es muy original. Las mujeres en las películas de los cuarenta se guardaban las cosas de valor en el escote. Es el equivalente para mí. Y esos sonrojos estropean tu imagen de sofisticación.

-Tú eres la única persona que me hace sonrojar.

-¡Eso es bonito! -dijo con una sonrisa de superioridad.

-No tiene nada de bonito -protestó ella con ardor.